OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

por

HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

De venta en las principales librerías.

	PESETAS
1870-71.—Recuerdos........................	3
La vida militar.—Bocetos. (Primera serie)...	3
La vida militar.—Nuevos bocetos. (Segunda serie)................................	3
Páginas sueltas............................	3
Retratos literarios.........................	3
España.................................	3,50
Efectos psicológicos del vino. (Conferencia)....	1.
Italia. Dos tomos...........................	6
Los amigos. Tres tomos.....................	9
Poesías, traducidas en verso castellano.......	3,50
Corazón (Cuore). Diario de un niño, con prólogo de *Fernanflor*.......................	3,50
Constantinopla. Dos tomos..................	5
Novelas.................................	3
Holanda. (En colaboración)...............	4

EN PRENSA

Turín, Londres y París.

IMPRESIONES DE AMÉRICA

ACUARELAS DE NIÑOS

RETRATOS DE HOMBRES

OBRAS DE AMICIS

IMPRESIONES

DE

AMÉRICA

ACUARELAS Y DIBUJOS

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

por

H. GINER DE LOS RÍOS



MADRID
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
Calle de Campomanes, 10.

MADRID
Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.
1889



AL LECTOR

La publicación de un libro de Edmundo de Amicis constituye en Italia una verdadera solemnidad; y aunque no tanto, bien puede calificarse de acontecimiento extraordinario en otros países, entre los cuales se cuenta España, por fortuna.

Los admirables estudios que forman el presente volumen no han sido todavía coleccionados en la patria del autor. Por primera vez se reunen en español, pues, habiéndonos dispensado esta honra nuestro ilustre amigo.

En Italia aparecieron en distintas revistas, periódicos, diarios, libros de regalo de primero de año, etc., etc., ó sirvien-

do de introducción á otras obras, sin que hasta el presente ningún editor los recogiera, constituyendo un cuerpo tan interesante como el titulado, por ejemplo, *Páginas sueltas*, entre otros volúmenes. Acaso deba buscarse la razón de que hayan permanecido sin coleccionar, en los propósitos del autor. Cada uno de estos capítulos forma como el boceto de un estudio amplio, que, una vez escrito, ha evocado en la mente de Amicis el deseo de desarrollar el tema, edificando sobre esa base una verdadera obra. Aquí se hallan los gérmenes de muchos de sus libros, unos que ya aparecieron, otros que están á punto de salir á luz, otros que todavía no se han cristalizado en el pensamiento del escritor insigne, otros, en fin, que tal vez quedarán para siempre en la categoría de meros deseos y halagüeños proyectos. Y no ciertamente (aludo á los últimos) porque no se presten para desenvolver un cuadro los apuntes ó la primera materia de estos trabajos, sino porque Amicis no sorprenderá el instante en el cual su voluntad se decida á la labor. Para otro cualquiera, un boceto, una acuarela, un simple dibujo, un apunte, no da motivo mas que para lo elaborado; en cambio para el genial publicista, todo asunto

es grande y suficiente, toda nota bastante y susceptible para que en sus manos se convierta en obra completa y hasta colosal. Tratar lo nimio como lo total, el pormenor lo mismo que el conjunto, es tarea reservada á los artistas.

Y así es él. Acaso haya quien objete que su estilo pertenece á otro tiempo; el mecanismo de su literatura á otra época; sus procedimientos á un período histórico que desapareció por el momento, ahora que priva el naturalismo en toda su desnudez, el realismo con todas sus groserías; pero he aquí el mérito insigne de Edmundo de Amicis: hoy, fuera de la corriente de su tiempo y del gusto dominante, tienen tal vigor sus escritos, que sobrenadan por la superficie de las ondas en que estamos envueltos. Se discutirá cuanto se quiera acerca de lo clásico y lo romántico; sobre el neoclasicismo y el realismo contemporáneo; se estimará como exótica la filosofía sinceramente creyente en los días que corren; pero lo griego, lo correcto, lo tierno, lo que habla al alma, lo que impresiona el espíritu, eso se salvará siempre del naufragio, pasando por cima de la ola avasalladora de este cuarto de siglo, para adquirir los caracteres de lo eterno y lo in-

mortal: y así entendemos que son las producciones de Amicis.

¿Dónde está el secreto resorte de su fuerza literaria?

Ciertamente que en el corazón y en la conciencia. Despojaos de lo que el gusto imperante y la caprichosa moda nos imponen; salvaos de lo que el ambiente que por todas partes respiramos nos envenena, y leed á Amicis; y no habrá fibra en el corazón que no responda á la sacudida que él hábilmente provoca, ni sentimiento que no conteste á la demanda que él formula: no haya temor.—Sometido á la prueba, seguramente no existirá lector impasible que sepa sustraerse al influjo del ilustre escritor italiano. Llorará si se propone que llore, sollozará si quiere que gima, se sentirá preocupado si su designio fué hacerle meditar. Las almas fuertes ante él son débiles mujeres, los rudos temperamentos niños sensibles.

Mientras el realismo (tal y como ahora se entiende, porque en el recto sentido de la palabra Amicis debe pasar por un verdadero naturalista) representa una literatura del momento, una reacción más ó menos sana contra la retórica insulsa, contra el charlatanismo de los oradores y

la garrulería sensiblera de novelistas y líricos, y vivirá con cierto valor, cuya importancia no es del caso discutir, escritores como el autor del presente libro seguirán eternamente como modelos; y no sólo por la belleza de su estilo, con ser éste tan sobrio como requiere la corrección, tan abundante como la observación minuciosa reclama, tan lleno de verdad como la naturaleza pide, sino porque bajo la rica envoltura palpita un pensador: ya que no hemos de reputar únicamente filósofo al que cultiva la ciencia, sino al que con arte analiza, y con intención moral censura ó aplaude; aunque no aparezca la lección por entre la trama del estilo literario, antes bien se oculte sagazmente la enseñanza, dejando que el lector derive las deducciones del hecho expuesto.

*
* *

Componen el volumen que ofrecemos al público tres órdenes de estudios.

Los unos recuerdan las impresiones del viaje del autor á la América latina, y donde aparecen todas las galas peregrinas del

ingenio de Amicis, pudiendo compararse las descripciones que encierra con las más felices de sus mejores libros, si hay alguno que supere á los demás. Al describir las Pampas; al trazar el cuadro de la colonia italiana en la República Argentina; al dedicar sus recuerdos cariñosos á los niños italianos que crecen en la emigración voluntaria impuesta por sus padres que abandonaron el suelo natal

en busca del sustento
que la patria cruel niega inhumana,

como dijo en su hermosa poesía «Los emigrantes»; al pintar el abandono del infeliz moribundo que queda al lado allá de los mares con los brazos extendidos hacia la patria simbolizada en el buque que vuelve á Europa, en todos y cada uno de esos capítulos late un corazón tan grande y tan sano, cuanto grande y poética es la imaginación que creó los magistrales episodios.

En el segundo grupo hemos reunido aquellos artículos que exhalan la fragancia de la niñez y la juventud, y cuya lectura unas veces trae la sonrisa á los labios,

otras las lágrimas á los ojos; ora evoca benévolo entusiasmo, para juzgar las calaveradas de los jóvenes reclusos en la Escuela militar; ora despierta la conmiseración y el respeto hacia las pobres examinandas que concurren ante un tribunal en busca del diploma que les servirá para morirse de hambre ejerciendo como maestras en un pueblo, donde se les pagará con escarnio la obra civilizadora que realizan; ora prepara la franca carcajada con el pintoresco cuadro doméstico en que todos los hijos de familia cursan estudios, ó regocija, en fin, el alma con las lindas miniaturas en que pinta la sensación causada en los niños por los cómicos, y las peripecias á que vive sujeto el librero dedicado especialmente á los niños.

En el tercer grupo, finalmente, hay estudios tiernos como el que se refiere á la vida de un poeta turinés y á la muerte de un explorador de Africa; retratos admirables, como el del dramaturgo original, y un compendio, por último, de los Alpes italianos, con la historia de sus hombres, las glorias de sus soldados, los productos de sus diversas regiones, la topografía del suelo y la fotografía de sus hijos que componen los bravos batallones alpinos, á quienes es-

tá encomendada la defensa de las fronteras de la patria italiana.

Terminemos estas líneas, diciendo con Amicis, lo que él escribió para su libro de poesías:

...ve con Dios, nacido apenas,
por el bello país donde has nacido;
¿serás bien acogido?
¡yo te escribí con sangre de mis venas!

El Traductor.

IMPRESIONES DE AMÉRICA



I

CUADROS DE LAS PAMPAS

El carruaje corría rápido sobre la hierba y por entre los arbustos, deshaciendo á cada momento lo andado á capricho nuestro, ó describiendo libremente grandes semicírculos, sin sacudimientos y sin estrépito, como si corriese sobre una alfombra; puesto que en aquel campo sin límites, semejante á una gran plaza de armas dispuesta para un millón de soldados, no había ni una maleza, ni un foso, ni una piedra.

El viento de las Pampas había despejado el cielo; veíase claramente á gran distancia como en el mar; distinguíamos á lo lejos avestruces y ciervos, que nos miraban y huían de nosotros. El propietario de la *estancia* (la cual comprendía más de seiscientas millas cuadradas de terreno y estaba poblada además por

cien mil animales, entre ovejas, vacas y caballos), había dado orden el día antes para que fuese recogida una gran parte de esos ganados esparcidos por aquellos prados vastísimos. Y ya por todas partes de la llanura inmensa, avanzaban las grandes masas de ganado, como si pululasen, después de haber surgido de las entrañas de la tierra; allá á lo lejos oíase ensordecedor zumbido; enormes borrones rosáceos cubrían grandes trozos del horizonte, cual si de improviso hubieran salido de los bosques otoñales y vinieran lentamente acercándose á manera de puntos negros.

Aquellas manchas eran *gauchos* á caballo; y detrás de los ganados que se acercaban, aparecían otros ganados allá muy á lo lejos confusos como nubes de langosta. Toda aquella gran llanura, poco antes solitaria y casi muerta, estaba animadísima y como si se moviese. No tardamos mucho en vernos circundados. Y entonces presenciamos un espectáculo bellísimo, un vivísimo placer enteramente nuevo para un europeo. Los caballos andaban al paso, encabritándose gallardamente, y el carruaje caminaba entre los ganados, rompía aquella ola viviente, nadaba por aquel mar de cabezas y de grupas, que se abría para dejarnos paso; y volvía á cerrarse á nuestra espalda, haciendo como relampaguear mil manchas negras y blan-

quísimas, presentando cien tonos diferentes de pelo, y millones de ojos asombrados nos miraban. Apenas habíamos salido de un rebaño, entrábamos, nadábamos por otro más vasto y más denso que nos calentaba con sus millares de alientos, que ondeaba en torno nuestro hasta donde la vista alcanzaba, entremezclándose y mugiendo oloroso y humeante. Más lejos, grandes trozos de terreno blanqueaban llenos de ovejas, y grupos de infinitos caballos ennegrecían la verde llanura como ejércitos dispuestos en extensas líneas de batalla.

Aun á los mismos americanos que iban con nosotros se les escapaban exclamaciones de asombro ante aquel espectáculo. De pie en el carruaje, mirábamos en derredor, trastornados, imaginándonos estar viendo pasar los innumerables ganados de un pueblo antiguo que emigrase, millones de bárbaros encaminándose á la conquista de un mundo.

Entretanto los *gauchos* echaban los rebaños delante de sí, galopando y gritando para animar aquella fuga tumultuosa, y agitando al aire las cuerdas de sus lazos, cazaban los toros, apartándolos, rodeándolos. Aquello era hermoso, inspiraba sentimiento de orgullo por la fuerza humana al ver á un animal terrible, después de algunos minutos de desenfrenada carrera y de revolverse furioso, cogido en el lazo

á veinte pasos de distancia por las patas delanteras ó por las de atrás, caer, volver á levantarse, caer nuevamente, topar contra el pecho de los caballos, y yacer atado é impotente en medio de un grupo de hombres inermes, inmóvil como si estuviese muerto y resignado al hierro que lo castraba.

*
* *

Al mismo tiempo otros *gauchos*, por otro lado, junto con los soldados del calzón rosa de la escolta del Presidente, perseguían frenéticamente á los avestruces, los cuales devoraban el espacio haciendo zig-zags, con sus zancas de acero, huyendo delante de los caballos lanzados á rienda suelta; y cuando parecían cogidos ya, cercados, saltaban fuera del círculo que los apresaba, formando en la vuelta y salto rapidísimo un pronunciado ángulo agudo; y así se colocaban nuevamente fuera del alcance de sus perseguidores.

Mientras esto acontecía, muchachos de siete años que se hallaban cerca de nosotros, hijos de *gauchos*, firmes, clavados sobre los caballos en actitudes soberbias, lanzábanse desenfrenadamente á la carrera, perdiéndose en el horizonte envueltos en densa nube de polvo.

Gauchos jóvenes y viejos, de arqueado pecho, figuras extrañas y hermosas que tenían algo del guerrero y del pastor, del torero y del bandido, envueltos en sus flotantes *ponchos*, con sus cinturones de monedas de plata y sus grandes sombreros de fieltro, iban y venían alrededor nuestro, cuando los llamaba el dueño de la *estancia*, galopando con altivez de príncipe.

Los soldados nos traían para que los viésemos animalejos cogidos entre la hierba, que se retorcían violentamente entre sus manos; llegaban hasta nosotros cazadores con sartas de perdices, de palomas ensangrentadas, de ánades silvestres, todavía palpitantes, que espiraban al pie de los caballos, batiendo las flores con sus alas. Otros *gauchos* llegados de muy lejos traían avestruces cogidos con las *bolas*.

Por todas partes el aire resonaba de relinchos, de mugidos, de gritos, de graznidos, de balidos; por doquiera que se dirigiese la mirada todo era movimiento y fuerza, lucha y valor; la fecundidad, la riqueza en la más bella de sus formas: la riqueza de la carne y de la sangre; un estremecimiento inmenso de vida en la ilimitada llanura libre, el aire de un nuevo mundo para mí: un espectáculo sencillo, antiguo y grande.

*
* *

Así pasamos algunas horas. El sol estaba para ponerse. Los *gauchos* comenzaron la caza del corcel salvaje. Habíasenos acercado una manada de millares de caballos. He aquí cómo se realiza esa caza: de un grupo de potros que escapan, uno, el de vista más perspicaz, se destaca escapando más velozmente. Es que ha visto las cuerdas fatales girando por el aire á impulso del terrible puño de los *gauchos*, ha comprendido lo que eso significa, y huye, se revuelve, salta, se lanza de aquí para allá con una rapidez prodigiosa. Pero por todas partes se le persigue, se le acompaña, se le acosa; en la dirección de cada una de sus huídas, el implacable *gaucho* aparece, como un espectro, con el lazo levantado.

Entonces parece que enloquece. El primero que vi cazar así era un hermoso potro negro, pequeño, de cuello corto, de piernas finísimas, muy semejante á un caballo árabe. Volaba. Pasó junto á nuestro carruaje como el rayo. ¡Apenas pude verlo durante un segundo, y estoy viéndolo siempre! Estaba bello, soberbio, todo tembloroso, convulso de agonía y de ira, con el vientre á un palmo del suelo y la cabeza erguida y terrible; pasó como un relámpago, hermosísimo, hasta invitar á enviarle un beso como á una criatura humana, radiante de una belleza desesperada y heroica.

Apenas tuve tiempo de lanzar una exclamación de asombro, y ya volvía atrás como impulsado por la fuerza del huracán. Toda nuestra simpatía instintiva de hombres sin civilizar, de salvajes, era para él, violenta como los ímpetus de la voluptuosidad. Era la juventud indómita, era la belleza, la fuerza ingenua y libre, la inocencia selvática y feliz que huía á la fuerza del número, al poderío, al interés, á la astucia.

Nosotros seguíamos con afán su desalentada fuga; deseábamos que no llegaran á cogerlo; gozábamos con sus victorias de un momento. ¡Ya está en salvo!—exclamó uno. Había escapado fuera del círculo que lo rodeaba y se hallaba lejos de sus perseguidores. Pero dos *gauchos* lo seguían volando, revoloteando por las Pampas como las águilas por el cielo.

¡No lo cogen!—decíamos. En aquel instante un lazo le alcanzó una de las patas de atrás. No importa; volaba aún, rozando la hierba con el vientre, adelgazado y hecho sutil por su frenética carrera de verdadero vuelo. De pronto tropezó. Otro lazo le había cogido una de las patas de delante. Dió aún algunos saltos, se enredó en las cuerdas, vaciló y por fin cayó al suelo como herido por una bala.

A una gran distancia veíamos jadear horriblemente sus aniquilados ijares, condenados

desde aquel momento á la injuria perpetua del talón humano.

Sin embargo, aquella fuga, aquella resistencia violenta que opuso al lazo, son poca cosa en comparación á la furia con que se revolvió contra el primero que le saltó á la grupa. Esto es lo que se llama propiamente «desbravar un potro».

El peligroso ensayo fué hecho poco después por un *gaucho* hercúleo, de gran busto patagónico, arqueado de piernas y cabelludo como un bárbaro, sobre un potro cogido algunos días antes, en medio de un semicírculo de *gauchos* apeados, de capataces de la *estancia*, de soldados, de criados.

El domador llevaba espuelas semejantes á dos hojas de puñal; al potro, que tenía puesta una montura de piel de cordero negra, lo sujetaban fuertemente por las orejas dos *gauchos* á pie mientras el domador montaba. Otros dos *gauchos* estaban á caballo un poco separados, prontos á lanzarse á izquierda y derecha del animal en cuanto se venciese la primera furia, para traerlo á la resignación con el ejemplo palpable de sus dos hermanos domados. En el inmenso horizonte de la Pampa fulguraba la puesta del sol. Todos callábamos. Parecía que asistíamos á los preparativos de un duelo á muerte.—¡Valor! gritó uno.

El *gaucho* dió un brinco agilísimo y se plantó en la silla... Entonces experimenté un gran asombro. Me parecía estar viendo el primer hombre domando al primer caballo; comprendí la antiquísima lucha; conocí por primera vez al noble animal en toda su grandeza, en todo lo terrible de su primitiva fuerza, del orgullo virgen de su raza, nacida para ser libre, no contaminada aún por la servidumbre. No hay palabra ni pluma capaz de describir los botes formidables, el retorcerse de serpiente y de tigre, las furias de toro herido, y los zig-zags, las espantosas contorsiones, y no digo los relinchos, sino los aullidos, los gritos casi humanos de dolor y de rabia con los cuales se rebela y lucha para despedir de la silla á su enemigo. Por el terror sólo no se explica aquel desencadenamiento infernal.

Parece que comprende y siente una vil traición, un abuso inicuo de la fuerza, la burla y la vergüenza de no poderse vengar destrozando; parece que entiende que su libertad está á punto de acabar para siempre, que prevé en un momento todas las fatigas, todas las humillaciones y las miserias todas de la vida innoble, hacia la cual lo empuja la férrea rodilla del verdugo desconocido que tiene encima.

Pocos segundos después hállase á media milla de distancia, es un punto negro en la llanura;

pocos segundos más tarde está otra vez cerca como si cayese del cielo; luego de nuevo lejano, una sombra negra en un torbellino de polvo, dentro del cual vense confusamente los movimientos extraños y violentísimos del jinete, sacudido aquí y allá como un autómata atado á la silla, que debiera ser de un momento á otro lanzado al aire para caer despedazado por tierra luego.

Es una fatiga indecible la que se experimenta viéndolos y secundándolos, como no se puede menos de secundarlos con todos los nervios, aquellos retorcimientos, aquellos movimientos epilépticos, aquellos esfuerzos de resistencia sobrehumanos, que hacen que os tiemblen las entrañas y os palpite el corazón.

De pronto el caballo viene derecho desde lejos sobre uno, como si fuese enorme ave de rapiña que rompiese á volar horizontalmente para caer sobre su presa, y todos buscan un refugio entre los árboles; de improviso gira sobre sí mismo y comienza á dar vueltas vertiginosas en espacio muy reducido.

El ginete, firme, fijo en la silla, con las piernas tiesas como dos barras de hierro, lo castiga furiosamente con la fusta; el potro salta, se encabrita, se retuerce como si sintiese duplicadas sus fuerzas y su vigor; los espectadores animaban al *gaucho* con gritos y risas y aplaudien-

do la inminente victoria del hombre; todos los caballos ensillados, atados á los árboles próximos, se estremecen porque recordaban lo sucedido con ellos y temblaban de miedo y de rabia: diríase que amenazan con una sublevación. En tanto el potro vuelve á huir como saeta, escapándose de entre sus dos cobardes hermanos, puestos á sus flancos para aconsejarle la rendición.

Parece, sin embargo, que se agotan sus fuerzas, que va á desfallecer. Pero de pronto otro arranque de cólera lo lleva fuera de allí, y hélo otra vez lejos, en cien posturas fantásticas, devanando locamente con las patas, ora rígido, ora como destrozado, describiendo rapidísimas curvas, como si el viento lo impulsara; y luego, ya se lanza volando directamente hacia nosotros. Pero la lucha toca á su fin.

Pide socorro, insulta, solloza, amenaza todavía; mas su vigor disminuye, su galope se acorta, los dos caballos vuelven á ponerse á su lado; el domador consigue encaminarlo por donde quiere, vencido, enervado, cubierto de espuma, lleno de sudor, con el ojo extraviado y sanguinolento, aprieta á galopar de pronto al pasar por delante de nosotros, lanza todavía otro relincho quejumbroso, el último doloroso adiós á la libertad, á la Pampa sin límites, á su

madre, y allá desaparece en el círculo de los criados...

El abominable ultraje quedó consumado para siempre.

***

Entretanto el sol había desaparecido: los innumerables ganados habían ido marchándose por todas partes, perdiéndose en el horizonte. Aún quedaba próxima á las casas de la *estancia*, que formaban como un oasis habitado en medio del desierto de las Pampas, una manada de unos cuantos miles de caballos. Entonces se hizo el *arreo* de aquel ganado,—*gauchos*, soldados, trabajadores, criados, chiquillos á caballo, pusiéron en fuga, y persiguieron aquella gran multitud caballar, vociferando, riendo, chasqueando las fustas, las cuerdas, incitándose con la voz y con el gesto, presa de una especie de gozoso frenesí.

Nuestro carruaje, arrastrado al galope, los seguía. Aquella manada de caballos salvajes huyendo á través de aquella desmesurada llanura solitaria, sobre la cual se alzaba ya el blanco disco de una luna enorme, presentaba la imagen confusa y siniestra de la derrota de un ejército aterrado, de un ejército de indios de la *Pampa exterior*, que sintiera de-

trás de sí el fragor perseguidor de la artillería argentina.

Eran unos cuantos miles y parecían millones; antojábase que llenaban la llanura entera; era como una avenida negra, asoladora, un revolotear inmenso de crines, un hollar la tierra capaz de hacer que ésta se abriese; un relincho formidable que llegaba al cielo. La ola de aquella inundación se agrandaba ó se estrechaba, convirtiéndose en torrentes que se reunían de nuevo para volver á dividirse; algunos grupos precedían al grueso de la multitud y luego se dejaban alcanzar por ella; otros se destacaban hacia los flancos y después se reunían á la muchedumbre; algunos de la retaguardia se incorporaban al ejército con precipitadas imprevistas carreras.

Cuando la manada caía en una laguna, producíase una confusión, un tumulto indescriptible, una oleada de toda la multitud, un remolino, una atolondrada fuga á lo largo de la orilla, una batahola de relinchos desesperados, de caballos que llamaban á sus hembras, de yeguas que buscaban á sus potrillos, de grupos de potrancos de largas patas, perdidos, asustados en aquella confusión, sofocados por aquella huída á la desesperada; y luego, toda la manada inmensa y negra en el agua, atravesando la plateada laguna y un rumor ensordecedor de las aguas surcadas por veinte mil patas fugitivas.

Y *gauchos*, chiquillos, criados, soldados, firmes siempre, lacerando los ijares de sus cabalgaduras, volando como almas en pena, como si persiguiesen con encarnizamiento á los restos de un ejército derrotado por ellos en batalla campal. Y cuanto más aquella visión se alejaba de nosotros, que nos habíamos quedado atrás, más parecía que la yeguada engrosaba, que se agigantaban los corceles, que la huída era más precipitada, que el clamoreo crecía extendiéndose fantásticamente hasta los últimos confines del *mar de tierra.*

Al fin desapareció la visión y extinguiéronse los clamores al lado allá de una gran ondulación del terreno; y sobre la solemne faz de la pampa, iluminada por la luna, no se vió ya ningún signo de vida. El *mar de tierra* se extendía en torno nuestro inmóvil y silencioso, cortando el claro cielo con su eterna línea rígida y vigorosa; desde allí nuestra imaginación espantada veía aún la llanura eterna extenderse formidablemente bajo la luna, desde los bosques subtropicales de Tucuman hasta las soledades heladas de la Patagonia.



II

Á LOS NIÑOS DEL RÍO DE LA PLATA

FELICES Pascuas, feliz Año Nuevo. Mi felicitación llegará muy tarde á vosotros: no por eso la acojáis con menos benevolencia, porque jamás me han salido del corazón parabienes más sinceros y más calurosos que éstos. ¿A quién los envía especialmente? —pensará alguno tal vez, y yo podría nombrar á muchísimos de vosotros, porque recuerdo á muchísimos, no tanto por los nombres como por las caras, las voces, y los sitios que ocupabais en los bancos de las escuelas; —y precisamente mientras escribo tengo delante de mí un montón de retratos vuestros, y de versos que me recitasteis con voz poco firme y con la cara un poco vuelta atrás por la vergüenza; de composiciones, de ramos de flores secas que recibí frescas y olorosas de

vuestras manitas manchadas con tinta, y de cuadernos que me guardé á escondidas en los bolsillos, cuando los inspectores no miraban. Podría decir: Envío mi saludo á este y al otro de aquellos amiguitos y conocidos míos de los cuales tengo vivas las imágenes delante de los ojos.

¡Oh! no; en vez de eso, mando un saludo á todos, hasta á aquellos á quienes no ví; una calurosa felicitación á todo aquel pequeño pueblo sonrosado, lleno de rizos, amoroso, chillón, que se agita y crece entre la gente grande del Río de la Plata, como flores bermejas y blancas en medio de frondosas mieses doradas: á todos vosotros, belleza, gracia, poesía de la patria argentina, que fuísteis una de las más vivas alegrías, y que sois aún uno de los más gratos recuerdos de mi viaje.

*
* *

Sí, á todos; cada vez que suena en mi mente ó en mi oído esta palabra:—Navidad—mi pensamiento vuela hacia vosotros y me parece veros reunidos todos en inconmensurable pelotón de mil colores, semejante á inmenso jardín de las tierras del trópico que se agitara al soplo de las fuertes auras del Atlántico, esparciendo por el

espacio misteriosa fragancia de juventud. En medio de un millar de lindos rostros cándidos y de cabelleras rubias, hay un millar de rostros morenos y de cabelleras de cuervo; y entre estos aspectos, extraños para mí, pero más queridos precisamente por su rareza, caritas negras, cabellos crespos, cutis de mulato, colores cenicientos y verdosos jamás vistos sobre semblantes humanos; y á lo lejos, al extremo de ese gentío, fisonomías todavía más extrañas, de color de tierra ó de cobre, con los ojos oblícuos, con los pómulos salientes, con expresión despierta y triste no desprovista de dulzura.

El gentío ondea y gira y agita en alto los sombrerillos adornados con plumas de papagayo y banderas blancas y azules, y juguetes de París, y arcos de madera, y *bolas* pequeñas, levantando un vocerío ensordecedor, en el cual cojo aquí y allá sonoras frases españolas, palabras napolitanas, liguras, piamontesas y lombardas, raros vocablos de lenguas ignotas semejantes á trinos de pájaros, y notas sueltas de las monótonas y austeras canciones de las Pampas.

Y abro con las manos aquella oleada humana, bulliciosa y sonora, y sigo, ya á uno, ya á otro: y alcanzo la hijita de un obrero de la escuela italiana de la colonia; beso en la frente al pequeñín vestido de raso de un dipu-

tado del Congreso, y luego un pastorcillo de los montes de Catamarca, y una castellanita de Buenos Aires, y un *gaucho* de siete años, y un pilluelo genovés nacido en un barco de la compañía Lavarello, y después una angelita argentina concebida en Génova y venida al mundo en Mercedes...

¡Felices Páscuas, feliz Año Nuevo!

¡Buena fortuna á todos, hijos de diez pueblos, rosas y perlas del nuevo mundo, *picaflores* parlantes del inmenso valle del Plata, bellas y santas esperanzas, benditas promesas de una sociedad nueva!

¡Felices Páscuas, sed dichosos, lleváos bien; dad la mano á los pequeños mestizos, vosotros los criollos; besad en la frente á los pequeños indios, vosotros los europeos, y llamáos hermanos, carísimos, hermanos, lejanos de nuestros hijos, dulces, amados, inolvidables recuerdos del alma mía!

***

¡Cuántos retratitos de muchachos he traído á la patria dibujados y miniados en la memoria; cuántos bellísimos paisajes del llano y

del monte en los cuales campea la figurita de uno de vosotros! Recuerdo entre los primeros, ó mejor dicho, estoy viéndolos, á dos aldeanillos montados á la grupa de un caballo que los llevaba al galope hacia la escuela de la colonia agrícola de la Esperanza; el uno acurrucado, pegado al espinazo del otro, formando como un solo cuerpo que tuviese cuatro piernas y dos cabezas; los dos con las carteras para los libros colgadas del hombro y las manos en los bolsillos de los calzones, resguardándolas del fresco de la mañana, soñolientos todavía, menos en el instante de contestar á nuestro saludo, después de lo cual desaparecieron entre la fina niebla que cubre la interminable llanura.

Desaparecen en la neblina y surgen ahora dos señoritas vestidas de blanco en un palquito del teatro Colón, y entre una y otra, como colocado sobre el veludillo del antepecho, un puñado enorme de rizos negrísimos y lustrosos que no se ve de quién son; pero que levantándose de repente sacudidos con fuerza, dejan ver una cara maravillosa de *porteñita*, dos ojos como estrellas, una sonrisa, un prodigio de boca y de hoyuelos, una de las caritas más adorablemente morenas que hayan hecho jamás palpitar el corazón de una madre argentina.

Desvanécese el palco al terminar un canto del tenor Tamagno, y he aquí una cabaña de barro

y rastrojo, un *rancho* que ví cerca de Tucuman, sobre un camino flanqueado de caña de azúcar.

Dentro del *rancho* había un muerto entre dos velas encendidas; toda una familia de negros estaba arrodillada, parte dentro, parte fuera, en gradación que comenzaba con los grandes de rodillas junto al lecho, y concluía con los chiquillos que estaban en medio de la calle.

El último de éstos era un granujilla de tres años, color de cieno, con una gran cabellera encrespada, con las rodillas en el polvo, con las manitas juntas, gordo, medio desnudo, hermoso, sucio, adorable: volvió hacia nosotros su hociquillo de salvaje, y sin desunir las garrillas que tenía por manos, juntas en actitud de orar, sonrió con la boca llena: estaba comiendo.

Otro cuadrito: un hermoso muchacho de nueve años, elegante y esbelto, de fisonomía afectuosa y expresiva, colocado en la puerta de la cámara salón de un vaporcito que va á Santa Fe, como si estuviese dibujado sobre el fondo claro de las aguas del Paraná, ó su cabeza surgiese sobre el verde de una isla cubierta de naranjos.

Su padre me lo presentó como uno de los más famosos jinetes de su generación, capaz de recorrer quince leguas al galope en veinticuatro

horas, y le hizo recitar cuatro estrofas italianas, que son cuatro de mis más amargos remordimientos.

A tí también envío mi saludo, simpático muchacho, á quien no supe decir nada, cuando tantas cosas te habría querido decir, para dejarte un recuerdo de mí tan bueno y tan amable como el alma que se te asomaba por los ojos.

Y otra escena. Una sala anchurosa y espléndida del Casino del Progreso, una mesa resplandeciente de cristal y de plata, rodeada de amigos; y rígida, junto á uno de éstos, una figura, para mí curiosísima, una verdadera sorpresa etnográfica, el primer ejemplar que yo veía de la raza india: un criadito de ocho años, de color indefinible que formaba como rara pequeña mancha de barbarie en medio de la elegancia parisiense de aquel salón; pero de barbarie ennoblecida y no triste, porque sus grandes ojos negros reflejaban la paternal bondad del amo.

¡Pobre flor trasplantada á la calle Rivadavia!

¡Era tan distinto de los nuestros en su aspecto!

Pero á pesar de aquella su extraña máscara, de sus facciones gruesas y rudas, tenía las mismísimas sonrisas, graciosamente tímidas, las

mismas caricias ingenuas, todos los gentiles y queridos atractivos del semblante de nuestros muchachos.

¡Felices Páscuas y feliz Año Nuevo, á tí también, mi pequeño *indio*, y ojalá llegue día en que seas trabajador honrado y satisfecho, padre de hijos civilizados y libres, y ojalá lo sepa yo, aunque sea dentro de muchos años, cuando ya mis cabellos estén tan blancos como tus dientes!

Otro recuerdo, el último: la caseta solitaria de un colono lombardo en la Candelaria: la primera casa de colono italiano en que puse el pie.

Allí había un chiquillo de cuatro años en el umbral de la puerta, que estaba llamando á una hermanita suya que no se veía.

Era el primer muchacho italiano que podía coger en mis brazos desde que estaba en América; tenía el corazón lleno de las varias emociones del día; lo cogí, pero con demasiada violencia; asustóse, se defendió, me arañó, huyó á un lado y se puso á llorar, mirándome con actitud de desconfianza; y yo me quedé un poco avergonzado: mas el afecto se desbordaba del corazón y el amor pátrio me sofocaba.

Te envío una felicitación desde tu patria ¡pobrecillo! y un beso en la frente, el mismo que no pude darte en el otro mundo. Pero ¡cuántos

y cuántos otros no veo con la mente, de todas clases sociales, desde el pequeñuelo propietario de sesenta mil vacas, que tiene más millones que dientes, hasta el bribonzuelo desharrapado, bello como un *picarillo* de Velázquez, que me seguía todas las mañanas con el periódico debajo del brazo por la acera de la calle de Cangallo, diciéndome con voz ronca y suplicante:

—*¡Tómelo usted! ¡Tómelo usted, parroquiano!*

¡Felices Páscuas, feliz Año Nuevo, diminuto millonario!

¡Felices Páscuas, feliz Año Nuevo, *parroquiano!*

*
* *

Felicidades también á vosotras, queridísimas niñas de las escuelas italianas, á quienes paréceme estar viendo todavía oyendo la lección de historia pátria, buscando con la vista un auxilio á la memoria en los retratos de Garibaldi y de Humberto pegados en la pared, entre el mapa de Italia y el escudo de armas de la república platense; niñas queridas á quienes tantas veces ví como á través de un velo, mientras escribíais con las cabecitas inclinadas sobre la

mesa; á través de un velo que debía separar con las manos, porque de la cabeza de cada una de vosotras mi pensamiento recorría volando una distancia de seis mil millas para posarse sobre la cabeza de mis hijos; mientras entre el murmullo de vuestras voces oía dos voces de otro hemisferio, que me llamaban y que me parecían voces apagadas y quejumbrosas de enfermo.

Felicidades á vosotras también, felicidades á todos, desde la elegante espectadora del teatro Colón hasta el pequeño descamisado de Tucuman que rezaba con la boca llena.

¡Que durante todo el año venidero no quede ningún vacío en los miles de bancos de las escuelas!

¡Que el horrendo mónstruo que destroza á los niños, no haga lanzar ni un solo grito de angustía en ninguna casa, ni *ranchería*, ni tienda de campaña alguna!

¡Que la salud coloree y redondee las caritas más flacas y descoloridas, disipando del corazón de todas las madres americanas la inquietud, como el benéfico viento de las Pampas disipa todas las nubes de su cielo!

¡Que todos podáis dar un gran paso adelante, en este año: los nacidos en la abundancia, hacia la ciencia; los nacidos en la pobreza, hacia la fortuna; los nacidos en la barbarie, hacia la civiliza-

ción; todas las niñas, hacia la hermosura; todos los muchachos, hacia la fuerza, y los unos y los otros, hacia la bondad y el trabajo, y todos, en fin, hacia ese amplio y fecundo sentimiento de tolerancia, de benevolencia, de amor patrio sin soberbia, y de amor fraternal sin envidia, que es el único que puede hacer de diez pueblos un pueblo y de cuatro razas una nación, duplicando con la unión la fuerza de todos.

¡Feliz Año Nuevo, felices Páscuas, niños de la República Argentina!

Nosotros las pasaremos tal vez entre nieve; vosotros las celebraréis bajo el ardiente sol del estío; y sea benigno el sol á todos cuantos atraviesen al galope las vastas llanuras desiertas para reunirse á sus padres ausentes; y esparza más que nunca su sombra fresca, velando el sueño de ellos, el solitario, hospitalario *ombú*.

Que brille límpida la Cruz del Sur en medio de la noche; que á lo largo de las costas interminables duerma cual lago tranquilo el Atlántico. Felicidades, feliz Año Nuevo á todos, niños porteños é italianos, niños aristocráticos y *gauchos,* hijos de la ciudad, de las Pampas, de las selvas, de los Andes, maravillosa generación multiforme y variadísima, que veréis en vuestros últimos años una patria argentina transfigurada y poderosa, como apenas la

desea ó la sueña, ya el orgullo amoroso de sus hijos, ya la reverente gratitud de sus huéspedes.

¡Felicidades, felicidades á todos, desde las montañas de hielo á los mares, desde los bosques de palmeras á los desiertos de sal : niños adorables de América, dulces, amados, indelebles recuerdos del alma mía!





III

LOS ITALIANOS EN LA ARGENTINA

Caminábamos por una llanura sin fin; lejos ya más de seiscientos kilómetros de la embocadura del Río de la Plata, en medio de la vasta provincia de Santa Fe, adonde acude la mayor parte de la emigración campesina italiana, y que precisamente tiene una forma muy semejante al mapa de Italia: la figura de una bota, que apoya su pie sobre la provincia de Buenos Aires, y vuelve la ancha campana hacia las tierra salvaje del Gran Chaco, habitadas por indios, no civilizados aún en aquellos días.

Era una hermosa noche de Abril, que allí es otoño. El pintor Romero, piamontés, que hace muchos años está en la República Argentina, dormitaba con el fusil entre las rodillas, en el coche, cansado de una gran matanza que había

hecho de perdices y *martinetas*; y el Sr. Aldao, un rico americano, fundador de varias colonias, entre las que recuerdo la *Bella Italia* y la *Garibaldi*, me contaba las últimas correrías hechas por los indios en aquella provincia, sobre la la cual, durante el verano, se extendía un mar de cereales. Detrás de nosotros venían en un carruajillo dos labradores piamonteses, que se nos habían unido en la colonia del Pilar diciéndonos:—Donde usted vaya iremos también nosotros, hasta el día que se embarque en el Paraná.

Estábamos todos un poco pensativos; habíamos equivocado dos veces el camino; la colonia de San Carlos distaba aún mucho, los caballos iban ya rendidos; hubiéramos llegado al oscurecer, y esto nos contrariaba por todos estilos. Es triste viajar de noche por aquella llanura interminable y desnuda, monótona, á aquella hora y en la estación aquella, por las Pampas salvajes, sin encontrar durante muchas horas á nadie en el camino. El sol descendía lentamente hacia su ocaso.

*
* *

El señor Aldao hablaba bien, como todos los argentinos, con aquella modulación tan propia de ellos, en la cual dicen que se nota como

el eco de la antigua cantinela de los indios; pero yo no entendía gran cosa á decir verdad.

Los recuerdos de los últimos días absorbían por completo mi corazón y mi cabeza. ¡Cuántas cosas nuevas, raras, grandes, conmovedoras había visto desde mi partida de la capital de la República! Primero aquel inmenso río Paraná, en una maravillosa noche de luna; después el bellísimo bosque que se extiende entre la antigua ciudad de Santa Fe y la colonia Esperanza, todo lleno de árboles del Paraíso, espinillos y grandes bambúes, de amplias y graciosas melenas, una especie de parque inconmensurable, lleno de palomitas de la virgen y de cardenales, temblando sobre los flexibles arbustos como rojas flores vivientes, asustados de vez en cuando por el paso repentino de grandes águilas que proyectaban sobre nosotros su sombra; luego la Esperanza, formada con colonos de veinte distintos pueblos; después todas aquellas visitas que había hecho á los aldeanos piamonteses y lombardos, aquellas ahumadas chozas con retratos de Víctor Manuel y de Garibaldi, adosados á las paredes entre recuerdos de familia y de la ciudad, aquellas buenas gentes que nos habían recibido con tanta cordialidad, contándome todos sus negocios como á un antiguo amigo.

Por último, el viaje á través de las colonias

de Cavour, Pilar y San Jerónimo, donde por todas partes había encontrado piamonteses, lombardos y venecianos que me habían dirigido tantas palabras de cariño para la patria, apretando mis dedos entre sus callosas manos...

¡Cuántas emociones en tan pocos días! Era un año de vida en una semana, una maravilla continua, un sentimiento de la patria como no lo había experimentado nunca, profundo y violento, que me ahogaba; un cariño sincero hacia aquella pobre gente que me hacía cubrir de besos las cabezas de sus niños y sentir remordimiento y vergüenza de no poder hacer nada por ellos, de no poder llevarles mas que buenas palabras de la madre patria: pero ¡se habían mostrado tan agradecidos aun á aquellas solas palabras!

*
* *

El sol tocaba ya en el horizonte y doraba la llanura. ¿Cuándo llegaremos á San Cárlos? Nuestros dos coches eran como dos barquillas perdidas en la superficie del Océano, y aquel incierto y lento andar, en soledad tan vasta, nos producía cierta dulce tristeza. Nadie hablaba ya, cuando mi amigo el pintor, mirando al

horizonte, vió una nube de polvo; dirigió á ella el anteojo, y dijo estas palabras, que me produjeron una sacudida:—Me parece ver una bandera.—¿Qué podría ser? Dentro de la nube de polvo veíamos una manchita negra, luego dos, después otras; parecía una fila de carros, y apretamos el paso.—Es una bandera italiana—dijo Romero.

A los pocos momentos estábamos á diez pasos del primer carro, que se detuvo; nos detuvimos también nosotros y se paró todo el convoy. Eran diez *volantas*, largos carros agrícolas de cuatro ruedas, ligeros y pintados, cerrados por una especie de rastrillo, tirados cada uno por dos caballos adornados con cintas encarnadas y hojas verdes; el primer carro llevaba la bandera y los diez iban llenos de colonos italianos, labradores, obreros, comerciantes, industriales, la mayor parte piamonteses, que venían de San Cárlos.

Todos saltaron á tierra y vinieron á nuestro encuentro. Uno de ellos exclamó:—Viene aquí fulano.—¡Ah! ¿Qué les importaba que fulano fuese una persona insignificante, indigna, por sí, de aquella gran atención? Era un compatriota suyo, un hijo de aquella lejana madre patria, al cual los hijos del país, los argentinos, le habían dispensado tanta honra, y aquel honor había recaído sobre ellos mismos, que le

consideraban como propio y les era grato. Esto bastaba á aquellos buenos italianos, á aquellos honrados labradores. — Sí, soy yo— respondía desde dentro el interrogado; y bajándose del coche ya pretando contra su pecho aquellas rudas y honradas manos:—Yo soy, y no tengo necesidad de hablaros; vosotros lo veis en mi cara, lo oís en mi voz; ¿no es verdad que toda mi alma se estremece de cariño y de gratitud hacia vosotros, amigos, hermanos míos, querida y noble sangre italiana, á la cual debo una de las más santas alegrías de mi vida?

*
* *

Sin embargo, ellos hablaron antes; me abrazaban, reían, se restregaban las manos como para decir: —Ahora sí que estamos contentos.—Subí con siete de ellos á la primera *volanta*. Iban vestidos de día de fiesta, muy afeitados, se llamaban de un carro á otro en piamontés y en lombardo, animándose mutuamente á ir bien en fila para hacer una entrada vistosa en la Colonia. Los caballos, de refresco, se lanzaron al galope; crugían los látigos, alegre vocerío se levantaba por todos lados y los tapones de las botellas de vino de Barbera saltaban por

el aire; corríamos á escape. Mis vecinos me pegaban con sus manos en las rodillas con familiaridad entre amable y tímida, diciéndome:—Ahora ya no está en América, sino en su país, en su casa. Verá—añadían—la colonia de San Carlos. Allí todos somos compatriotas, millares de piamonteses, la colonia más hermosa del estado de Santa Fe. Es menester que vaya mañana por la mañana á la salida de misa.—Ví, en efecto, millares de piamonteses.—En el Ayuntamiento se habla piamontés. Los alemanes, los ingleses, los franceses que tienen asuntos en la colonia, tienen que aprender el dialecto y lo aprenden.

Los caballos volaban; en pocos minutos se llegó á la pequeña colonia del Sáuce, donde hay varias familias de indios.

Los carros se detuvieron.—Oiga—me dijo mi vecino de la derecha, y volviéndose hacia una india vieja envuelta en un mantón de mil colores, que estaba en pie delante de su choza con faz terriza y ojos fijos oblícuos y una sonrisa de bruja,—¿creéis que lloverá pronto?—le preguntó. La india respondió en piamontés:—¡Oh! ¡ya no! ¡ya no!—¿Veis?—exclamó con aire de triunfo el vecino—¡también las indias! Y no había salido aún de mi estupor, cuando todo el convoy se lanzó á la carrera á través de aquellos solitarios campos, más ruidosos y más alegres que antes.

Al anochecer llegamos á San Carlos. En las casas veíanse luces; la gente estaba en las puertas, los muchachos gritaban: — *¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!* Los carros dieron una vuelta rapidísima alrededor de la plaza en medio de los saludos de amigos y conocidos, y después se detuvieron delante de una casita modesta, donde una buena mujer, esposa de un colono alejandrino, me ofreció hospitalidad con estas gratísimas é impagables palabras que nó había oído desde hacía tanto tiempo:—*Buenas noches, señor; quédese aquí, si usted quiere.*

*
* *

Allí cenamos todos juntos; fué un banquete agradabilísimo de cinco horas, que á todos nos pareció muy breve. Todos á un tiempo me contaron la historia de la colonia, que algunos de los presentes había visto nacer treinta años antes próximamente. Entonces no era aquello más que una vasta llanura inculta, recorrida por manadas de búfalos y caballos.

Los principios fueron difíciles: las correrías de los indios, siete invasiones de langosta en siete años consecutivos, pusieron á los colonos á durísima prueba; pero el trabajo incansable,

la audacia desesperada y la gran fertilidad del terreno acabaron por vencer las dificultades. Ahora es una de las colonias más prósperas del país, rica en hermosos edificios y en molinos, riquísima en máquinas agrícolas y habitada por gran número de familias que han pasado en pocos años de la pobreza al desahogo y casi á la opulencia.

En los primeros tiempos surgieron discordias religiosas que dieron por resultado la fundación de tres lugares próximos, en uno de los cuales se recogieron los indiferentes, en otro los protestantes y los católicos en el tercero. A este fué al que llegamos. Curiosísimo es para el europeo el aspecto de una de estas ciudades ó *plazas*, como las llaman, que son el corazón de la colonia; el cuartel general de aquella población invisible, extendida á grandes distancias como un cuerpo de ejército diseminado en gran número de destacamentos pequeñísimos. No es un pueblo, no es una ciudad.

Nosotros no tenemos nada semejante. Es como el trazado de gran ciudad, una página de apuntes con palabras y frases aquí y allá separadas por muchas lagunas; una sola vastísima plaza rectangular, rodeada de pequeñas casas blancas y encarnadas de un solo piso, entre las cuales se ven los principios de grandes calles; casas de pueblo, calles de metrópoli que se

pierden en el campo; grandes extensiones de espacio, sencillez primitiva en formas y colores, luz á torrentes y el aire vital de la llanura infinita: un no sé qué de juvenil y de atrevido, algo que habla de libertad y de esperanza.

Allí están el Ayuntamiento, el juez municipal y el médico; allí se encuentra la escuela, á la cual van los muchachos á caballo; pocas tiendas y una iglesia modesta, donde acuden los colonos el domingo en *volantas* desde grandes distancias. Los días de fiesta hay grande animación por la mañana y un poco de bullicio por la tarde. Los demás días la paz del claustro y el inmenso silencio de la campiña.

*
* *

Tenían mucha razón al decirme: —Es menester ver la mañana del domingo. —La mañana siguiente, á la hora de misa, mis nuevos amigos me llevaron allá por una ancha calle, flanqueada de eucaliptus y de álamos, que va desde la ciudad católica á las otras dos: me decían: —Ya verá qué sensación le causa.

Y, en efecto, apenas llegamos á la calle, alumbrada por el hermoso y tibio sol de un bello día de otoño, vimos llegar á la carrera, ca-

rro tras carro, de cinco á diez en fila, todos llenos de gente, familias enteras; abuelos, muchachos, mamás, grupos de niños; cada veinte pasos, labradores á caballo y también mujeres colocadas en la silla á la manera de los hombres; todos vestidos con sus trajes de día de fiesta y casi todos piamonteses. Se les reconocía por los trajes; llevaban aquellas chaquetas de terciopelo negro, aquellos anchos sombreros, aquellos pañuelos á la cabeza, aquellas cofias, aquellos collares, los colores aquellos; pero especialmente aquellos rostros y aquellas actitudes.

Eran nuestras nodrizas, nuestras hilanderas, nuestros soldados de Monferrato, del Bielese y del Canavese, era el Piamonte genuino y vivo que salía á mi encuentro. ¡Oh mis dulces recuerdos de la infancia y de la adolescencia, caros paseos campestres, hermosas fiestas de los santuarios, Alpes sagrados y queridos! Mil recuerdos inundaban mi alma, sumergiéndola en torrentes de amor y de poesía. Me encontraba en mi patria, vivía en una ciudad del Piamonte y estaba á dos mil leguas de Italia. Me parecía un sueño, creía que todo iba á desaparecer ó cambiarse de un momento á otro, y no acababa nunca de pasar la fila de los carros, que se perdían de vista en la carretera; cada nueva *volanta* era una nueva maravilla para mí, un soplo de aire de la patria que me acariciaba la

frente, una nota cariñosa de la voz de Italia que hacía rebullirse la sangre en mi corazón. — Da gusto, ¿no es verdad?—dijo uno de mis colonos mirándome al rostro.—Pero es menester no perder la salida de misa.

Volvimos atrás para verla. En todo el derredor de la plaza había centenares de *volantas;* á un lado larguísima fila de caballos de silla con las cinchas tricolores. La iglesia se hallaba llena hasta la puerta; muchos labradores estaban oyendo la misa fuera del templo, unos de rodillas y de pie otros, teniendo el sombrero apretado contra el pecho.—Esperemos aquí—me dijeron mis compañeros.—Ahora verá; apenas salgan, los tendremos á todos alrededor pidiendo noticias del país. Tenga un poca de paciencia. Le gustará mucho.

*
* *

Pocos minutos después comenzó la salida despacio y con lentitud; volví á ver de cerca todas aquellas caras, aquellos pañuelos, los collares aquellos. Un enjambre de jovenzuelos y de niños se llamaban por sus nombres entre la multitud, con los diminutivos acostumbrados de los piamonteses, y reconocí la pronunciación del Alejandrino, del de Pinerolo, del de la pro-

vincia de Cuneo y de otros lugares, cuya acentuación era tan clara como la de la misma madre patria.

Algunos, llamados por mis compañeros, empezaron á acercarse; á los pocos momentos me vi en derredor una multitud que me hurtaba por todas partes. No tuve necesidad de preguntar á nadie; me dirigieron en seguida la palabra ellos con avidez. Me relataron todos de qué país eran.—Yo soy de Caluso.—Yo soy de Gallanico.—Yo de San Segundo.—Yo de Dronero.—Muchos eran de los alrededores de Pinerolo.—¿Cómo va por allá?—me preguntaban.—Algunos me pidieron noticias de sus parientes como si fuese natural que yo los conociera. Otros se quedaban admirados y reían de contento entre ellos mismos, oyéndome citar el nombre del antiguo alcalde ó el del secretario del Ayuntamiento de su pueblo.

Otros querían saber si se había concluído cierta línea de tranvías ó qué fin había tenido Fulano de Tal. Después me hacían muchas preguntas todos á un tiempo:—¿Ha venido para establecerse aquí?—¿Quiere acompañarnos á beber una copa á nuestro café?—¿Me sabría decir si han licenciado la quinta del 61?—¿Me diréis—interrumpí—cómo os encontráis aquí en América?—Fué una confusión de respuestas; hablaban veinte á un tiempo en alta voz.—

Mejor bien que mal; pero nos falta vino.—Otro se quejaba de la justicia y de los abogados.—El Gobierno no hace nada—decía un tercero.—Un viejo encontraba algo que observar acerca de las escuelas elementales.—¡Y esta vía férrea de las colonias que no se acaba nunca!—exclamó uno á quien no ví.

Algunos creían que había ido allí para hacer grandes compras de terreno. Poco á poco tomaban confianza. Una labradora me preguntó si quería llevar una carta á un hermano suyo carabinero. Dos colonos me dijeron al oído que tenían que pedirme un consejo: uno para un pleito y otro acerca de un hijo suyo que necesitaba volver á la patria y no había servido al Rey.—Ha hecho bien en venir á buscarnos.—¡Quédese un poco con nosotros á ver que tal le va!—exclamaban otros poniéndome la mano en el hombro.

Hablaban el lenguaje de nuestros labradores, pero de modo más agradable, más familiar, con una expresión gratísima en la voz y en la mirada, á la cual no estamos acostumbrados en nuestro país. Mientras los más próximos charlaban, los que estaban lejos, inmóviles, volvían la cara y tenían los ojos fijos en mí, como si la presencia de aquel compatriota, venido de refresco de la patria, despertase en ellos recuerdos y pensamientos nuevos y confusos; como si tu-

viesen algo en el corazón que hubieran querido, pero no hubieran osado ó sabido decirme.

*
* *

Todo aquel día lo pasé con los colonos, yendo de casa en casa y de tertulia en tertulia. Encontré viejos cazadores que habían estado en Crimea; un milanés de ochenta años que se había hallado en las cinco jornadas, y que contó sus hazañas en la comida de la tarde, prorrumpiendo de tiempo en tiempo en gritos de alegría, como hacen nuestros compatriotas entre estrofa y estrofa de una canción. ¡Y cuántas relaciones y aventuras escuché! Biografías maravillosas de emigrados que habían pasado por diez oficios diferentes: de lacayos á músicos, de músicos á marineros, de marineros á coristas, de coristas á porteros, de porteros á colonos. Otros, llegados á los cincuenta años á América, solos y arruinados, habían vuelto á empezar su vida, habían hecho dinero y rehecho una gran familia, que se hallaba esparcida desde el Paraguay hasta la Patagonia.

Algunos labradores, que habían desembarcado en la República Argentina hambrientos é ignorantes, se habían transformado por completo,

con el cambio de fortuna, convirtiéndose en hombres civilizados, con cierto baño de política y de gusto literario y llegado á ser lo que se llama hombres de peso. Estos me llamaban con gravedad aparte, y me preguntaban cruzando las manos detrás de la espalda:—Y bien, ¿cómo está nuestra Italia? ¿Es respetada, es fuerte?

En todos, por otra parte, aun en los colonos más toscos, encontré viva la conciencia de la patria: un nuevo sentido de orgullo italiano, nacido de encontrarse allí, en país extranjero, en medio de colonias de otros pueblos, entre los cuales se despierta y se mantiene siempre vivo el sentimiento de la emulación nacional, estimulado con la presencia de un pueblo indígena, más numeroso, que los juzga á todos.

Los piamonteses y los lombardos, especialmente, orgullosos de la honrosa primacía que tienen sobre los otros como conquistadores, *comedores* de tierras, así llamados porque roturan rápidamente, fecundizan y ceden á otros los terrenos para continuar roturando otros nuevos, no importándoles las incomodidades y los peligros. Todos, por otra parte, son diferentes de nosotros en su estado de ánimo y en sus maneras y están casi acostumbrados á aquel nuevo estado de vida en el cual no sienten pesar sobre su cabeza, como entre nosotros sucede, todo el edificio de la jerarquía social.

No tienen el amo constantemente á la vista, con el cual han de pasar tanto tiempo, robarlo, adularlo, fingirle y envilecerse, sino que sus amos son ellos mismos, libres en aquellos vastos espacios; en un país donde todos son labradores, el arado es la vanguardia de la civilización, y una gloria la conquista de la tierra. Aunque casi todos han salido forzosamente de Italia no llevando consigo mas que recuerdos de trabajos y de dolores, acostumbrados á lamentarse de las leyes, del Gobierno, de los amos, de todo, sin embargo de ninguno de ellos oí una palabra amarga contra la patria. ¡Ni de uno! Al contrario, encontré en todos, singularmente en los viejos y en particular en los más cultos, un deseo, una curiosidad vivísima de volver á ver los lugares cambiados, las ciudades transformadas; un gigantesco concepto de la belleza del país, de la importancia de los acontecimientos, de la grandeza de los hombres, de la fuerza del Estado; una tendencia de todos á olvidar defectos y miserias de que se dolían en Italia para censurar las mismas cosas en el país donde se encontraban, citando como modelo la tierra natal.

Un defecto encontré entre ellos: los menos afortunados estaban más envidiosos que entre nosotros de los que tenían mayor fortuna; y esto se comprende: porque habiéndose encontrado

todos por algún tiempo en iguales condiciones, el espectáculo de la superioridad se hace más doloroso con el reciente recuerdo igualitario. Pero me encontré por compensación un espíritu de caridad y de fraternidad admirables: será efecto quizás de la mayor fortuna. Cuando una desgracia reduce á una familia á la estrechez ó al hambre, los amigos llevan á la colonia sus carros, los cuales dejan en la casa en pocos días las provisiones del año. Y esto no me lo dijeron los ricos, sino los pobres, con lo cual se les puede perdonar la envidia.

*
* *

Allí también, como en otras colonias, hice una visita á muchas casas lejanas de labradores. Fuí á ellas con mi amigo Romero, sin otra compañía, para poder discurrir más libremente. Encontrábamos por lo común sólo á las mujeres. A ellas les es más dolorosa la emigración, y más difícil acostumbrarse al nuevo mundo y á la vida nueva.

El hombre tiene la lucha violenta con la tierra, que le cansa y no le deja pensar. La mujer, ocupada en trabajos que dejan libre la mente, piensa y se consume. Algunas recuerdan las

angustias de los primeros días; los maridos iban á trabajar las tierras lejos, aun de noche, á la luz de las linternas, y ellas pasaban solas todo el día en medio de aquella interminable llanura que les daba miedo.—¡Ah!—decían—mejor un pedazo de pan en el Piamonte, que ricas aquí,—y lloraban y querían volver á Italia. Después, poco á poco, se habían acostumbrado, pero con trabajo.

Ahora nos va bien—añadían,—pero aun así, nuestros recuerdos, las afecciones nuestras están siempre allá, donde hemos dejado nuestros muertos.—Y nos enseñaban recuerdos de familia, fotografías amarillentas, rizos de cabellos colocados en cuadritos colgados en la pared, hojas sueltas de antiguos periódicos ilustrados con la figura de Italia coronada de torres, adosadas á los armarios: todo lo que les quedaba de su país y de su familia. Una se excusó de no haber puesto fuera la bandera, diciendo:—Vea usted bien; el viento nos la ha destrozado; pero esta semana haremos otra, porque la bandera hay que tenerla.

Algunas nos enseñaban con orgullo los apuntes de la escuela de sus niños, que escribían ya en italiano y en español, porque el estudio del español es obligatorio. Tenían algunos motivos particulares de disgusto: ésta, de carecer de tiempo para cultivar un poco en el huerto,

como en el Piamonte, donde tenía tan buenas coles y tan ricos rábanos; aquélla el no poder echar párrafos con las amigas como en la patria, á causa de las grandes distancias; cuyas distancias en efecto, y no es ciertamente deplorable, hacen bastante difíciles en aquellas colonias los placeres de la chismografía cotidiana.

Encontramos también más de una que se lamentaba de que la iglesia era pobre, de que había pocas funciones religiosas y mucho escepticismo.—*Trigo, plata; plata, trigo,* decía una, y no se habla de otra cosa: ¡que Dios me perdone! ¡Cómo acabarán estos países! Da horror pensarlo.

Casi todas deseaban volver al país natal antes de morir, al menos una vez, una vez sola para volver á ver al padre, la madre, el pueblo, aquel ángulo del cementerio, aquellos valles, las montañas aquellas. Y no puede definirse la expresión de aquella larga mirada con la cual nos despedían; un adiós mudo, lleno de ternura y de tristeza, de la que ciertamente no éramos nosotros el objeto; pero que, por lo mismo, aun nos conmovía más. Algunas, en fin, por delicado instinto, empujaban á los niños hacia nosotros para que nos auguraran feliz viaje, diciendo: —Da un beso á este señor, que vuelve á nuestro país.—Y salían fuera de la puerta para vernos marchar.

Aquella pobre labradora italiana, vista desde lejos con un niño en brazos nacido en el Paraná; con otros hijos alrededor nacidos en Italia; delante de aquella pobre cabaña solitaria sobre la cual ondeaba la bandera italiana en medio de las indefinidas pampas de América, representaba para nosotros el amor de patria y la santidad de la familia en la forma más poéticamente dulce, triste y solemne que puede concebir la mente humana.

*
* *

Por la noche cené otra vez con los colonos, muchos de los cuales, para honrarme más, tomaron una turquita patriótica, y casi toda la noche oí en la calle varias canciones de mi país, tanto que me parecía estar durmiendo en alguna casa del arrabal de mi pueblo. Al amanecer todos estaban ya de pie con la cabeza bomba y encarnados los ojos, pero vivos y alegres como jovenzuelos. Y quisieron acompañarme durante varias millas por el camino de Santa Fe. El convoy de los carros volvió á formarse, y partimos al galope, atravesando una neblina fría que teñían de rosa los primeros rayos del sol.

El campo era siempre el de los días anteriores, inmenso y triste.

Sólo de media en media hora encontrábamos una larga fila de aquellos raros carros de las pampas, de colosales ruedas, tirados por tres pares de bueyes, semejantes, á lo lejos, á pequeñas casas suspendidas en el aire (ó á una de aquellas carretas de mercaderes napolitanos), almacenes ambulantes de cuanto Dios crió, tirados por seis ó siete caballos, que pasan como una exhalación y se pierden de vista apenas encontrados.

Recuerdo que el camino parecía, en muchos puntos gris, por la abundancia de palomas silvestres. Había muchas bandadas de *pechos amarillos* (oropéndolas), pájaros vistosísimos con todo el cuello y el pecho de admirable color de oro. De algunos árboles se escapaban nubes de negros tordos, y las perdices llegaban tan cerca de los carros que se habrían podido matar á latigazos.

La niebla desapareció y el día quedó hermosísimo. Después de algunas millas de camino, empezaron las separaciones. La mayor parte debía volver á sus trabajos. Bajaban de los carros, nos abrazaban, volvían á subir conmovidos y seguían la carretera. Pero después de haber recorrido un pedazo de camino hacia su casa, tenían un rasgo de delicadeza que impresio-

naba vivamente; volvían otra vez al carro, nos alcanzaban, nos pasaban delante é iban á esperarnos á otra revuelta del camino para dirigirnos aún un nuevo saludo de despedida. Unos diez me siguieron todavía, entre los cuales estaban los dos colonos del Pilar que me habían dicho :

—Dónde vaya iremos, hasta que se embarque en el Paraná.

Todos estos no me abandonaron ya. Iban conmigo por las calles de Santa Fe, en el patio de la fonda, por las salas del Casino italiano, por entre la turba que celebraba la inauguración de las obras del camino de hierro de las colonias.

*
* *

Por toda la orilla del Riacho, de noche, cuando iba á embarcarme, aun estaban á mi lado; subieron conmigo al vapor y estuvieron allí hasta el momento de partir y fueron los últimos en bajar, después de haberme echado los brazos al cuello, descubriendo sus rostros tostados por el sol, por algunos de los cuales corrían las lágrimas. El vapor se movía ya sobre las aguas del río, y yo aun veía en la orilla el

grupo de mis buenos colonos que me enviaban el último adiós, levantando sus brazos en alto, como para mandar aquel adiós por cima de mi cabeza á la madre patria que tan lejos estaba.



IV

¡PATRIA!

(EN LA BAHÍA DE RÍO JANEIRO)

Mientras estábamos para bajar á la barca de vapor que debía conducirnos al barco correo, brillando en nuestros ojos la alegría del regreso, se acercó á la comitiva un aldeano de cincuenta años, alto y pálido, de andar fatigoso y fisonomía anhelante, con un envoltorio bajo el brazo.

Era un emigrante lombardo, uno de aquellos innumerables desgraciados que los médicos de los barcos rechazan para evitar un muerto á bordo durante la travesía del Océano; era un enfermo grave y habían rehusado admitirlo también porque en Río Janeiro había casos de fiebre amarilla, con lo cual el rigor era mayor aun que de costumbre.

Preguntó por el comandante, que estaba en-

tre nosotros; se lo enseñamos, y se acercó á él descubriéndose. Los ojos hundidos daban á su semblante el aspecto de aquellos pobres aldeanos sufridos y fieros, que causan más compasión que los otros, cuando se les ve suplicar; porque se comprende lo mucho que deben sufrir ó haber sufrido para cambiar su rostro de tal manera.

Pedía por gracia ser recibido á bordo. Venía del interior del Brasil, y aparentaba estar completamente aniquilado por larguísimo y penoso viaje, ambicionando tan solo volver á la patria. Aunque no lo decía, se adivinaba que quería partir á toda costa aquel día, porque se sentía morir, porque instintivamente comprendía que sus horas estaban contadas.

El comandante del barco le dijo que no.

El lombardo se golpeó la frente con la mano.

Después empezó á rogar con voz trémula, hablando, ó mejor dicho, balbuceando rápidamente:

—Déjeme partir, señor comandante; déjeme partir. Colóquenme donde quieran. Enciérrenme; pagaré doble. ¡Cuando digo que me conformo á que me encierren! Échenme al agua si ven que la cosa va mal. Pero tengo necesidad de partir; tengo allá mi familia, que me espera; ¡los pequeñines... pago el doble, el doble; tengan compasión de mí, por amor de Dios!

Y después de un momento, exclamó con explosión:

—¡No me diga que no! ¡No me diga que no!

El comandante se encogió de hombros, y con verdadera amargura, pero resueltamente, volvió á indicar su negativa y saltó á la barca.

Entonces el aldeano se acercó á otro marino, y con voz afanosa, y cara y acento de hombre aterrado:

—Tenga misericordia de mí, señor—le dijo.—Hable al comandante. Mi familia me espera. Haga esta obra de caridad. No estoy tan mal y pagaré el doble; pagaré todo lo que quieran. ¿Es porque me ven medio muerto? No, no estoy tan mal. Diga una palabra; recomiéndeme, se lo suplico; le pido que no me abandone; debo volver á mi país; dígaselo así, ¡por amor de Dios!

La persona á quien habló le dirigió frases de consuelo y de resignación, manifestándole que era imposible llevarlo en aquel estado, y saltó también á la barca.

El aldeano saltó tras él, y dirigiéndose al cónsul, se le pegó sin quererse separar, volviéndole loco á fuerza de palabras inconexas relativas á su vida y sus sufrimientos. Había estado cuatro años en el Brasil; no tenía padres; estaba enfermo hacía algún tiempo; quería ir á cerrar los ojos á su país, rodeado de los

suyos; perder el viaje en aquel día equivalía á morir en tierra extranjera, solo, abandonado y en medio de la mayor desesperación. Hablaba, rogaba con voz suplicante, en actitud de acariciar á los que tomaba como protectores, juntando las manos, interrogando alternativamente á unos y á otros, ora con palabras, ora con miradas que desgarraban el alma.

Todos se volvieron hacia el comandante. ¿Era indispensable la no admisión? ¿No era posible hacer una excepción en su favor?

Aquel rudo hombre de mar necesitó recoger en un punto toda su energía y hacer un esfuerzo para contestar:

—No—dijo por último, y volvió la cara á otra parte.

El lombardo fué rechazado por un marinero y quedó fuera del tablón del puente, permaneciendo en tierra mientras la lancha de vapor empezaba á moverse.

El infeliz prosiguió suplicando, hablando precipitadamente, golpeándose el pecho con los puños, como para probar que todavía estaba fuerte, y repetía sin cesar:

—No muero todavía, no me muero; déjenme partir ¡por amor de Dios! os juro que no me muero.

Pero ninguno de nosotros se atrevía á mirarlo. La barca se alejaba.

Oímos aun alguna vez aquellas desconsoladoras frases lanzadas al viento como gritos de angustia y de rabia...

Después no oímos más; todos callaban, profundamente conmovidos por aquella escena, y girando la vista alrededor como para arrancar del pensamiento la tristeza.

*
* *

La barca se deslizaba rapidísima sobre las transparentes aguas, presentándosenos ante la vista el maravilloso anfiteatro de Río Janeiro. Aquellos altos picos de formas parecidas á las montañas lunares; aquellos montes poblados de árboles gigantescos, reinas y emperadores de la vegetación; aquellas rocas aéreas, aquellos bosques melenudos, aquellos valles orlados de jardines, aquellas islas coronadas de palmeras; todo aquel panorama inmenso, desordenado, extraño, tan grande que la fantasía se pierde en el intrincado laberinto de sus variadas formas; tan bello que casi deja en el espíritu un sentimiento de melancolía rayano en el dolor, todo esto llenaba nuestros sentidos y ocupaba nuestra mente.

Nos parecía arribar demasiado pronto al va-

por, que ya humeaba, y apenas subimos á él nos colocamos en la borda, en medio de otros mil pasajeros, para contemplar la bahía «el arco triunfal de América».

Algunos amigos de Río Janeiro habían permanecido en la lancha, en cuya proa ondeaba la bandera italiana. Allí permanecimos no sé cuánto tiempo. El sol empezaba á trasponer. El cielo se teñía de carmín y rosa, la bahía de pálida púrpura, las grandes cimas cónicas parecían de coral, en el horizonte del Océano se extendía una franja de rojizas nubes...

Ya empezaba á saltar alegre la conversación entre nosotros y los amigos de abajo, cuando una voz dolorosa, siniestra, desoladora, ¡aquella voz! llegó de repente á nuestro oido:

—¡Déjenme partir! ¡Tengo familia! ¡Pago doble! ¡No me muero! ¡Lo pido por amor de Dios!

Apenas habíamos arrancado en la lancha, el infeliz aldeano se había lanzado en la barquilla de un negro, que lo transportó en menos de una hora, haciendo ambos esfuerzos sobrehumanos.

El comandante, desde lo alto del puente, le gritó:—¡Es imposible!

Pero entretanto el tenaz lombardo se había introducido entre las otras barcas y aferrándose á la cadena de la escala, seguía gritando frente á frente de un marinero que le cerraba el paso.

Sus miradas afanosas se dirigían alternativamente al capitán, á nosotros, á los amigos de la lancha de vapor cuya bandera por rara coincidencia caía sobre su espalda. Y cruzaba las manos, se abrazaba á las piernas del marinero, besaba la bandera, señalaba al cielo, derramaba á borbotones un torrente de palabras, presa del vértigo:

—¡Mi país, mi familia, mis pequeñines; por piedad, no me muero!...

Y la voz cada vez era más ronca, y los lamentos cada vez más de niño, y la mirada cada vez más de moribundo, y los gestos cada vez más de demente.

Desde el puente, y como si reuniese el capitán todas sus fuerzas en un grito supremo, partió estridente una voz de mando que decía:

—¡Arriba la escala!

Las cadenas crugieron con ayes lastimeros, y la escala se levantó. El desgraciado, cogido por un marinero, se vió obligado á sentarse en medio de su barca.

Entonces sucedió una cosa horrible: ¡rió!

Al punto se oyó el silbato que indicaba la partida.

Y desde la borda de tercera clase le gritaban al mísero lombardo:

—Animo, hombre; ya harás el viaje cuando estés mejor; dentro de quince días hay otro barco...

Y alguna voz maldita salida de un cuerpo sin entrañass llegó á gritarle:

—¡Púrgate, púrgate!

. . . .

Todavía lo vimos rehacerse y parecía que no comprendía nada, fijando la vista sucesivamente en la proa y en la popa de nuestro barco con muestras de estupor.

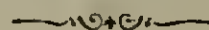
Movióse el buque. Colocóse en pie con ímpetu, cerró el puño y extendió el brazo en dirección al puente, en actitud de lanzar horrenda maldición. Luego sentóse de pronto en un banco de la barca, y apoyando el rostro entre las manos rompió á llorar.

Ya estaba lejos de nosotros y todavía lo mirábamos con los gemelos levantando y bajando los hombros como quien solloza con convulso movimiento... y le veíamos todavía con nuestro corazón oprimido.

Allá quedaba en medio de la bahía, con su inmenso dolor, sin que nadie confortara su ánimo... y á su alrededor todo sonreía, sonreía aquella inmensa belleza sin piedad.

Cinco minutos después no era más que un punto negro; y un segundo después, nada, nada.

Se había perdido en aquella indefinida superficie de las aguas color de rosa.



ACUARELAS DE NIÑOS



V

MANICOMIO DE ENSEÑANZA

Hay en nuestra sociedad, hace una quincena de años, cierta forma de vida doméstica, cierta especie nueva de familia burguesa, de cuyo tipo son modelo mis vecinos del piso entresuelo.

Esta familia ha sido invadida por la escuela, dominada, sofocada por la Dirección de Instrucción pública, convertida en Instituto científico-literario, en el cual el padre y la madre han quedado reducidos al mero oficio de administradores, ayudantes y bedeles.

El jefe de la casa, abogado hacendoso, que gana cuartos, y su señora, hija de un rico fabricante, tienen seis hijos, tres varones y tres hembras: seis caras redondas, seis cabezas rubias que pierden su color regularmente todos los años

desde los primeros días de Mayo hasta los últimos de Julio, para volver á engordar y adquirir su tinte normal en Octubre al afrontar nuevos programas académicos y al echarse á la cara nuevos profesores.

La niña mayor, de diecinueve años, entusiasta del griego y del profesor Graf, sigue su primer curso de letras en la Universidad, donde ya ha enamorado á dos estudiantes.

La segunda está en el tercer año de la Escuela profesional, en donde hay una maestra que la persigue: la menor estudia en la clase cuarta elemental de las escuelas municipales.

El primogénito estudia leyes, y es el martirio del padre, porque no quiere hacer nada.

El segundón está en segundo año del Instituto, y es la pesadilla de la madre, porque se mata trabajando.

El tercero va á la escuela superior, donde se atormenta con el dibujo, y de rechazo aflige á sus progenitores.

Las criadas y un criado, que consumen la mitad del día en el servicio de acompañar á unos y otras, llevan en el bolsillo el cuadro de las horas de los distintos establecimientos, sacando de esto motivo de cháchara y palique sin fin, porque conocen la vida y milagros de cada uno de los profesores de los seis cuerpos docentes. En la casa es un continuo ir y venir, par-

tir y llegar, cerrar y abrir la puerta, con un movimiento constante de carteras, cuadernos y encerados; una perpetua mescolanza de objetos de escritorio, libros y apuntes, que parece la librería donde se venden objetos de enseñanza en los días que preceden á los exámenes. Y á todas horas se oyen extraños diálogos entre los criados, del tenor siguiente:

—¿Sale á esta hora?

—Sí. Le toca griego.

—No te olvides de que hoy no hay clase de derecho.

—¿Tienes lección de matemáticas hoy por la mañana?

—No; pero salgo temprano para comprar un compás, que Dios confunda.

Pero la hora más tempestuosa es la del trabajo por la tarde, antes de comer. Cada cual se rompe la cabeza en su respectivo cuarto, saliendo de las seis correspondientes habitaciones que dan á un corredor, exclamaciones de los que luchan á brazo partido con las traducciones y los problemas, fragmentos de soliloquios filosóficos, fórmulas químicas, aoristos del verbo griego, fechas históricas, frases de selectos latinos, suspiros, arrastre de sillas sobre el pavimento movidas por impulsos impacientes, golpes rabiosos ó nerviosos de la punta de plumas metálicas metidas febrilmente en los tinteros don-

de siempre hay poca tinta... y la campanilla suena cada cinco minutos. Entra un pasante de griego y latín; otro que repasa las lecciones de trigonometría; una mísera institutriz que viene á meter en la cabeza los libros á la más pequeña de las escolares, y se encuentra por el corredor estudiantes de uno y otro sexo, que corren de una á otra habitación para ayudarse alternativamente, para cambiarse diccionarios, libros de texto, traducciones clandestinas, ó papel secante para los cuadernos, ó arenilla para los escritos.

Alguna vez asoma su faz al cuarto de la señorita mayor la criada más joven, que frecuenta la escuela dominical, con objeto de preguntar la conjugación de un verbo que tiene ella también que llevar á su clase; y los criados, al pasar de puntillas por el corredor, se detienen en las puertas para escuchar las cosas extravagantes que dicen con voz grave profesores y profesoras y que repiten con voz tímida los estudiantes... el dialecto dórico hablado en Tesalia, Beocia...

...los fragmentos de Alceo, de Safo, de Corina...

...*at Romæ Lentulus, cum cæteris, qui principes conjurationis erunt...*

...fíjese bien, señorita: hemos dicho que el primer tren parte á las 4 y 55 y recorre cua-

renta y ocho kilómetros por hora. Si el que debe alcanzarlo, parte...

*
* *

Después, los pasantes y las institutrices salen, encontrándose en el recibimiento con el padre y la madre, conversando con ellos brevemente en voz baja, y entre exclamaciones dubitativas, pesimistas ó consoladoras, mueven la cabeza con desconfianza, se despiden con congratulaciones (según las circunstancias del día), y queda el matrimonio, ora perplejo, ora alegre, ora de mal humor.

Entretanto, algunos de los estudiantes han concluído y cierran los libros con estrépito. La mesa está puesta, la comida pronta. Pero, en tres ó cuatro cuartos, como en otras tantas jaulas, todavía se oye el rumor de tres ó cuatro desgraciados que bufan, se retuercen en las sillas ó dan puñetazos sobre la mesa. Uno lucha con un verso de Horacio, que no ha podido tragar y lo murmura guturalmente; otro combate para buscar el final de una cláusula, y un tercero, en fin, hace la prueba de una operación aritmética, que no le sale.

El padre, impaciente, da vueltas á la mesa

en muchas ocasiones como el león; los chicos, que han concluído, muertos de hambre, se desesperan por la tardanza; la menestra se enfría; la cocinera refunfuña; la señora va y viene como alma en pena; toda la casa está en la mayor agitación... por último, todos han acabado.

-Ahora habrá un poco de paz...

*
* *

¡Ilusión! La escuela invade también la mesa. Seis voces frescas, sonoras, incansables, caen obstinadamente de nuevo en la crónica diaria de los seis establecimientos respectivos, criticando los trabajos, relatando las riñas ó los disparates oídos en clase, las picardigüelas de los camaradas, los trozos de autores, palabras griegas y latinas, frases ó muletillas de maestras y catedráticos. Y son seis, diez, veinte, entre profesores, maestros, directores, directoras, presidentes, pasantes, los continuamente citados, retratados, comentados, servidos por todos en la mesa y con todas las salsas.

La señora quería hablar de sus haciendas domésticas y sus visitas, y el abogado de sus negocios y de sus amigos; piden diez minutos

de descanso, ruegan, suplican, ordenan, obtienen al fin un poco de silencio y alguna atención.

Pero de pronto la escuela vuelve á dominar.

La estudiante y el que sigue la segunda enseñanza se pelean por tal ó cual estrofa; la alumna de la Escuela Normal ofende á la de la elemental con una frase despreciativa; el discípulo de instrucción primaria consulta con el cursante de la Universidad «sobre los medios de subsistencias del poder público»; y se empeñan en discusiones interminables sobre las dificultades comparadas de los cursos y las materias, paralelos entre profesores, y controversias acerca de un vocablo ó de los confines y fronteras de los continentes y naciones.

*
* *

Y como los unos devoran y los otros vocean, éstos empiezan á comer cuando aquéllos han acabado, el servicio se hace imposible, la señora se irrita, el señor se tapa los oídos y pide gracia, mientras el criado, entrando en la cocina con la cabeza bomba por los nombres raros que oye, pregunta á las criadas:

—¿Quién será este demonio de Jenofonte?

Y la cocinera, encolerizada porque el arroz se ha pasado, se tira á las paredes gritando:

—Vamos á reventar todos en este manicomio de sabios.





VI

LOS CÓMICOS Y LOS CHICOS

FUÉ gran día para mí, y para muchos de mis compañeros de escuela, aquel en que un gran cartelón anunció la llegada de la compañía dramática. El pueblo era pequeño: así es que sólo iba una compañía al año, desde los primeros días de Noviembre á principios de Diciembre, y una compañía endeble ó mala, por supuesto. Pero á nosotros nos parecían todos grandes actores. Una hora después de haber llegado, ya sabíamos en qué fonda paraban.

—La primera actriz y el director de escena están en *La barra de hierro*.

—El primer actor pára en *La Corona*.

—He visto al actor de carácter en el *Café de la Unión*.

Antes de comenzar las representaciones ya conocíamos de vista desde el primero hasta el último: los veíamos en las calles; desde lejos los examinábamos detenidamente, ó en el *Café de Italia*, mirando sus imágenes por los espejos para que no lo advirtiesen.

¡Cuántas veces he visto pasar á los primeros actores muy perfumados, con sus levitas negras ajustadas al talle y los codos lustrosos; las primeras actrices, pálidas y tristes, vestidas de andrajos gitanescos; actorzuelos amarillentos, metidos en raros casacones verdes y abrigados con bufandas grises; y pobres diablos, flacos galanes jóvenes, de los que sólo se veía la capa y el sombrero, que parecían el espectro del hambre!...

En las poblaciones pequeñas se va poco al teatro; el coliseo algunas veces se cerraba, acabándose por consunción, después de quince representaciones. La compañía no tenía ya dinero ni para seguir ni para marcharse, y había que echar una colecta entre los aficionados.

Pero esto no hacía disminuir en nada nuestra admiración por los artistas. Al contrario, ellos crecían, á nuestros ojos, en aquella miseria, víctimas de la ignorancia y de la barbarie públicas, y mucho tiempo aún después de marcharse los compadecíamos, recordando sus actitudes

y sus recitados, y diciendo que el público de nuestra ciudad era un atajo de ignorantes y de miserables.

*
* *

En efecto, las emociones que los actores nos producían eran tan maravillosas, que debían parecernos seres sin corazón y sin cabeza los que no las experimentaban. Los efectos de la acción dramática en los niños, son, sobre poco más ó ménos, tan profundos como los mismos efectos de la realidad, á lo cual ayuda también el no conocer del todo ni aun por intuición la clase social de los actores, quienes parecen criaturas casi sobrehumanas, y el misterio que les rodea aumenta su importancia. Entonces los peores cómicos nos hacían estremecer y reventar de entusiasmo; nos hacían mucho más efecto que el que pocos años después habían de producirnos los mejores artistas del mundo.

¡Qué inmóviles estábamos clavados en nuestro asiento, con la respiración suspendida, pareciendo que el corazón se nos quería salir del pecho y que una mano nos apretaba la garganta, cuando el diálogo animado de dos personajes presagiaba que había de concluir en una desesperada resolución ó en una estocada.

No olvidaré nunca, aunque viva cien años, el efecto que me hizo una escena de *Margarita Pusterla* cierta noche que estaba yo en un palco con la familia, muy contento, después de haber hecho mi tarea de estudiante de cuarto año.

Cuando Alpínolo cogía por el cuello á Visconti y le apuntaba con el puñal á la cara, llenándolo de improperios, me estremecía y saltaba de gozo, hundiendo las uñas en el terciopelo del antepecho. Después, Alpínolo huye; Visconti (que era un hombrón con voz de trueno) se lanza á la ventana gritando:

—¡Seguidle!—Sigue las alternativas de la persecución y grita:—¡Le cogen... se escapa... no... están cerca... huye... ¡lo alcanzaron!

Aquellas terribles palabras: *lo alcanzaron*, me hicieron prorrumpir en sollozos convulsivos que apenas tuve tiempo de ahogar con el pañuelo. Mi padre me llevó fuera del palco, á los pasillos, procurando tranquilizarme; pero hasta al pasillo llegaba la voz estentórea de Visconti; comprendí que á Alpínolo le llevaban atado á su presencia; era una cosa horrible; volví á sollozar y mi padre me condujo abajo, al vestíbulo del teatro; mas también allí resonaba aquella formidable voz y fué preciso que me sacaran á la calle.

Estaba inconsolable, tenía el pecho destro-

zado y seguí desesperado buen rato, en medio del círculo de pilluelos que esperaban las contraseñas, no llorando ya, pero todavía anheloso, con aquel execrado tirano delante de los ojos y de la fantasía.

*
* *

Naturalmente, nos parecía que aquellos actores tenían también fuera del teatro la importancia, la potencia fascinadora de los personajes que representaban en la escena. Creíamos que ningún banquero millonario se hubiera atrevido á negar la mano de su hija á aquel hermoso primer actor, altivo y apasionado, que había interpretado tan bien el Francisco I la semana pasada; y no estábamos lejos de creer que, asaltado por una turba de asesinos, el barba, no hubiera tenido que hacer mas que gritar con voz potente:—¡Atrás, miiiseee...rables!—como gritaba en el drama *El delito misterioso*, para ver desaparecer á los malhechores como bandada de pájaros.

Entre la amistad del conde de Cavour y la amistad del característico, hubiéramos escogido ésta sin vacilación alguna. Me acuerdo del grandísimo respeto que experimenté hacia la per-

sona de un tío mío, muy burlón, desde la noche que, entrando en mi casa, díjo que había jugado una partida de billar con el gracioso.

En cuanto á las primeras actrices, bastaba que no fueran mónstruos para que todos nos entusiasmáramos con ellas; era un enamoramiento anual, desde principios de Noviembre hasta los primeros días de Diciembre, tan fijo, regular é inevitable como la lluvia de otoño.

Recuerdo todavía á media docena como si las hubiera visto ayer: una mujerona con voz de trueno; otra flacucha, jorobadita, que parecía que estaba siempre llorando; cierta rubia, un ángel que representó tres temporadas consecutivas, estando en cinta siempre el último mes; y otras, gruesas y bien formadas; enfermizas y feas otras, con ciertas vocecillas agudas y pronunciaciones extrañas que parecían venir del otro mundo; pero que todas nos arrebataban en éxtasis cuando aparecían en el palco escénico, con los cabellos sueltos por la espalda, haciendo el papel de loca con el acostumbrado sistema de llorar y reir á un mismo tiempo.

¡Ah, Dios mío! ¡Ser querido por una primera actriz era la suprema felicidad y la mayor de las delicias humanas!

¡Qué superiores debían ser á todas las miserias de la vida; qué lenguaje tan sobrehumano debían hablar; cuán prosaicas é insustanciales

nos parecían todas las mujeres á su lado! Pero ninguno de nosotros se hubiera atrevido á esperar ni una mirada de aquellas criaturas misteriosas y fulgurantes que se nos aparecían en sueños con el traje de María Estuardo, de Diana de Poitiers.

Al encontrarlas en la calle enrojecíamos, y una palabra suya que cogiéramos al vuelo mientras pasaban, una frase extraordinaria y misteriosa como: «he esperado á la modista hasta las siete»... ó bien «nos han llevado los equipajes al *Buey bermejo*...» nos quedaba en el pensamiento durante todo el día como el sonido de celestial arpa!...

***

Los hombres, por otra parte, nos causaban impresión más profunda, porque en esa edad se admira más lo grandioso y lo terrible que lo tierno y delicado. Nuestra gran afición se cifraba en las escenas donde un personaje valiente y generoso, ciego de ira, alcanzaba á otro gritándole cara á cara: «¡Cobarde, malvado, infame, miserable, asesino: tu sangre ó la mía!» Después, escupía, y nosotros aplaudíamos. En estas escenas, forzoso es decirlo, hasta los más tor-

pes tenían momentos felices. Pero sobre todo nos entusiasmaban los momentos culminantes de los dramas patrióticos que, en aquellos años, alcanzaron mucha boga. Eran los buenos tiempos de *Los mártires del 21, El niño Mortara, Los procesados de Mántua*, si no equivoco los títulos, y otros dramas llenos de conjurados, comisarios de policía, esbirros del Papa, gendarmes austriacos;—dramas muy medianos, por lo que recuerdo de ellos, como obras de arte; pero de maravilloso efecto en los jovenzuelos, especialmente por las imprecaciones de los oprimidos contra los opresores, á algunas de las cuales, en verdad, nó les faltaba elocuencia.

Nosotros saltábamos de nuestros asientos, dábamos palmadas, llorábamos ardorosas lágrimas al oir aquellas fervientes invocaciones al amor pátrio, por las cuales los actores nos parecían tan venerables y gloriosos como los mismos héroes que representaban.

Me acuerdo de un tal Maroncelli, por el cual hubiéramos dado la mitad de nuestra sangre.

Y eso que entonces las tiradas de versos patrióticos se decían de un modo que quitaban toda ilusión artística.

Cuando llegaba la ocásión, el actor se volvía adelantándose hasta el proscenio, como para arengar al público, y recitaba su relación como

si fuera una cosa extraña al drama, cambiando de voz y de entonación, con los ojos en blanco y como perdiéndose su mirada en el lejano horizonte. Pero ¡qué importaba! Estaban sublimes.

Y si alguna vez un espectador escéptico ó impertinente, al lado nuestro, exclamaba á media voz:—¡Qué perro!—era en seguida juzgado por nosotros: no podía ser mas que un burro ó un miserable.

¡Oh inolvidables noches!

Nos quedábamos en la puerta para ver salir al Dux, á Silvio Pellico, al viejo Schiller.—¡Ahí están!—nos decíamos al oído—¡son ellos! Y nos parecía un nuevo y mayor indicio de grandeza aquel aire de cansancio entre desdeñoso y burlón con que salían del templo de su gloria, encendiendo un chicote, y cubriéndose el cuello hasta las orejas como simples mortales.

*
* *

Podría hacer el retrato de casi todos si supiese dibujar: tan fijos se me han quedado en la memoria; uno, principalmente, me arrebató: un primer actor de la Romaña, joven, que, según

decían, imitaba á Ernesto Rossi, á quien yo no había visto trabajar todavía. Recordándolo ahora, me parece que debía ser un cómico de la legua; manoteaba como un loco, y tenía una voz que parecía se iba á comer á los niños crudos. Pero cuando hacía *El bravo de Venecia*, en el último acto, le hubiera echado á la escena de buena gana un fajo de billetes de Banco.

Otras cien caras recuerdo con aspectos terribles ó grotescos: figuras que me parecían insuperables modelos de belleza y de elegancia, colosos con paso de elefante, una variedad infinita de piernas; sobre todo, piernas vestidas de malla de todos colores; las piernas sutiles y magras de Luis XI ó de Felipe II, enflaquecidas por las continuas ansias de la caza.... en el plato; piernas gruesas é hidrópicas; las piernas torcidas y desiguales de Pablo y de Romeo; las torneadas y esculturales piernas de César de Bazán, á las cuales miraba con envidia contemplando mis escuálidas canillas de chicuelo que crecía precozmente.

Entre todos, sin embargo, el que me quedó más presente en la memoria fué un segundo galán — me parece que era lombardo — el mismo que representó el Visconti aquella terrible noche de que hablaba antes. Algunas veces hacía también papeles simpáticos—constituían sus

obras de empeño —en los dramas llamados patrióticos, ó si se quiere *patrioteros*.

Era un tipo curiosísimo, de estatura regular, pero fornido como atleta, un poco panzudo, con gran nariz de caballete, corto de cuello, tosco; parecía hecho de una pieza y tendría treinta y cinco años, poco más ó menos. Apenas entendía lo que recitaba; después lo he comprendido: decía el verso con monotonía desesperante, y lo mismo representaba el Duque de Alba que el tipo de padre cariñoso; pero tenía aquel cernícalo un órgano vocal de tal potencia que, en las relaciones patrióticas, especialmente cuando hablaba de abrir todos los *espaciosos antros cavernosos*, se venía abajo el teatro con los aplausos.

No, ninguna palabra puede dar idea de aquella voz; no he oído jamás vozarrón semejante.

Poseía un órgano de catedral, un cañón, un león, el cuerno de Astolfo en el cuerpo; hubiera sobresalido su monstruosa voz entre el estrépito de los arsenales ó en los grandes talleres de máquinas.

No me acuerdo ya en qué drama, hablando por casualidad de los suizos, se revolvía furioso contra los *suizos mercenarios*.

Le recordaré siempre.

Decía en voz baja, con naturalidad, termi-

nando un período—como acostumbran los suizos;—y después, de repente, estallando como un mortero:

«¡Oooooh, los suizos! ¡Caaaar-ne vendi-da! ¡Oooooh si la sombra de Guillermo Tell pudiera levantarse de su sepulcro!»

Parecía que se oía el ruido del trueno en un valle de los Alpes, y no se le estremecía nada el corazón á aquel animal. ¡Ca! Su acento no revelaba la menor emoción; su cara permanecía impasible; echaba fuera toda aquella ira sin descomponerse lo más mínimo, como si estuviese charlando con un amigo de cosas indiferentes. Pero ¿cómo resistir aquella voz? Yo la sentía después resonar en mi cuarto; y toda la noche y todo el día siguiente no hacía yo más que hinchar el cuello y ahuecar la voz declamando:

—¡Oooooh, los suizos! ¡Caaaar-ne ven-di-da!— con un entusiasmo... del cual se resentía después, desgraciadamente, la traducción latina.

***

¡Pobres cómicos! ¡Cuán lejos estábamos entonces de imaginar las miserias y los dolores que se escondían bajo sus mantos de rey y sus co-

letos de malla! Nos parecía que debían ser todos felices, afortunados en sus amores, buscados y obsequiados por todos en cuantas partes se presentaran. No había ninguno de nosotros que no soñara entonces con ser artista dramático.

La familia se opondrá un poco al principio—pensábamos; —pero, después, cuando reconozca nuestra vocación y pruebe la embriaguez de los aplausos, consentirá ¡ya lo creo!

Entretanto nos ingeniábamos por imitar á los actores.

Copiábamos el peinado del primer actor; nos anudábamos la corbata como el galán joven; imitábamos la pronunciación, el paso, el modo de reir, ya de uno, ya de otro; hubiéramos querido poder vestirnos como ellos. Aquel primer actor romañolo de que hablaba antes usaba un gabán de entretiempo, color de café con leche, que le estaba como pintado, un poco largo quizá, pero de una distinción que nos encantaba.

Me parecía que pasear por el pueblo con aquel gabán color de café con leche después de haber representado la noche antes *El bravo de Venecia*, como él lo representaba, debía ser el más agradable de los triunfos humanos; él, al contrario, modestamente, se paraba después horas enteras en los escaparates de las casas de comida.

Nosotros sabíamos cuanto hacían, constituyéndonos en espías suyos, curioseándolos y siguiéndolos por todas partes.

Luis XI guisaba en su casa; ¡quién lo hubiera pensado jamás!

La primera actriz tocaba la guitarra.

El actor que ejecutaba tan bien el Cárlos V había dicho una noche en el *Café de la Rotonda*, en voz alta: «¡Vale más un cabello de Shakespeare que toda la peluca de Víctor Alfieri!»

El galán joven fumaba tabaco turco.

Y en aquellos cuarenta días de convivencia espiritual teníamos cierto cariño á todos; cuando silbaban á alguno, experimentábamos un dolor sincero; y el día después de su partida, estábamos siempre algo melancólicos, como si hubieran partido con ellos mil ideas, mil gratas fantasías, toda la turba viva y animada de los personajes históricos y de los héroes imaginarios que habían representado en la escena: y nuestro pequeño pueblo volvía á caer en un silencio estúpido y enojoso.

*
* *

Y ahora—me pregunto muchas veces,—¿dónde habrán ido á acabar sus días aquellos come-

diantes que viven aún tan tenazmente en mi memoria, con su fisonomía, sus voces y sus trajes?

Los barbas ¡pobres! habrán muerto casi todos; porque, querámoslo ó no, ha pasado un cuarto de siglo desde aquellos años; más de un segundo galán habrá cerrado los ojos en algún hospital probablemente; otros habrán corrido las más raras aventuras; de los actores jóvenes no se ha hecho célebre ninguno..... que yo sepa.

¿Y aquellas pobres primeras actrices? Las veo confusamente seguir su trabajosa peregrinación de pueblo en pueblo, reventarse en teatros desiertos y casi oscuros, llorar en alcobas desmanteladas de fondas de tercer orden, encanecidas, enfermas, causadas; y siento por ellas una gran compasión, como si en aquel tiempo las hubiese amado de veras, no como un niño, sino como un hombre. Al fin, ellas nos han alegrado y nos han conmovido en nuestra primer edad, y son como antiguas amigas perdidas para nosotros. ¡Cómo podríamos recordarlas sin cariño y sin gratitud!

*
* *

Alguna vez, al asistir á una representación dramática en teatros de tal cual pueblo, adon-

de he ido á pasar veinticuatro horas con un amigo, reconozco á alguno de aquellos actores antiguos, envejecido, jadeante, interpretando papeles secundarios y conociéndosele en el rostro las huellas de veinticinco años de trabajo. No lo reconozco en seguida, naturalmente; preciso es que ocurra la oportunidad de hacer algún gesto ó dar algún grito por el cual recuerde su imagen de otro tiempo; entonces, á la tercera ó cuarta escena á lo más, reconozco á Kean, al marido de María Juana ó al Conde de Montecristo de aquellos tiempos, que me hacía volver á casa para estar cuatro noches con el corazón henchido de emociones.

¡Qué placer, algo triste, pero vivo, experimento siempre en aquellos momentos! ¡Con qué profunda atención los escucho ahora! ¡Cuántos gratos recuerdos me decía el sonido de aquellas voces! ¡Y cómo iría á esperarlos á la salida del teatro para festejarles, y hablar con ellos de *nuestros buenos tiempos*, si no temiese ser tomado por burlón ó por loco! No hará más de seis meses, por ejemplo (y lo recuerdo porque esto me inspiró el escribir el presente articulejo), tuve uno de estos gratísimos reconocimientos. Paseando con el profesor D'Ovidio en la plaza de Solferino, ví que iba delante, diez pasos más allá, un poco á la izquierda, un señor grueso, ancho de espaldas, mal vestido, pero con cierto

relativo esmero, con un gran bastón en la mano; una figura que me evocó gratísima reminiscencia.

—¿Es posible—dije entre mí que sea el mismo? ¡Aun él tan fuerte y robusto, al cabo de tantos años!

Aprieto el paso y miro con curiosidad aquella cara.

Era él: él en cuerpo y alma; Visconti, el de voz de cañón rayado, el de *carne vendida*, el formidable tirano que me había hecho escapar del teatro ahogado en sollozos. Mi primer impulso hubiera sido detenerle y decirle:—Pero ¿cómo usted aquí?—¿Cómo va? —Dónde ha estado?

—¿Sabes quién es ese?—le dije á D'Ovidio, y le conté la historia.

—Detengámosle, pues — respondió riendo, y me arrojó hacia él.

Pero el acostumbrado temor de pasar por loco me detuvo.

¡Estúpido! No me lo perdono. Habría pasado quizá una noche agradabilísima; hubiera comido con él, habría oído la historia de quién sabe qué extrañas vicisitudes, le habría proporcionado un placer contándole mis emociones de niño; hubiéramos vaciado varias botellas; nos hubiéramos levantado de la mesa gritando los dos á un tiempo:

—¡Oooooh, suizos! ¡Caaar-ne ven-di-da!...

Y por el contrario, no hice mas que acompañarle con la mirada hasta que volvió la esquina.

Pero le acompañé con una mirada de sincera y profunda simpatía, enviándole mi saludo desde lo más hondo del corazón y saludando cariñosamente en él á todos mis compañeros, colegas vivos y muertos, galanes y barbas, buenos y malos actores... ¡ídolos de mi infancia, caros recuerdos de mi juventud, fantasmas dulcemente tristes de mi edad madura!





VII

EL LIBRERO DE LOS NIÑOS

—

¡Pobre mártir!—Cada vez que entraba en su tienda me reía mucho, pero salía lleno de admiración y de lástima.

Tenía su librería, ó mejor, su cuarto de suplicio, en un ángulo de la calle de Giusti, al lado de la escuela municipal de Norberto Rosa, poco más allá de otro librero de escuelas elementales, el cual le disputaba la pequeña parroquia escolar con cruel avaricia.

Era una tienda típica de librero de niños, ó sea una mezcla extraña de cosas diversas, minúsculas, graciosas, inútiles, necesarias, ridículas, muy semejantes á la cabeza de los compradores. Tenía delante un escaparate muy grande y poco limpio, lleno de gramatiquillas, de tratadillos de aritmética, entre las cuales se

veían en desorden cajitas abiertas con plumas, arenilleros con polvos de varios colores, y, dentro de los agujeros, compases y lápices, pelotas y trompos colgados, dentro de redecillas de hilo, hojas y pistilos para hacer flores de trapo, estampas de soldados, de color, pedazos de regaliz, bolas para juegos y libros de misa. En el fondo del escaparate, en medio de retratos en litografía de León XIII y del rey Humberto, se leía un cartel pintado, con esta inscripción: —*Nuevo juego de la Barca;*—y debajo una cartera de hoja de lata con este letrero en grandes caracteres: —*Cartapacio escolar* INMORTAL, *privilegiado.* Y alrededor calendarios con figurillas, papel de cartas con franjas y flores, modelos de dibujos para labores en cañamazo mezclados con algunos libros extraordinarios:—*El Observador de Gozzi,*—*Mis Prisiones,*—*Los Novios,*—*La Vida de Franklin,*—amarillentos, envejecidos allí, en triste abandono sabe Dios desde cuánto tiempo.

Completaban la originalidad de aquel escaparate, flores contrahechas, destinadas á las criadas que acompañaban á los niños á la escuela; una serie de tomitos toscos y plebeyos de cubiertas elocuentes, como *La verdadera llave del tesoro, La cocinera piamontesa* y *El Secretario galante*, tras de los cuales se leía (y no estaba fuera de lugar) un aviso fijado en tela: *Listas de*

revista para militares; y pegado á la vidriera, por delante, otro anuncio manuscrito: *Se compran y venden sellos de cualquier nación.* La tienda era pequeña y oscura, y tenía en el fondo, enfrente de la puerta, un largo mostrador tras del cual el librero y su mujer resistían los asaltos de las turbas escolares, como si estuvieran detrás de fuerte barricada. El librero también era un tipo análogo á su tienda: un hombre como de cincuenta años, pequeño y ligeramente cargado de espaldas, con cuatro malos pelos sobre la frente y debajo de la nariz; mal encarado, irascible, pero bueno; con voz ronca y fuerte, muy gruñón, siempre amenazando, pero provisto de una paciencia infinita.



Nunca olvidaré la primera vez que fuí á su casa para hacerle ciertas preguntas sobre su comercio, pocos minutos antes de abrirse la escuela, que era la hora en que afluían más compradores.

—Mal negocio, ¿eh?—

El pobre hombre no tuvo necesidad de responderme. Tres chiquillos respondieron por él, tres pequeños parroquianos, petulantes, que

apenas llegaban al mostrador, y cantaron los tres á un tiempo, como si hubiesen ensayado el terceto en la acera:

Déme un cuadernillo de papel con rayas azules, sin margen; un cuaderno con la cubierta de color de rosa de la clase número tres y con la fachada de la Exposición; y una pluma nueva, pero que escriba bien: mire usted que la pruebo.

Quiero un cuaderno de la clase número dos con la cubierta amarilla y el retrato de la reina Margarita; una hoja de papel, para dibujar, más limpio que el del otro día; y un lápiz para dibujo, de diez céntimos, pero bueno, y sáqueme usted la punta.

Para mí un pedazo de goma de cincuenta céntimos, pero que no se rompa en seguida como la de la semana pasada, que mi padre dijo: «Parece imposible, son unos tunantes;» una falsilla blanca de cinco céntimos; y también una hoja grande de cazadores á paso ligero.

El librero se cruzó de brazos y exclamó:

—Indicad otra vez uno á uno vuestras impertinencias respectivas.

Volvieron á decir los tres á un tiempo lo mismo. Entonces, según su costumbre, dejó escapar un silbido prolongado, que equivalía á: —¡Señor, ayudadme!—última expresión de su paciencia.

Le había pasado ya lo mismo veintisiete veces aquella mañana. Después llamó en su auxilio á su mujer, la cual agarró por el cuello de la chaqueta á dos de los muchachos para que el tercero pudiera decir solo lo que quería; y así que hubo servido á los tres gruñendo, el pobre

hombre se volvió hacia mí y empezó de nuevo sus lamentaciones.

Lo gracioso era que hablaba de los chicos con el mismo lenguaje con que se habla de los hombres.

«Son gentes llenas de pretensiones y sin escrúpulos; serán acaso muchachos en su casa, pero en el *comercio* demuestran todos tener cuarenta años»... Es un oficio pésimo el suyo; ganarse cinco céntimos en cien cuadernos, luchar con la competencia de un vecino que les había quitado la mitad de la parroquia, dando por cinco céntimos un cuaderno, una pluma y un pedazo de papel secante; lo que le obligaba á él á dar, además del cuaderno de papel secante y la pluma, una figura de *calcomanía*...

»Tener que luchar con una clientela ignorante é incivil, pero provista de una experiencia ya increíble en lo que al comercio de objetos de escritorio se refiere; y de una tunantería matriculada hace años en materia de cuartos; y, después, con una casta de padres que no se hacían presentes mas que para defender las pequeñas y groseras tunantadas de los chicos...

»Era una mala vida de la que yo no podía formarme idea, un comercio de perros.—¡Porque son perros!—Era su exclamación favorita.

—Palabra de honor—decía.—Preferiría ser librero de un presidio. Ahí viene uno. »

Entraba en aquel momento un niño, á quien él conocía de nombre y de hechos, y principió la siguiente escena.

El muchacho, cabeza de Medusa, con gorra encarnada, se acercó al mostrador, al que apenas llegaba con las narices, y dijo con voz de cabo de escuadra de mal humor:

—Un cuaderno de cinco céntimos papel número dos.

El librero:—¿Estás seguro que es número dos?

—He dicho número dos.

—Ahí está el cuaderno.

—Déme también la pluma y la calcomanía.

—Ahí están la pluma y la calcomanía.

—Quiero además una hoja grande de papel secante.

—Una grande no puede ser, media.

—Entonces cojo otra vez mis cinco céntimos.

El librero se impacientó, pero me dijo al paño:

—¿Qué he de hacer? Tengo que dársela, si no, va contándolo á la escuela, y me quita media docena de parroquianos.

Y le dió la hoja grande.

—Ahora—replicó el muchacho—déme usted cuatro obleas verdes.

—¡Un testarazo en el cuello voy á darte! ¡Holgazán, necio! ¿tú quieres arruinarme con tus cinco céntimos?—gritó el librero.—¡Véte pronto fuera, ó te echo á la calle pegándote algo que no se te caiga!

—¿Ha visto usted—me dijo cuando el muchacho se había ido—qué ladrones? ¡Y esto no es nada! algunos llegan á amenazarme: el otro día vino uno, al cual, por no haberle dado además de un cuaderno, como el otro librero, una cajita de plumas, me dijo:

—*En la escuela mando en tres bancos; ninguno de los tres bancos vuelve por aquí, ¿lo sabe usted?*

Había otros que, por la maldita ambición de hacer creer que escribían muy adelantados, compraban un cuaderno de rayas muy juntas para ellos, y, advertidos después por el maestro de que aquello no les servía, le llevaban el cuaderno ya emborronado con la pretensión de que se lo cambiase, y si no se lo cambiaba, empezaban á chillar y á llorar, haciendo que se reuniera la gente delante de la puerta. Había bribones que gastaban los cinco céntimos que le daba su padre en caramelos y en chucherías, é iban á él diciéndole:

—Haga el favor de darme un cuaderno; he olvidado los cinco céntimos, y hoy tengo examen; mañana pagaré.

Y recogido el cuaderno, no volvían á parecer por la tienda.

—Y todavía hay más, señor. Se aprovechan de la afluencia del día de examen, se ponen seis ó siete de acuerdo para venir aquí á armar barullo, y se llevan las cosas sin pagarlas, disputándoselas luego. Créalo usted, me dan muy malos ratos... ¡Maldito sea el ácido fénico! —y diciendo esto se tapaba la nariz porque había entrado una muchachita, muy bien vestida, á la cual sus padres habían fumigado para preservarla del cólera.—¡Luego me apestan la tienda!—exclamó cuando pudo respirar.—Venga, venga otra vez si quiere presenciar buenas cosas; ¡son perros!

*
* *

Volví algunos días después y le encontré con aspecto tal que parecía había plantado en sus carnes todas las plumas que distribuyera por la mañana.

Había tenido una entrevista con el padre de cierto muchacho que le debía veinte céntimos por cuatro cuadernos. El padre había entrado en la tienda con cara amenazadora.

—¡Dice usted que mi hijo no le ha pagado!

Pues yo siempre le he dado los cinco céntimos.

—Pues yo nunca los he recibido.

—¡Pues mi hijo no miente!

—¡Mida usted sus palabras!—Estaba fuera sí, contándome esta escena, cuando un muchacho, desde la puerta, preguntó con voz ronca:

—¿Quiere comprar un sello de Bolivia?

—¡Revienta!—respondió, y continuó:—Son perros y los padres no lo son menos. Créalo usted, es menester verlo. Vienen aquí los alumnos de primera enseñanza elemental á comprar el libro de lectura con grabados y se lo llevan á la escuela. ¿Usted sabe cómo manejan los chiquillos las cosas? Por la manía de ver pronto el elefante y el león, agarran las páginas con todos sus cinco dedos y las ponen hechas una lástima; puede usted figurarse cómo quedarán. Pues bien; al día siguiente se plantan aquí sus padres para decirme:

—¡Qué porquería de libro ha dado usted al niño!—¡Vea usted, caballero, eche una ojeada y mire qué libros me traen para encuadernar!

Y me presentó un libro de lectura que me hizo prorrumpir en estrepitosa carcajada.

Nunca, nunca he visto un pobre libro tratado de aquel modo, ni creía que las uñas infantiles pudieran llegar á tanto; parecía que durante siete días había estado en una carbonería, en poder de numerosa familia de gatos.

—¡Y pretenden que se lo devuelva como nuevo!—añadió el librero con su silbido acostumbrado; —¿comprende?—Y son capaces, cuando vuelvan á tomarlo, de sostenerme en mis barbas que lo he ensuciado yo; yo, ¡pícaro mundo! ¿Es este un oficio de cristiano?

Entretanto los parroquianos se suceden despachándolos la mujer. Chiquillas del pueblo con peinados y voces de macho, jovencitas vestidas con elegancia, pequeños estudiantes con la cara manchada de tinta, grandullones de cuarto curso, señoritas de diez y seis años vestidas á la moda, que dirigen alrededor miraditas suaves y desdeñosas, y compran un cuadernillo de papel de cartas, un poco de yeso, una pistola de cinco céntimos ó una tabla de multiplicar.

Una niña de tercer año hizo que le cambiaran dos veces la calcomanía, pórque las figuras *no eran interesantes*.

Un parroquiano, con un pañuelo á la cabeza contó sobre el mostrador cuatro miserables céntimos, y echó un rato en buscar la quinta monedita perdida en el fondo de su bolsillo entre un puñado de cáscaras de castañas. Uno muy pequeño, que llevaba la mano levantada con sus cinco céntimos, no se acordaba ya de lo que iba á comprar, y el librero se vió obligado á nombrarle pacientemente diez ó doce cosas, hasta que al fin dió con lo que quería y pudo mandarlo con

Dios. Otro, que tenía aspecto de que no querrían verlo en su casa ni pintado, puso cinco céntimos en el mostrador, y después, creyendo haber hecho ya su negocio, se fué y volvió á poco amenazando, como si le hubieran robado una gran cantidad, preguntando:

—¿Y mis cinco céntimos, señor librero?

Había también otros que tenían deudas antiguas y poniendo las monedas sobre el mostrador decían:

—Ahí tiene usted veinte céntimos: no me acuerdo bien si con esto he pagado todo.

Y se quedaban un rato allí, como si esperasen el recibo. El librero bufaba, echaba fuera el silbido de costumbre, y respondía siempre con los puños apretados delante de la boca, como para decir:—¡Ah! ¡si pudiera servirme de ellos! ¡Pobre diablo, y era incapaz de dar á nadie un capirotazo en la nariz!

Cierta vez encendió un fósforo para ver bien una media peseta que le había dado un parroquiano de dudosa fama, y me dijo:

—¡Hago esto porque me han dado por dos reales botones de estaño labrados.—Pero labrados con habilidad! ¡Qué perros!

—Y tú ¿qué quieres?—preguntó á un niño pequeño que llevaba en el sombrero una gran pluma de gallo.

—Déme—respondió—un cuaderno ver-

de con la estampa de la *Tocadora de arpa.*

El librero puso sobre el mostrador el cuaderno verde con la tocadora de arpa. El muchacho la arrojó diciendo:

—No he dicho eso.

—¿Cómo que no has dicho esto?—preguntó el librero cruzándose de brazos.

—No, señor—contestó el muchacho con admirable desenvoltura;—he pedido un cuaderno azul turquí, con el monumento á Víctor Manuel.

El librero dejó caer los brazos y me miró. Después, servido el muchacho,

—¿Ha visto usted?—exclamó.—¿Se ha visto nunca un modo más impertinente de quemar la sangre? Luego lanzó el silbido ó resoplido de costumbre, y añadió:—Habrá oficios malos en el mundo, pero como éste, ninguno.

Y después de haber negado una cosa imposible á otro bribonzuelo, el cual, por venganza, al irse le sacó un palmo de lengua, el pobre hombre se dejó caer en una silla, atusándose con sus manos los cuatro pelos que le quedaban y dando un suspiro de angustia. Había concluído la venta de la mañana.

¡Pobre alma atribulada! Volví muchas veces en el transcurso del año y tuve ocasión de conocer cuántos eran los tormentos de su profesión miserable; en invierno tenía la calamidad de

la nieve: se la llevaban adherida á los zapatos, sacudían delante del mostrador las capas, los sombreros; le ponían, en fin, la tienda hecha una pocilga; en verano, volviendo de las excursiones al campo y vaciándose los bolsillos para hacer sitio á las cosas que compraban, le cubrían el suelo de tierra, de arena y de hierbas, entre todo lo cual se deslizaban grillos vivos y animalejos á medio morir, que hacían gritar de miedo á su mujer.

Por Navidad tenía el martirio del papel con orla para las cartas de felicitación, del cual nunca quedaban contentos; y cada parroquiano estaba pensando media hora, antes de escoger. Muchos hasta tenían la desfachatez de devolver el papel, después de dos días, diciendo que en *casa lo habían encontrado feo*, y ya llevaban escrita media cara. Para Año Nuevo, después, el azote de otros aguinaldos, esa costumbre *bárbara*, que Dios quiera se quite, de regalar una pluma, una estampa, aunque no sea mas que regaliz, á todos los holgazanes que se decían parroquianos, de los que iba un diluvio de todos los barrios de Turín.

Se presentaban de cada vez media docena, de caras que no había visto nunca, con pretensiones exorbitantes y le decían:

—¡Qué no me ha visto usted nunca! Y otros: —¡Sí hemos venido siempre!—Y él:—¡Sois un

atajo de embusteros!— Y ellos:—¡Mire cómo habla!—Y entonces, hacía una salida impetuosa y los echaba fuera con una regla en la mano, y desde la calle se burlaban de él, le llamaban *papamoscas, ensucia-cartas,* á lo que el infeliz, lleno de rabia, exclamaba:

—¡Ladrones! ¡Perros! ¡Que llamo á los guardias!

Hasta que, cansado, volvía á su sitio y se dejaba caer en la silla diciendo:

—¡Hay que pegar fuego á la tienda! ¡Es imposible seguir adelante! ¡Me están *demoliendo!* ¡Estoy aniquilado!

Algunas veces me atrevía á contradecirle un poco hablándole de *crecientes esperanzas* y trataba con buenas razones de inculcarle la resignación.

—Usted se equivoca al expresarse de ese modo contra los niños, porque oiga usted una de estas tres cosas: ó son mejores que éramos nosotros á su edad, y esto debe alegrarnos; ó son lo mismo, y entonces no tenemos el derecho de quejarnos; ó son peores, y la culpa no es de ellos, es nuestra; porque al fin nuestra es la sangre que corre por sus venas, y lo que hagan será el fruto de nuestra educación. Esto no tiene vuelta de hoja.

Pero á estas observaciones no respondía. Como si le hubiere hablado en griego, alzaba los

ojos al cielo y decía:—¡Perros!—y seguía adelante.

Pero lo más gracioso era la fraseología que empleaba hablando de los chicos.

Según él, nuestro *Código penal* tenía un gran vacío; hablaba mucho, principalmente, de la dificultad, del mérito que había en conservarse honrado, teniendo que luchar con aquella gentecilla; había niños que venían á proponerle toda clase de picardías; libros robados en casa, que costaban ocho y diez pesetas cada uno, queríau venderlos por dos reales, y conocía colegas que se aprovechaban de esto. Pero él tenía las manos limpias.

—Trato con bribones—decía,—pero soy una persona decente, y ninguno de estos tunantes conseguirá nunca que vaya con él á los tribunales.

La semana anterior, por ejemplo, se le había presentado una niña á comprarle por diez pesetas *cajas de sorpresa;* cuarenta reales robados á mamá, de seguro y la había despedido con un bufido, capaz de quitarle el apetito á la muchacha durante una semana. Daba risa, sobre todo, oirle hablar de los tipos que se le presentaban, de los embrollones que le hacían perder la cabeza, ofreciéndole todo género de contratos y permutas, de pequeños préstamos, de ventas á plazos, de negocios complicados, ideados con

una sutileza de viejos comerciantes, que le dejaban lleno de estupor y avergonzado de su propia sencillez.

Conocía ciertos pequeños estafadores, que eran una perpetua amenaza para su negocio, y hablaba de ello con una mezcla de admiración y de terror, como hablaría un banquero de poderosos rivales, con los cuales tuviese que luchar, y de los que tuviera que temerse algo.

—¿Ve usted aquel de los pantalones verdes? —me dijo una mañana señalándome un pequeño alumno de tercer año que jugaba al trompo en medio de la calle.—Aquel que está allí—añadió bajando la voz—es más pícaro que yo, que usted, y que todos los libreros de Turín juntos. Aquel se me comía la tienda en un mes si no estuviera en guardia.

Y concluyó con un suspiro y con su estribillo acostumbrado:

—¡Perros! ¡Cuando yo lo digo!...

Había también, sin embargo, días fastos, rarísimos, en los cuales, después de haber dirigido su acostumbrada invectiva contra aquella *casta*, admitía alguna excepción; eran días en los que le habían dado un poco de respiro.

—Cierto—decía á modo de concesión,—que hay también buenos chicos entre aquella gente, muchachos de conciencia incapaces de...

Hay algunos que tienen buen corazón, niños que vacían su bolsillo aquí en el mostrador y compran libros y papel para los compañeros pobres. La semana pasada, un chiquillo de siete años, que estaba comprando un modelo de papel de una basílica, viendo entrar á un pobre, le echó una peseta en el sombrero y se quedó con las manos vacías. Hace tres años, por ejemplo, el día de San Gaudencio, tres muchachos de segundo año me trajeron un ramillete. No son todos malos... ninguno merece estar en presidio.

Esta era la más cariñosa expresión de su indulgencia.

Pero al día siguiente llegaba yo á la tienda, cuando acababa de ser objeto de una demostración hostil que le habían hecho desde la puerta, después de haberle dejado en el mostrador, á guisa de tarjetas, cáscaras de manzanas y nísperos á medio mascar, y entonces negaba hasta las honrosas excepciones; la generación nueva era una marea creciente de maldad; Italia estaba perdida; para el verano habría ya cerrado la tienda, estaba muy mal de salud, le quedaban contados días de vida, y dejaba oir un resoplido hondísimo, en el cual parecía exhalar el alma entera.

La última escena á que asistí en su tienda no se pagaba con todo el oro del mundo.

Entró un chiquillo de cuarto año, mal encarado, á quien miró con recelo.

—Este viene á hacer alguna barbaridad—me dijo.

Le conocía mucho; había tenido con él una cuestión el día anterior por una esponjita de pizarra.

El muchacho se acercó, dejó cinco céntimos en el mostrador y dijo en voz alta:

—Déme una vida de animal.

El librero le miró un momento de reojo, pensando si tras de aquella petición se escondería alguna injuria. Pero el muchacho permaneció impasible.

Por otra parte, aquella era la expresión de que se valían todos para pedir una hoja iluminada en la que estaban representados animales comunes.

El librero fué á buscar la estampa en los estantes, mirando siempre con recelo; después puso la hoja en el mostrador.

—¿Está el burro?—preguntó el muchacho.

El librero temblaba; pero calló con dignidad.

El muchacho tomó su hoja y se fué.

Entonces el buen hombre comenzó á examinar atentamente los cinco céntimos, teniéndolos entre la punta de los dedos, y diciéndome:

—Los miro, porque á veces, en venganza, me los traen llenos de porquería.

Después salió del mostrador, miró por el suelo todo alrededor y me dijo:

—Miro... porque, á veces, aparecen por aquí pequeños petardos que producen con su explosión un ruido infernal, y una vez por poco hacen abortar á mi mujer.

Después miró bien delante del mostrador, diciéndome que algunos, mientras él se volvía á buscar en los estantes lo que pedían, dejaban pegada al mostrador una cabeza de burro en papel recortado, y luego venían en tropel con sus compañeros para hacer burla desde la puerta.

Examinado el mostrador, salió fuera y volvió un momento después más tranquilo, diciéndome:

—No ha escupido en el escaparate.

Pero le entró una nueva sospecha y volvió á salir, diciendo al entrar:

—He echado una ojeada á la acera, porque á veces escriben con carbón: *Librero ladrón*, y esto desacredita el establecimiento. ¿Ha comprendido —dijo por último —qué clase de vida tengo que llevar? ¡Se está mejor en un bosque lleno de ladrones que entre esta canalla!

Y empezó á cuestionar con otro muchacho, á quien decía, enseñándole los puños, *si lo iba á volver tísico;* un muchacho, de tres palmos de alto, el cual, habiendo comprado dos lápices y veinte céntimos de *calcomanías*, pretendía, no

sólo que le sacase punta á los dos lápices por ambos lados, sino que le fuese pegando con saliva sobre una hoja de cartón, una por una, todas las veinticuatro figuritas.

Después de aquel día estuve mucho tiempo sin verlo. Supe que había recibido un golpe en el corazón, de un *vendedor de periódicos* que había establecido un puesto enfrente de él, un bribonzuelo que vendía también libros para escuelas y objetos de escritorio á un precio tal y con tales *agregados,* que no podía ser más que robándolos ó adquiriéndolos mal; una verdadera plaga para él, que le reducía á la nada en seis meses.

En el curso del año no volví á verlo, hasta una vez, á fin de Junio, que estaba inmóvil en medio de la calle, delante de la escuela, pocos momentos antes de la salida de las clases, caviloso y pensativo, con la mirada fija en aquellas funestas paredes que encerraban tantos tristes recuerdos, tantos engañadores suyos, tantos atormentadores de su vida. Y después de haberlo contemplado un rato, me acerqué á él precisamente en el momento en que salían los muchachos de la escuela.

La calle se llenó de ellos: era un torrente de vida; un gran chillerío se extendía por todas partes, pareciendo las notas alegres de una inmensa bandada de pájaros.

Después de haberlo saludado me volví á contemplar aquel espectáculo, siempre nuevo y agradable, que hace despertar tantas confusas esperanzas en el ánimo, y al que me parecía también que él mismo, el pobre mártir, no era del todo indiferente; me pareció que bajo su adusto ceño de costumbre, en el fondo de su alma, tenía aún como un resto de simpatía y de admiración, y hasta un rastro de perdón. Y le dije, enseñándole aquel gratísimo espectáculo:

—¿No es verdad que eso es muy hermoso?

Pero en vez de arrancarle mi pregunta la expresión de sus nuevos sentimientos, le hizo volver de pronto á sus añejas preocupaciones.

—Sí, sí, está bien—replicó con su voz bronca, aunque un poco más suave que de costumbre;—para verlos, sí... Pero—con una explosión de cólera,—¡es menester sufrirlos en los negocios, en el comercio! ¡Allí querría verle á usted, señor mío!

Y volviendo su honrada espalda, entró en su cuarto de tormentos; en el cual me presenté á saludarle la última vez, hace dos meses, al volver á abrirse las escuelas, porque pasando por allí, por casualidad, y viendo en el escaparate en medio de trompos y cartillas un libro amarillo, que me tocaba muy de cerca, en el «cora-

zón» (1); no pude dejar de entrar para darle las gracias.

—Veo que también lo tiene usted...—le dije asomándome.

—¿Qué quiere usted?—me respondió levantándose desde detrás del mostrador;—ese bruto *periodista* (el vendedor de periódicos) de enfrente lo ha puesto en seguida á la vista, y también he tenido yo que tomarlo.

Después me mostró con una sonrisa muy significativa que lo había leído.

Yo esperaba con gran curiosidad su juicio.

—¿Y bien?—le pregunté.

Sacudió la cabeza de un modo poco satisfactorio.

Después me expresó su juicio literario y pedagógico lentamente, con estas sencillas palabras:

—Pues bien... créame: ¡es una raza de perros!

---

(1) Alude Amicis á su hermosísimo libro titulado *Cuore*, y que el traductor de estas líneas también ha vertido al castellano, con el título de *Corazón* (Diario de un niño).





VIII

LA ESCUELA DE CABALLERÍA

—

Bella señorita que, á lo que parece, concluirá por ceñir su vida para siempre al cinturón de un oficial de caballería, y que estará punzada á su tiempo, como tantas otras, por el finísimo aguijón de los celos retrospectivos ¡oh! —no se olvide,—cuando quiera apreciar las confesiones de su marido, de tomarle cuenta de sus amores, ó de su amor de Pinerolo, porque uno al menos debe haber existido; eso, tan cierto como el sol... Si él lo niega, que ella insista, y lo ataque resuelta como si tratase de sus mismos hechos. Pero no tendrá necesidad de recordar mis consejos malignos, porque será conducida á la sospecha por otras voces y por otros caminos. Y ya se me figura verla y oirla, con la cara encendida, rebuscar su inquisitiva

conyugal con aquella exageración amenísima que hace tan querida, aun para los que son víctimas, la elocuencia de una niña enojada. —¡Quién lo niega! Pero todos habéis estado enamorados aquel año, es de regla, un artículo sobreentendido del reglamento. ¿No? No habrá sido en Pinerolo, habrá sido en Turín; pero Pinerolo era la base de operaciones de todos modos. Conque... es verdad. Un amor doble, quizás... ó sin quizás. Uno *de suspiros*, y uno... ú otros... de otra naturaleza.

Es necesario que por aquellas quince millas de vía férrea se vean pasar sombreros y plumas de todos colores: una verdadera exposición ornitológica ambulante y constante con billete de ida y vuelta. Y la llaman «escuela de perfeccionamiento». ¡Oh, el pasado de la caballería! ¡Y pensar que tantas muchachas del mediodía de Italia soñarán con el amigo ó con el primo lejano, con el alivio de que está lejos, sí, pero fuera de toda tentación y de todo peligro, en aquella ciudad severa, casi perdida entre montañas, con nieve eterna á dos pasos, y seis meses de invierno polar! ¡Pobres grullas! ¡Eh, calla!... Es inútil... ¡Te odio!...

***

¡Quién sabe cuántos bellos labios habrán di-

cho algo semejante desde 1849 acá! Ya que desde esta fecha está la escuela de caballería en Pinerolo, á partir del año en que fué disuelta la escuela de equitación de la Veterinaria real, ya de antigua memoria. Esta había sido abierta en el 1823, vigilada siempre por el cuidado directo de los soberanos, no pudiéndose decir que diese malos resultados, gracias en parte al famoso Vagner, que fué jefe de caballerizas muchos años, fundando un método excelente de enseñanza, y no sabiendo del italiano mas que dos palabras: *no* y *bestia,* que le bastaban; aquel Vagner que, partiendo de allí capitán, marchó después á ofrecer su látigo á Pío IX, el cual le dió el mando de un regimiento de dragones, del que salió general.

El objeto de aquella escuela era el mismo de la de ahora; pero los usos, conforme á los tiempos: que es como decir, muy diversos. Los oficiales iban á los besamanos con calzón blanco; el profesor de lengua francesa é italiana tenía treinta pesetas de gratificación cada dos meses, y los caballos inválidos se daban á los frailes, haciendo una regular saca á Su Majestad. Pero no todos los usos eran diferentes, porque hasta entonces su majestad quería impedir *las demasiadas y frecuentes escapatorias de los oficiales á Turín,* donde parece que desmontaban en la plaza Manuel Filiberto y en la fonda de la

Rosa blanca, que fué célebre; y las brillantes escapatorias no eran muy raras, aunque fuese escaso el número de alumnos.

De esta pequeña escuela piamontesa, que duró un cuarto de siglo, nace más grande, enriquecida por otros estudios, é italiana, la escuela de Pinerolo, á través de la cual, mucho más ampliada, transformada y corregida, pasaron todos los oficiales de caballería del nuevo ejército, desde el más viejo general al más joven subteniente; todos aquellos procedentes del ejército meridional, ó del austriaco, ó del de la Emilia.

Nueve jefes, de los cuales se han recogido sus retratos, como aquellos de los dux de Venecia, en una sala del club — cuyas caras amenazan arresto y prisión, — se sucedieron hasta ahora en la dirección de esta gran fábrica de oficiales, que hace treinta y siete años trabaja sin descanso.

Y tuvo años de producción copiosa y afanosa, en los cuales la caballería ligera, los lanceros, los húsares, salían rápidamente de entre sus ruedas, enseñados apenas, pero encendidos de entusiasmo, arrojando su grito de guerra en todos los dialectos de Italia; y tuvo sus años apacibles, como éstos, en que trabajó lentamente y en silencio, fortificando y puliendo con cuidado su obra, para dar al ejército jinetes perfectos, «ele-

gantemente firmes y descuidadamente valientes».

Treinta y siete años han transcurrido; un ejército de oficiales ha pasado; mil vidas aventureras y extrañas, espléndidas y tristes, hicieron vacilar aquí los presagios y atormentaron las primeras pasiones.

Cuando desde la colina de San Mauricio se fija la mirada hacia abajo, sobre los techos de aquel gran edificio siempre resonante por los relinchos y toques de clarín, la fantasía ve confusamente oficiales de caballería lanzados á la carrera por vastas llanuras verdes, matizadas de blanco por la enseña austriaca; y salas de baile doradas, donde otros oficiales triunfan en medio de una flora volante de mujeres bellas; y bosques iluminados por la luna, humeantes todavía por una refriega solitaria de exploradores donde los mutilados caballos se revuelven en la agonía, y después sables cruzados y caras encendidas de combatientes, en jardines, cuyos rostros ilumina la aurora que despunta; y otras caras debilitadas y pálidas, alrededor de las mesas de juego; y detrás de todos éstos, más lejanos y más confusos, otros caballeros, otros bailes, otros duelos, otras salas de juego, otros caballos que agonizan en medio de bosques solitarios, sobre cuyo panorama la luna resplandece.

Pero también la luna de Pinerolo tiene que

haber visto una parte de escenas no trágicas, sino de plácidas y atrevidas locuras, en el tiempo en que la juventud militar era más calavera y más alegre. Sería ameno el ir á preguntar á un viejo severo general: —¿Se acuerda usted todavía de cuando bajaba á caballo por Santa Brígida, de noche, vestido á lo Hernani, arriesgando la vida en una carrera desesperada y despertando la ciudad á pistoletazos? O á otro general encanecido y venerable:—¿Sentiría todavía volver á aquellos tiempos, general, cuando trepaba al árbol de una plaza, en noche de lluvia, para ver á través de las vidrieras sobre qué lado dormía cierta señorita? O á un viejo coronel, lleno de gravedad y dolores:—¿No le parece que le haría bien, coronel, zabullirse desnudo en el Chisone en una bella noche de Enero, como hacía en aquellos buenos tiempos antiguos?

Muchos de aquellos oficiales jovencillos, que Pinerolo vió brillar por sus calles, acumularon años y galones; otros, todavía en la flor de la edad, los arrebató del ejército una herida gloriosa; varios murieron heróicamente, acuchillados por la caballería austriaca, en Montebello, en San Martino, en Custoza, apenas salidos de la Escuela. Arrojar el alma más allá del obstáculo, prescribe el jinete alemán y arrojarse en seguida á cogerla; esos la echaron entre los ene-

migos y no la recuperaron más. Y sentimos palpitar el corazón volviendo á encontrar en los registros de la Escuela sus nombres, con la relación de los castigos sufridos por sus escapatorias juveniles, nacidas de una necesidad imperiosa por devorar la vida, como si la presintiesen breve.

Y volvemos á encontrar en aquellos nombres los nombres de toda la nobleza de Italia, los cuales despiertan en el alma un eco de aquella divina música de 1859, á cuyo sonido corrían á alistarse los duques, los marqueses, los condes, moviéndose alegremente sobre sus caballos, impacientes por matizar con sangre sus escudos.

*
* *

La escuela de entonces formaba al oficial; la de hoy no hace más que completarlo, pero es más fatigosa y más austera que la antigua. Licurgo encontraría poco que decir sobre el horario.

Los oficiales oprimen los arzones apenas llegados, pudiéndose decir que quedan en la silla por nueve meses; no echan pie á tierra más que para ir á los aparatos de gimnasia, pasar de la gimnasia á la sala de armas, escapar de la sala

de armas á la escuela de tiro y de hipología, correr del ejercicio al campo de los obstáculos, del campo de los obstáculos á la escuela de campaña, del campamento al cuartel; continuamente apremiados, destrozados, agitados, despiertos antes del alba, encerrados antes de la noche, tenidos en la mesa todos juntos, vigilados de cerca, nunca de lejos, por el ojo paternalmente terrible de un coronel, que los conoce uno á uno como á hijos, y que los gobierna con el reglamento en una mano y el reloj en la otra. Llegados de la Escuela de Módena, donde prevalece la pluma al fusil y la banca al caballo, reciben aquí una sacudida violenta, casi brutal, que los contrae á todos de repente; pero que reconocen bien pronto necesaria y benéfica, en la fuerza duplicada de los músculos y en una nueva y como impetuosa conciencia de la salud.

En aquellos pocos meses se sigue en casi todos una transformación física, como por efecto de una segunda y rápida adolescencia. Vienen muchachos, parten hombres; entran estudiantes, salen soldados. Eso se propone la escuela, y por esto, como ruda educadora, los fatiga y los esfuerza, casi mirando á domar la carne y á castigar las pasiones... Pero no doma y castiga nada. Toda aquella juventud ansiosa de vida, no basta á contenerla ni los lazos estrechos de la disciplina, ni la mano férrea del

coronel, ni la cerca angosta de Pinerolo; aquélla hierve y brota fuera como el vino espumoso de una cuba agujereada. Turín la enciende como un gran espejo de lente ustorio, y la atrae como una gigantesca bomba aspirante. Y los paseos lícitos y las carreras clandestinas se suceden, como alternan entre los novios, ante los ojos de los padres, las lisonjas permitidas y á las claras, con los ardientes besos furtivos.

¡Ah bellas escapatorias! ¡Oh delicioso último tren del sábado! ¡Ah dulces entradas con la cara cubierta en el prohibido baile de máscara, entrando con la voluptuosidad del nadador muchacho que se lanza desnudo en el río en las barbas de la guardia municipal!

Y será terrible la vuelta en las horas más frías de la noche en un cochecillo con el viento y la nieve en la cara, con el ansia de no llegar á tiempo al primer ejercicio de la mañana; ni será difícil al coronel, que habrá oído desde la cama el pisar acusador de los caballos, reconocer por la mañana á los prófugos, ó bien en los frenos mal puestos de los corceles, ó en los colbacs colocados del revés en el cuerpo de guardia, ó bien por los ojos hundidos, y el cabello enmarañado por la mano febril del carnaval. Y se correrá el peligro, dormitando en la silla, de perder el equilibrio al primer bote de carnero, soñando con el pensamiento umbroso, y desper-

tando en el regazo de la madre tierra entre aquel maldito murmullo de los compañeros: «¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!» Pero ¡qué importa! Se le darán las fricciones de espíritu alcanforado y se pagará la contribución y el champagne... pero habrá sido lanzada el alma al cielo como caballo alado, á través de una noche ardiente de Turín, y se habrán tragado de un sorbo ocho horas de libertad y de locura con la alegría frenética de la rebelión y del triunfo.

Y aquel año de Pinerolo queda en la memoria de todos los oficiales de caballería como una de las etapas más sabrosas de la juventud, quizá precisamente porque el don más querido entre los placeres, el de la libertad, no se bebía más que á gotas á través de los agujeros del reglamento, y cada gota resultaba como una esencia potente que procuraba el perfume y la embriaguez de diez copas.

Muchas veces, entre los cuidados y las amarguras que crecen poco á poco, con el aumento de los hilos de plata en la gorra y en las mangas, ellos recuerdan con placer aquel año fresco y vivo que brota como una flor granate de la hilera, en gran parte descolorida, de todas las demás. Y volviéndose á encontrar después de un largo tiempo en los campos y en las guarniciones, en seguida, y siempre, recuerdan el uno al otro, con locuaz alegría, los sablazos dados jun-

tos en las cabezas de cuero en el campo de los obstáculos, y las cabalgatas por la colina de Santa Brígida, por los senderos de cabras montesas de los Muretti, y las volteretas hechas y evitadas, y aquel comedor claro y sonoro que oyó tantas protestas gastronómicas, desmentidas por el trabajo precipitado de los *marfiles* jóvenes; y aquellas eternas clamorosas discusiones técnicas sobre el caballo húngaro y sobre el italiano, y sobre la silla antigüa y la nueva, y sobre el cruzamiento oriental é inglés, sobre las cadencias de los pasos y sobre la equitación de campaña y de picadero... y todos aquellos bellos sueños con los ojos abiertos, todas aquellas doradas imaginaciones de guerra y de amores, de cargas victoriosas y de vueltas triunfales que se apagaron después una á una sobre el horizonte decreciente de la vida, como las chispas de luminaria lejana...

¡Ah! sí, aquel casón de la escuela era oscuro y aquellas horas despiadadas; pero un verso festivo resonaba en cada parte y alegraba cada cosa; porque aquello era lo que el corazón canta una sola vez en setenta años. Aquella señorita, á que aludí, ha de tener por la escuela un poco de gratitud; porque aquí aprendió su teniente, y no bajo de sus ventanas, á estar á caballo como está, sin romper la ordenada perpendicular que, descendiendo de la punta de

la espada desenvainada, sigue hasta caer á cuatro dedos del talón como está prescrito; y si quiere decir la verdad... la bella se enamoró de la perpendicular, antes que del alma.

Debe alguna cosa á la escuela todavía... señora condesa; le debe la satisfacción que experimentó en el último *paper-hunt*, de ver á su capitán hacer tan maravillosamente la zorra atravesando los fosos, los troncos de árbol y la maleza; y colocar tanto espacio en pocos instantes entre él y los cazadores, que usted sola, espoleando furiosamente su jaca, llegó á descubrirlo y á alcanzarlo en una soledad verde, en la que resonó una nota armoniosa... que no fué la nota de un ruiseñor.

¡Oh! también Pinerolo ama su escuela, que mantiene vivas sus tradiciones de ciudad militar, y que está cada vez tan íntimamente ligada con ella, que al sonido de aquel nombre—Pinerolo—pasa por la fantasía de todo italiano una cabalgata fulgurante de oficiales de veinte años. Esta los acoge, más bien que como huéspedes, como á hijos de vieja mujer noble piamontesa, nacida de valientes y crecida entre las armas; y vuelve la cabeza hacia allá con franca sonrisa en los labios de madre razonable é indulgente que entiende la juventud. Y la escuela le añade vida y alegría. El movimiento de los yelmos plateados, de los colbacs negros,

de las divisas blancas, rojas, anaranjadas, amarillas; el vaivén rumoroso de los caballos y de los soldados del *escuadrón de instrucción*, le dan el aspecto de una ciudad de frontera cuando es inminente la guerra. Además aquella asamblea de jóvenes, es como el hogar continuamente atizado que mantiene en el aire encendidas chispas amorosas, á las cuales vuelven los ojos y abren el corazón las graciosas muchachas de la *fortissima hosti*.

Porque grande es todavía la virtud seductora de aquella arma, la cual es quizás la única en los ejércitos modernos que conserva un reflejo de la antigua poesía guerrera, y un cierto nombre de romántico descuido desdeñoso de las miserias de la vida. Aquel pensamiento de la *tumba abierta* despierta en los corazones femeninos vago sentimiento de trepidación, que es el principio del amor. Las pisadas del caballo espantado atraen á la ventana en toda hora una carita inquieta. Las miradas se anudan. Aquella cabeza negra de jinete, caldeada por el entusiasmo, se enciende, y más de una cabecita de trenzas rubias sueña con un título patricio y el golfo de Nápoles ó la Cuenca de oro, y muchas esperanzas paternales germinan y florecen como pequeñas plantas cultivadas en secreto.

Pero se acercan los exámenes, el estallido del

primer temporal de verano rompe los sueños, el primer viento de otoño se lleva las flores y alguna lágrima virginal cae á tierra y algún suspiro paternal se levanta al cielo. Pero he aquí, al caer de las hojas, otros yelmos, otros colbacs, otros blasones, nuevos arneses, nuevos potros, y entonces los sueños vuelven á empezar y á despuntar las flores... El rayo de los ojos azules penetra alguna vez tan adentro, bajo la divisa del jinete, que el *no* de los padres lejanos no hace más que irritar la herida, y terminando á un tiempo el celibato y la escuela, se lleva en las ancas su subalpina; y entonces la ciudad que comentó por un año todas las vicisitudes del romance caballeresco, aplaude la feliz clausura como en la carrera final de un torneo, mientras la bendición borra los nombres del registro amarillo, escribiendo encima:—«Saldado.»

Cada día se va añadiendo algún hilo de seda á los viejos y fuertes nudos que atan la escuela á Pinerolo, la cual ciudad demostró noblemente su ánimo hace tres años, llorando como una desventura para ella la muerte del bravo oficial, que era á sus ojos casi la imagen viva de aquel instituto. El había sido un admirable ejemplo de cómo la rectitud de ánimo, el cumplimiento amoroso y constante de los propios deberes pueden acumular por sí solos

sobre un hombre modesto y oscuro tanta simpatía, tanto honor, que se confunda casi con la gloria.

Nacido de una familia pobre, había comenzado su vida militar á los dieciséis años, trompeta en la caballería ligera de Saluzzo; había entrado de sargento *instructor de equitación*, á poco más de los veinte años, en la escuela, ejerciendo siempre el mismo oficio, y llegado al grado de comandante: acabando allí su carrera y su vida.

Había enseñado equitación á todos los oficiales de caballería del ejército italiano, que todos, aun lejanos y después de muchos años, lo recordaban siempre con afecto y gratitud. Maestro incomparable á caballo, apasionado de su arte en el fondo del alma, tenía un aspecto soldadesco, un gesto imperioso, una manera de mandar fulmínea, que parecían la expresión de un alma de hierro; y era bueno é ingenuo como un muchacho. Fuera de servicio, los oficiales estaban á su alrededor, bromeando, como con un buen abuelo del que se hace lo que se quiere.

En punto á cultura, había quedado poco más de soldado: comandante, hablaba todavía piamontés á los napolitanos y á los toscanos, que se ingeniaban para comprenderlo adivinando sus gestos. Pero tan arraigada estaba la esti-

mación que inspiraba el hombre y el maestro, que habría parecido innoble sonreirse por lo que faltaba al oficial. Todo Pinerolo lo conocía, y él conocía á todos; pasaba en medio de los saludos y de las sonrisas de la ciudad amiga, que lo veía todos los días hacía casi treinta años, sencillo y afable en su dignidad madura de jefe, como había sido en su altivez juvenil de sargento.

Un día que volvía de dar un paseo, el caballo se levantó de improviso y le cayó encima, dándole con la cabeza en el vientre un golpe mortal. Llevado á casa ensangrentado, y perdido el sentido, fué asistido día y noche por sus oficiales, que se remudaban á la cabecera mientras vivió. Y sus últimos pensamientos, sus últimas palabras, fueron para ellos. Delirando, se afanaba por un discípulo que le parecía peligrar en examen, y lo defendía ante el tribunal, gritando que lo debían experimentar sobre un caballo cerrado, no con un potro: ó veía otro caer de la silla en el campo de los obstáculos, con los pies enganchados en los estribos y gritaba: —¡Párate! ¡Párate! —llevándose las manos á la cabeza. —¡Pobre Baralís!

Y así, siempre con la idea del cumplimiento de su deber, aun en la agonía, espiró.

El antiguo trompeta tuvo los honores de un príncipe. La ciudad entera se aglomeró detrás

de su féretro, y la caballería italiana colocó sobre su fosa un busto de mármol, que su valiente y digno coronel Eugenio Pantassi descubrió, saludándolo con las más nobles palabras que puedan salir del corazón de un soldado.

Por más que los comandantes y los maestros envejecen y mueren, la escuela siempre es joven: ella recibe cada año una oleada de sangre viva y ardiente, que hierve algunos meses entre sus murallas, y se esparce después por toda Italia á hincharse y á reinflamar las venas de veinte regimientos de caballería, un poco desvigorizados y cansados de la larga expectación de la prueba. Porque el estado de ánimo de un ejército que está en paz muchos años, es muy semejante al de una muchacha en que el tiempo huye y el amor no llega. Y la misma duda, cansada é impaciente á un tiempo, está en el ánimo del que de ella habla ó escribe: porque si es inhumano de un lado el desear la guerra por la guerra, no es posible del otro el saludar y admirar este tesoro sagrado de juventud, de fuerza y de hierro, sin que se arrastre el afecto cada momento hacia el deseo de verlo operando y venciendo.

¡Oh terrible mañana, lleno de oscuridad y de silencio! ¿qué escondes? ¿Cuál sería el grito que se escaparía del alma si te iluminase un relámpago, un relámpago solo á nuestros ojos?

...quizás quizás está ya señalada tu sentencia, ¡oh bello oficial de lanceros, que espoleas tu gran bayo oscuro en la calle de San Segundo! En vano esperarás sobre tu camilla llevar curada á los besos de tu amante la horrorosa herida que te abrirá la frente, y sentirás, futuro dragón del Piamonte, acaso doblar las piernas bajo las tuyas á aquel mismo corcel que ahora acaricias, herido en medio del pecho, y serán los mismos caballos de tu escuadrón, ¡desventurado! los que á pocos pasos del cuadro enemigo, romperán tu hermoso cuerpo yacente.

Y á tí, ¡oh, bello jinete de la divisa amarilla! será un lanzazo vibrante en las tinieblas el que te marcará sobre el pecho el sitio de la medalla de la cinta gualda, la cual no llegará á tiempo de sentir los latidos de tu corazón. Pero esta previsión no os turba, bravos jóvenes; respondéis con una sonrisa:—¡Qué importa!—y, aplicando el acicate al caballo, os lanzáis á rienda suelta en el porvenir, ofreciendo alegremente la cerviz al beso de la muerte y de la patria.





IX

REVÁLIDA DE MAESTRAS

Corrían los años en los cuales todavía existía un único examen, concurriendo candidatos de todos los institutos de Turín; acudían por esto unas ciento cincuenta en el día á que nos referimos á la Escuela Normal, para sufrir el examen por escrito que había de suministrarles el *certificado oficial de pobreza*, como ha definido un diario pedagógico el título de maestra.

Habíanse agrupado unas cincuenta delante de la puerta desde las primeras horas de la mañana, y á cada instante llegaba un nuevo grupo ó una pareja; señoritas elegantes de la Escuela Normal, con sombreros que parecían canastillos de flores; muchachas de aldea, cuyo origen estaba mal disimulado por tal cual ador-

no de la capital, de pésimo gusto, y hermanas de Cottolengo con los escapularios encarnados al cuello; *hijas de militares* con aquel gracioso traje corto que les daba el aspecto de guirnaldas de flor de lis. Los grupos ó piquetes escolares iban acompañados por las maestras, las directoras ó las porteras de los establecimientos; las alumnas *privadas* llevaban al lado, ora la madre, ora la tía, ora al padre encanecido y grave, con la conciencia de la prueba solemne en que iba á poner el honor intelectual de su hija. Un profesor me señaló algunas hermanas de San José, que tenían ciertas cofias de vieja con velo sobre los ojos. Yo no reconocí más que las *Rosinas* en el vestido violeta y el pañuelo blanco artísticamente anudado sobre el pecho, y sobre él la cruz de oro colgada de una felpilla negra. Observé un grupo de muchachas que llevaban al cuello cintas de varios colores que parecían encomiendas de ciertas condecoraciones; me dijeron que procedían del Instituto religioso de Virle. Veíanse *candidatas* extremadamente jóvenes, solas, que adelantaban tímidas, como huérfanas abandonadas, y aun algunas señoras vestidas con severa elegancia (quizá viudas), con ese aspecto especial que revela la lucha heróica que se lleva á cabo á brazo partido con la miseria, y éstas adelantaban con paso resuelto y rostro altanero, aunque con los ojos ba-

jos. Las últimas que llegaron vestían los gabancillos de seda negra del Instituto del Socorro, y las vestidas color de tierra, que eran las niñas de Santa Rita.

Pero ni aun el director general conocía todas las divisas de aquel innumerable ejército femenino. Las había de la Providencia, de la Anunciación, de la Concepción. La hora había transcurrido y llegaban con precipitación todavía.

Llegaban anhelantes, trayendo en las manos papel, plumas, tinteros, libros, cartuchos con fruta y pan, y hasta frascos con café y cocimientos de flores cordiales, todo ello comprado y preparado de prisa aquella misma mañana. Y como los libros estaban prohibidos, muchas los llevaban debajo de la ropa, y venían tan abultadas y cargadas que andaban con cierta dificultad y sin garbo. En algunas se notaba como truncada la hermosa línea que baja de la cadera, á la altura de la rodilla, saliendo unos ángulos agudos, enteramente inexplicables para todo aquel que no se fijase ó desconociera el uso de determinadas amplias faltriqueras postizas, inventadas para el contrabando de los libros de texto. Candidatos hembras, maestras, padres, directoras, amigas, fueron entrando y colocándose apretadas en un largo corredor donde las esperaba el secretario del provisor gene-

ral para pasar lista, el inspector para leer el tema, y dos profesores y una maestra para vigilar los trabajos.

Cuando se creía que no podía faltar ninguna, apareció una figura que llamó la atención de todas: una hermana del Buen Pastor, completamente vestida de blanco, con ancho cinturón celeste alrededor del talle, sandalias blancas y velo negro. Era alta, rubia, bella, de aspecto modesto al par que firme, y semblante iluminado por dulcísima sonrisa. Atravesó el corredor con andar resuelto y noble que ponía en elegante movimiento todo aquel traje ligero y sencillo; su entrada fué precedida y seguida por prolongado murmullo de admiración. Oí decir que era hija de un coronel muerto en campaña y que debía dejar el velo para ir de maestra á un municipio rural.

Después de ella, nadie se fijó en la entrada de otra muchacha con mal arreglada cofia de campesina en la cabeza y una basta carpeta bajo el brazo; una pobre chica, pequeña y tosca, de cabellos rojos, enteramente sola, pobremente vestida, la cual traía pintado en el rostro, irregular y feucho, pero simpático á fuerza de ser honrado y humilde, el horror al examen.

*
* *

A la última campanada de las ocho, el secretario, de pie sobre un banco, dominando su cabeza calva á todas aquellas cabelleras, pasó lista con voz tonante. Para las alumnas de los establecimientos oficiales, ó bien organizados privadamente, fué cosa breve y hacedera; pero para las demás...

La una no había llegado todavía y contestaba por ella una tía suya, diciendo que la acababa de dejar en la oficina de la inspección para pagar los derechos; por otra respondía una amiga:—Se habrá perdido... no ha estado nunca en la capital: ¡está tan lejos!... -dos ó tres llegaron corriendo precisamente en el momento en que se leían sus nombres, rojas como amapolas, ahogándose, disculpándose con que habían ido no sé adónde á recoger la firma de no sé qué documento.

Terminada la lista, se concedieron aún algunos minutos, para ver si llegaban las ausentes, y entonces estalló un gran cuchicheo, que iba creciendo, creciendo, hasta convertirse en vocerío ensordecedor.

Las discípulas de los centros organizados estaban unidas en grupos charlando de prisa y á media voz; las *rurales* se habían arrinconado, mudas y como absortas en contemplación de asombro, de donde se transparentaba como cierta envidia resignada y melancólica frente á

frente del círculo de las educandas de la Escuela Normal, altivas todas, segura cada cual de sí misma, hablando correctamente en alta voz y con el tono de quien se encuentra en su propia casa y quiere hacerlo comprender á las demás.

Entre éstas se destacaba una chica de fulgurantes ojos, pequeñilla, trigueña, vestida un si es ó no es de fantasía y un tantico pretenciosa, pero agradable, viva como el ingenio, brillante como la plata; un bello tipo, en fin, soberbio, de poetisa rebelde á la pedagogía y los reglamentos. De ella se murmuraba aquí y acullá que ya colaboraba en varios periódicos literarios y que hasta había escrito una novela.

La pobre campesina del pelo rojo la admiraba tímidamente y como avergonzada de sí propia; y aquella se componía y pavoneaba, como si se sintiese orgullosa por ser objeto de tanta atención, sin dignarse mirar hacia sus admiradoras.

Descubrí al pasar por entre aquellos grupos á una religiosa medio escondida entre las compañeras, que oraba sin cesar moviendo los convulsos labios, apretando las cruzadas manos hasta el punto de tener blancas las uñas.

Entretanto las maestras y directoras daban sus últimos consejos á las examinandas, algunas de las cuales tomaban apuntes.

—Matilde, te recomiendo la manera de cerrar las cláusulas.

—No olvidéis aquel bendito punto y coma.

—Ya sabe mi recomendación; conque... sencillez, orden y precisión.

—¡Los períodos largos, por amor de Dios!

—¡Sentir y meditar!

Llegado el momento de la entrada del tribunal, debieron intervenir los profesores para interrumpir las advertencias y consejos. Entonces se convirtieron las recomendaciones en compasivos saludos.

—¡Animo, hija mía!

—¡Adiós!

—¡Hasta luego!

—¡Confianza y esperanza!

—¡Ah, pobrecilla!

La portera, de pie en la puerta, secuestró inexorablemente, aunque no sin trabajo, todos los libros visibles, y las *candidatas* entraron casi á la carrera en la sala de actos, procurando todas llegar las primeras, para ocupar los bancos más lejos del profesor. La bella religiosa vestida de blanco se sentó en el sitio más cerca de aquel.

Cuando todas estaban sentadas, entró sin aliento una chicuela medio trastornada por la carrera que acababa de dar, y en la cual había perdido el velo, exclamando con voz moribunda:

—¿Se ha dictado ya el tema?

Muchas soltaron la carcajada, y ella fué á colocarse, soplando todavía, en la punta de un banco.

Acto seguido reinó profundísimo silencio.

*
* *

El director, teniendo á su lado á los profesores y á la maestra, rompió solemnemente el sello de lacre del pliego cerrado donde se contenía el tema para el ejercicio del examen, y que se refería á un trozo de composición gramatical y literaria.

Aquellas ciento cincuenta muchachas estaban allí inmóviles, con los ojos fijos, la boca cerrada, suspendiendo el aliento como ante una máquina fotográfica. Era un espectáculo nuevo aquella mescolanza de rostros y vestidos, elegantes ó de aldeanas, monásticos, de colegialas, cuya variedad, inmensa y extraña, desaparecía casi, á la vista del observador bajo la expresión uniforme de atención inquietante y profunda á la cual se habían adaptado todos los diversos aspectos.

Aquí y allá distinguíanse semblantes lindísimos, que se destacaban de la medianía del ma-

yor número como flores entre hojas; y veíase un mar de cabezas como muestra multiform de peinados, estudiadamente vistosos, estudiadamente simples, tufos atrevidos, ondas sentimentales, trenzas apretadas, nudos flojos, cocos modestos, rodetes complicados, lucían por doquier, expresando cada cual su belleza é indicando si el sol de los campos ó el fuego de las tenacillas había tostado y ondulado aquellas cabelleras.

La campesina del cabello rojo habíase sentado entre una monjita regordeta y una señorita alta, cursante en la Escuela Normal.

La poetisa estaba hacia el centro, y como se había quitado el sombrero hacía gala de un enorme montón de rizos negros que le caían sobre la frente y las mejillas como melena de salvaje. Dos bancas estaban completamente llenas de religiosas todas vestidas de negro, y en otros parecía se habían dado cita los vestidos más primaverales, las cabecitas más caprichosas y más adornadas de la clase escolar. La luz que penetraba por las rasgadas ventanas del fondo esparcía un contorno de oro sobre las cabelleras, un nimbo brillante sobre todas las cabezas, reflejos luminosos sobre todos los hombros.

Y para concluir el cuadro, sentado en un velador, solitario, en medio del hemiciclo formado

por las mesas y los bancos, se destacaba un candidato singular, que no habiendo podido, por razones particulares, ir á examinarse á la escuela normal de maestros de una provincia, había obtenido la gracia de ser examinado con las maestras en la capital.

Era un carabinero de la legión de Turín, vestido de uniforme.

*
* *

Apenas el inspector leyó la última palabra del tema, se percibió el rumor de una onda de murmullos, de suspiros, de exclamaciones comprimidas, como después de la lectura de una sentencia ante un tribunal, y duró aquella oleada algunos minutos, entre febriles movimientos de cabezas y manos, y mezcla precipitada de hojas y cuadernos. Después volvió á reinar profundo silencio.

Trabajaron las dos primeras horas tranquilamente. Uno de los profesores y la maestra, que tenía el aspecto de una gobernadora destituída, vigilaban; pero los libros sacados de las faltriqueras misteriosas cumplían su misión á las mil maravillas. El entrecejo del profesor no impor-

taba á nadie; á aquellos trescientos ojos perspicaces no se escapaba el sentimiento de indulgencia que se escondía bajo aquella máscara amenazadora.

Empezaron á circular por debajo de las bancas los pedacillos de papel y los abanicos portadores de súplicas de socorro. Solamente la monja blanca meditaba y escribía, sin cuidarse de lo que ocurría á su alrededor, en actitud y compostura de santa virgen. La poetisa trabajaba como inspirada, paseando de vez en cuando una mirada sonriente compasiva sobre sus vecinas, y sacudiendo con movimientos de orgulloso triunfo su rizada cabellera, como si esparciese en derredor un nimbo glorioso de donde se desprendiera copiosa lluvia de ideas.

Veíanse acá y allá en el recogimiento del trabajo actitudes graciosísimas de cabeza; y como quiera que todas estaban inclinadas sobre el papel, en todas se podía apreciar su longitud, desde la frente á la coronilla, sirviendo las rayas blancas y espesas de término de comparación y de medida. Pequeñas manos nerviosas mojaban la pluma en el tintero con movimiento rápido y frecuente; grandes ojos azules buscaban la frase de vez en cuando, cual si estuviese escrita en el techo, con miradas errantes de enamorada, ó descendían al suelo, ó giraban de uno á otro lado; actos impacientes se sucedían, y á

veces más de un codazo reclamaba la severa pupila de la profesora, y golpecitos constantes de tacones en el suelo indicaban la fiebre en éstas ó en las otras.

La pobre chica del cabello rojo debía haberse atascado desde el principio en alguna grande dificultad y parecía desanimada; ¡con cuánta envidia y tristeza contemplaba el correr ligero de la pluma de sus compañeras! ¡Pobres jóvenes! ¡Cuántas esperanzas estaban confiadas á aquellos trabajos! ¡Cuántas familias, caídas de repente en la pobreza por inesperada muerte de los padres ó por otras circunstancias, dependían en aquel instante solemne del acierto de aquellas plumas! Viejos labradores del campo, operarios, hombres inútiles, industriales sin ocupación, comerciantes venidos á la indigencia... todos aguardaban de la hija maestra un pedazo de pan y un rayo de ventura.

En los breves intervalos de reposo, al terminar una página, algunas pensarían quizás en su lejana aldea y en la pequeña escuela donde reinarían envidiadas; otras, recorriendo los años con el pensamiento, ya se veían directoras temidas y acariciadas en una escuela normal de capital de provincia; más de una tal vez tenía en aquel momento en la mente la composición de un libro de lectura que había de darle honra y provecho; y en muchas aguijoneaba la fan-

tasía un amor apasionado de alguna alma noble, nacido por la admiración de la vida que ella llevaba, honrada y valerosa, y por sus virtudes de educadora y de maestra.

Se traslucía de casi todos aquellos semblantes, bajo la preocupación del momento, la fe intrépida, el amor ardiente hacia la infancia, el entusiasmo materno y apostólico con que la mayor parte de las mujeres se lanza en la carrera de la enseñanza. Quien hubiese podido dar forma y color á todo lo que veían en el porvenir aquellos cerebros exaltados, pintaría un hermoso cuadro, una luminosa confusión de paisajillos amenos, de buenas alumnas, de alcaldes obsequiosos, de municipios que aplaudían, de distribución de premios en solemnes festivales, dentro de salas llenas de guirnaldas y banderas, y de jóvenes inclinados y sonrientes en actitud de entregar el anillo nupcial, en medio de un círculo de padres conmovidos y madres llorando...

*
* *

Entre tanto trabajaban y trabajaban.

Pero la chiquilla del cabello rojo parecía cada

vez más desanimada; parecía que trataba de reunir en su entendimiento, desesperadamente y en vano, las pocas ideas perdidas en su pobre magín inculto, doblemente oscurecido por el miedo.

Ella fué la que hizo que dirigiera mi pensamiento hacia tristes presagios...

¡Ah! no os abandonéis á esos sueños... Tú, linda morena del primer banco, relegada á una escuela solitaria, fortín avanzado de la civilización, en medio de un campo poblado de ignorantes, consumirás el ánimo durante siete años entre una muchedumbre de chicuelas cuyos padres les inculcarán el desprecio hacia el alfabeto, sugiriéndoles palabras vituperables que irán á escribir con carbón en la puerta de tu casa.

Tú, señorita vestida de color lila, maestra municipal de una gran ciudad, tendrás que derramar lágrimas de fuego por las impertinencias que vendrán á decirte á la escuela las verduleras enriquecidas y vestidas de seda, furiosas porque no has demostrado demasiadas consideraciones con la recua indisciplinada de sus retoños.

Tú, por el contrario, delicada rubia, consumirás tu salud en una escuela rural subterránea, apestada por la vecina cuadra del alcalde.

Tu compañera de la izquierda, en un mu-

nicipio donde no se cobra por años enteros, se verá obligada á vivir cosiendo camisas para los campesinos.

Tú, la distinguida muchacha de nariz acaballada, caerás de la gracia dentro del partido, por haber despertado los celos de la alcaldesa, y tendrás amargada la vida por el párroco, porque no vas á misa de cinco.

A las dos amigas del banco posterior les espera respectivamente ser llamada la una por apodo *la pobre*, considerando la aldea como un deshonor tener una maestra que compra poco en la plaza y míseramente se alimenta por socorrer á su familia ausente; y la otra, será objeto de una calumnia infame, por cada vestido nuevo que compre con el dinero que le mandan de su casa.

Tú, pálida y soberbia joven, después de ocho años de trabajo y muchos meses de persecución, perderás tu escuela por haber desdeñado las galanterías del borracho síndico.

Tú, pobre niña, que hojeas el libro á hurtadillas; tú, más amorosa probablemente que fuerte, sufrirás la angustia de averiguar un día que el primer anónimo que ha denunciado al inspector de la provincia tu culpa para echarte fuera del país, lo ha escrito precisamente el hijo de un concejal, al cual habrás entregado al propio tiempo honra y corazón.

Tú, no te rías, pequeña poetisa del pelo rizado, porque en un municipio lejano de la capital, cobrarás el sueldo de un mes cuando lleves seis de atraso, todo él en pequeñas monedas de céntimo, y necesitarás, al abandonar el pueblo, cargar un jumento para llevarte tu caudal, debiendo hacer el viaje á pie para no cansar demasiado la caballería.

No rías tampoco tú, graciosa y delgadilla de los dientes blancos, porque adquirirás una enfermedad que te durará un año, por haber corrido durante un mes de crudo invierno, con la nieve á las rodillas, yendo de casa en casa á dar lecciones particulares en las de los ricos propietarios de los alrededores.

¡Qué queréis! es una vida ruda, jovencitas, la que os ofrece la patria. Debéis vivir casi, ó sin casi, en la miseria; pero no podemos hacer más por aquellas á las cuales confiamos la infancia y encomendamos el porvenir de la nación. El oro se ha de gastar todo él en preparar una gran carnicería europea, cuya principal ventaja será probablemente dejarnos trabajar veinte años en paz, á fin de preparar otra nueva guerra.

*
* *

Pero ellas no pensaban en estas cosas, y trabajaban, trabajaban mucho menos tímidamente que al principio. Algunas habían dado ya fin á la tarea y se habían marchado; de lo cual había nacido en otras, como es consiguiente, el temor de no acabar dentro del plazo fijado. Una de las primeras en concluir había sido la poetisa, que entregó su faena al profesor con un ademán majestuoso, como de quien dice:—«He aquí mi obra maestra, trasmitidla á la posteridad.»

Ahora trabajan todas precipitadamente, haciéndose á cada momento más frecuentes y vivos los movimientos de impaciencia, las miradas suplicantes al techo, los golpecitos de los pies; y corrían entre los bancos, con un movimiento siempre más rápido, los papelillos, los libros, las páginas arrancadas de otros y hechas bolas de papel, impiamente, para pasarlas con más facilidad de mano en mano.

Pero habiendo entrado otro profesor para relevar al primero (una cara que no predisponía bien), todos los libros desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Muchas, sin dejar de escribir, engullían un bocado por vía de desayuno, tapándose la boca con la mano izquierda. De cuando en cuando pedía alguna que otra permiso para salir. Seguía á esto el rumor de ligero altercado entre la maestra y la portera,

como si hubiese sorprendido una tentativa de comunicación literaria entre la sala y la calle. La portera aseguró que le habían llevado ciertos pasteles sospechosos para esta ó aquella *candidata* que se decía que sufría de debilidad de estómago y que debía en horas fijas tomar alimento; pero la *cancerbera* se negó á admitirlos, por sospechar que dentro de aquellos pastelillos podría venir la solución al tema, y escrita y todo la composición. Tampoco faltaba examinanda que se levantase para rogar al profesor que aclarase algún punto dudoso del tema del ejercicio; y las preguntas estaban tan hábil é ingeniosamente combinadas, que siempre conseguían una respuesta mucho más amplia que lo que simplemente se preguntaba.

Al ir entregando los trabajos, solían éstas ó las otras presentar también sus excusas acerca de la letra ó las faltas que hubieran podido cometer, porque «no estaban buenas»; ó bien interrogaban con aire ingenuo sobre si debían raspar un borrón que impensadamente había caído en el papel. Aquella otra se había presentado enferma al examen...

A medio día ya no quedaban sino la mitad; y á medida que corría el tiempo crecía la furia, el afán, el anhelo de la actividad. A algunas se les conocía que estaban cansadas, y se las veía pálidas, despeinadas de tanto andarse en la ca-

beza, como si con la punta de los dedos se empeñasen en arrancar las ideas para trasladarlas al papel, ó resucitar en la memoria pensamientos alejados ó perdidos; otras hasta sudaban. Muchas miraban al reloj á cada período... El profesor las alentaba, repitiendo de vez en cuando: «Vamos, vamos, hay que aligerar»; y aquellas terribles palabras, dichas con el tono más suave posible, sonaban como terribles en todos los oídos, y eran seguidas de un rasguear de las plumas mucho más precipitado, enardeciéndose las manos á la par que el ánimo con acompañamiento de ademanes de dolor y desaliento.

Unicamente la religiosa del Buen Pastor continuaba inalterable, trabajando tranquila con el hermoso y reposado rostro inclinado sobre el papel, bajo el velo negro, sin estremecerse lo más mínimo el elegante cuerpo oculto bajo el hábito blanco.

***

¡Oh, qué tortura y qué compasión en los últimos momentos!

La hora fatal había sonado, y el carabinero, puntual como la ordenanza, había concluído á

la primera campanada del reloj, y al perderse el eco del sonido la tarea estaba en manos del profesor, y él salía marcando el paso.

Solamente quedaba una treintena, presa de horrible angustia y de ansia febril. El profesor, impaciente, recomendaba á la maestra que fuese recogiendo los trabajos, sin cuidarse de si habían ó no terminado. Era preciso recogerlos como estuviesen. Y la maestra circulaba por entre los bancos procurando arrebatar los trabajos, que las jóvenes defendían con ahinco, ocultándolos, retirándolos, pidiendo gracia por un cuarto de hora, por cinco minutos, por un minuto siquiera...

La muchacha del pelo rojo, llegado aquel momento, y comprendiendo que era inútil su esfuerzo, dejó la pluma y ocultó el rostro en el pañuelo. Escuchábanse exclamaciones de: —¡Dios mío! ¡Dios mío!—mientras varias, parecía, á juzgar por su aspecto, que se hallaban en los preliminares de un accidente, un desvanecimiento, un desmayo, una congoja. Una monja se quedó como el papel, y pidió agua, echando la cabeza atrás.

Los temas fueron recogidos al fin á viva fuerza; las examinandas salieron una tras otra con pasos lentos y el semblante demudado.

La pobrecilla de los cabellos rojos fué la penúltima, y salió para dejarse caer en un banco

con los ojos llenos de lágrimas y el rostro nublado por infinita tristeza. ¡Pobres muchachas! ¡Pobres!—pensaba para mis adentros mientras las veía alejarse por la calle adelante, pareciéndome que al final de aquella calle les esperaba no sé qué máquina horrible y negra con el letrero de *Instrucción pública*—... A través de aquella máquina yo me imaginaba que debían pasar todas dejando en el engranaje de su mecanismo pedazos del corazón, de sus carnes, de sus huesos, de su cerebro... Y me entraba intensísima piedad hacia ellas é inmensa conmiseración hacia mi país.

Pero en aquel momento salió la última, la hermana de la Caridad, vestida de blanco, con el velo negro, y pasó por delante de mí, tan bella, tan serena, tan noble, que todos los pensamientos oscuros y pesimistas se desvanecieron.

¡Ah! aquella sentía de veras la santa vocación de maestra, la llevaba marcada en el rostro con caracteres de belleza, de bondad y de valor; aquella se presentaba á mi fantasía como la fuerza y el ardor del sacrificio de los miles de muchachas que se lanzaban en aquel año en la misma senda; aquella pasaría por cima de las envidias y las pasiones como sobre inmundicias, sin bajar la vista á las impurezas de la realidad; inspiraría á su alrededor el respeto y

la cortesía; educaría para la vida cientos de almas tan bellas como la suya; y si del cumplimiento de su obra benéfica debía separarla el amor, el amor la conduciría al altar ó á la desesperación, pero no á la vergüenza.

¡Salve, hermoso ángel de la bendita legión que difunde la luz y la gracia sin pedir mas que un pedazo de pan!

¿Donde estarás ahora? ¡Quién lo sabe!

¡Quizás en un lugar montañoso, allá en los últimos confines de la nación; acaso te has casado con el secretario del ayuntamiento y vivís felices y en santa paz, ó tal vez... te has suicidado, porque al encontrarte tan mal en este mundo, no lo has podido soportar!



RETRATOS DE HOMBRES



X

UN DRAMATURGO PATIBULARIO

ULISES BARBIERI

Salía yo hace unas cuantas noches del teatro Gerbino, donde se está representando con buen éxito una nueva comedia de Ulises Barbieri, titulada *Ronzii*, cuando oí que un transeunte preguntaba á otro que iba con él:

—Vamos á ver... ¿quién es este Barbieri?..

Y al hacer esta pregunta compraba en un kiosco la *Gazzeta d'Italia*, con el ademán del que todos los días compra al mismo vendedor el mismo periódico.—¡Cómo!—me dije—este caballero no sabe todavía quién es Ulises Barbieri... Pues bien, yo se lo diré, y se lo diré precisamente en su *Gaceta*. Y ahí tenéis cómo y por qué me encuentro aquí, después de dadas las doce de la noche, sentado á una mesa,

con una pluma en la mano y la imagen de Ulises Barbieri delante de mí.

La mayor parte de los lectores de la *Gazzeta* no necesitan que yo les haga una presentación en regla del personaje.

¡Es Ulises Barbieri! El autor de los dramas espeluznantes que hace que millares de niños y niñeras sueñen con fantasmas, el sanguinario vencedor del teatro, el escritor más descabellado y temerario de Italia. Pero su verdadera originalidad no se ve tanto en sus obras dramáticas como en la gran disparidad que existe dentro de él, entre el hombre y el escritor. El *uno* es, absolutamente, lo opuesto del *otro*. El dramaturgo que vive de los crímenes y nada en sangre es el hombre más afable, más pobre diablo que hay bajo la capa del cielo, tanto que, si no supieran de antemano de quién son, á ninguno de sus amigos se le podría pasar por la cabeza que él es autor de sus dramas. Hay aquí algo extraño que vale la pena de una explicación.

Barbieri, nacido en Mantua, cometió á los dieciséis años la nobilísima imprudencia de fijar en una esquina una fogosa proclama con la cual excitaba á sus conciudadanos á rebelarse contra los austriacos.

Le prendieron, le hallaron en el bolsillo un escrito de Mazzini, le condenaron á cuatro años de prisión, y los cumplió desde el primero hasta

el último: ocho meses en las cárceles de Milán, dieciséis en la cárcel de Mantua, y dos años en la *Giudecca* de Venecia.

En el presidio de Mantua vivió en comunión, como los demás sentenciados políticos, con todo género de malhechores, entre los cuales había asesinos y ladrones célebres, que causaron profunda impresión en su juvenil fantasía.

Aquí debe buscarse la primera explicación de su «Mundo artístico».

Cuanto más afable era su índole, tanto más fuerte y duradera debía ser aquella impresión. Allí, sin duda alguna, nació esa fantástica simpatía hacia los asuntos oscuros y terribles, los grandes facinerosos y la hez de ínfima clase, que puso luego de relieve en la mayor parte de sus obras: simpatía poderosísima como todas las que se contraen en los primeros años, que forzó su naturaleza y le impidió desarrollarse tal cual era. Si esto no hubiese sucedido, creo yo que Ulises Barbieri no habría escrito más que idilios amorosos ó comedias tímidas y correctas para uso de los institutos de educación.

Pero por este camino no hubiera llegado seguramente á la grande y resonante fama á que llegó por el de los crímenes.

Hoy no hay teatro en Italia en que no haya levantado una tempestad de aplausos ó silbidos, ni esquina de calle, desde Susa á Siracusa, que

no haya sostenido el anuncio de sus obras de espectáculo; y tal vez no hay italiano que sabiendo leer — excepción hecha de mi incógnito de Turín — en quien el nombre de Barbieri no evoque la hoja de un puñal ó la vista extraviada de un moribundo.

Hace sólo unos cuantos meses que está en Turín, y ya le conocen todos, por el teatro Carignano ó por el Gerbino, por un éxito ó por una caída, por sus crónicas ó por sus folletines.

Sirvió no poco para darle á conocer un sobretodo de color de cacao, adornado con dos espantosas vueltas de terciopelo chocolate, cuyo origen es para sus amigos asunto de viva curiosidad. También es notable su figura. Es alto, ágil; tiene cara de primer actor: moreno, dotado de benevolencia. Hace años llevaba largos cabellos que caían sobre los hombros; hoy los usa cortos, con algunas canas. Ceñidle la cabeza con un sombrerillo aéreo, ponedle en las manos un par de guantes que no se quita nunca, á no ser en la mesa y en el lecho, y tendréis su retrato. A veces se le ve entrar en la ciudad de vuelta de caza, con un gran morral á la espalda y un enorme bastón sobre el cual se endereza un gran mochuelo, desgreñado y amenazador como cualquier siniestro personaje de sus dramas, y todos dicen: «Ahí está Ulises Barbieri.» Pero su vida no la conocen bien más

que sus amigos íntimos y los empresarios. Es, naturalmente, una vida muy extraña. Si un Mürger italiano escribiera otra *Vida de Bohemia*, Barbieri tendría derecho á figurar en ella como protagonista. Su existencia es una peregrinación constante. Es el Judío Errante de la literatura italiana. No está fijo en ninguna parte. Vive allí donde se representa uno de sus dramas ó se publica una de sus novelas. Nadie puede decir que ha recorrido Italia ni ha visto todos sus colores tanto como él. *¡Probó de todo!...*

Puede contar que ha sido llamado al palco del príncipe Humberto, quien en una representación de su *Lord Byron* le regaló una condecoración de brillantes, y que un día llegó á Nápoles con cinco, con sólo cinco céntimos en el bolsillo, sin saber adónde dirigirse para completar la peseta.

Recibió una carta de felicitación de Víctor Hugo, y jugó sus comedias al billar, acto por acto, con más de un empresario de teatros; obtuvo triunfos estruendosos y tuvo caídas excepcionales en la historia del teatro.

Cuatro veces en un mismo año pasó de una prosperidad inesperada al más vivo y fresco *verde* primaveral, ofreciendo á la misma ciudad el espectáculo de cuatro sucesivas transformaciones completas... excepción hecha de los guantes, los

cuales no siguen jamás las vicisitudes de su fortuna. De los honores del proscenio al Monte de Piedad, de la imprenta á la gaceta, del salón del literato rico, al desván del colaborador desesperado, todo lo sufrió, todo lo hizo menos una bribonada. Porque es un *bohemio*, sí... pero de buena ley; capaz de todo... en la escena; hombre excelente fuera del teatro, y trabajador infatigable, cualidad que no abunda entre sus hermanos en libertinaje literario.

Puede ser que ascienda ya á un centenar el número de sus dramas y comedias. Ni él mismo las recuerda todas. Cuando se le ruega que haga la lista de ellas, no señala mas que las principales, y es amenísimo. No sólo no olvida sus grandes fiascos, sino que los enumera con la más deliciosa desenvoltura, casi con un sentimiento de complacencia, como un veterano cuenta sus heridas, persuadido de que sólo los trabajadores con grandes alientos son quienes dan las grandes caídas.

Os dice ingenuamente, sonriendo:

—Sabe usted; ¡me han silbado!... Pero silbado furiosa, despiadadamente... Había que oirlo. Parecía un huracán. Era espectáculo digno de ser visto.

En Milán ocurrióle un caso, que á mi parecer no tiene igual en los anales de los desastres dramáticos. En tres noches consecutivas, en tres

teatros diferentes, se representaron tres distintos dramas suyos: *El enano de la venta*, en el Rey Nuevo, *Las historias modernas,* en el Rey Viejo, *Los ladrones humanitarios,* en el Fossati, y los tres, dice él mismo, los tres dieron caídas tan grandes, tan estrepitosas, que tuve que salir escapado, no sólo de Milán, sino de Lombardía. Pero se levanta de la caída con una ligereza de acróbata, más bueno y más audaz que antes, y se pone á trabajar en una labor más grande.

No hay argumento que lo asuste, no hay dificultad artística ó histórica que le detenga.

Si alguno le dijera *ex abrupto:*—Ulises, hágame usted un drama en treinta actos para que se represente en cinco noches sobre el vigésimo noveno rey de la octogentésima dinastía de Kin-Kong-King,—es muy capaz de contestar:

—Se lo haré á usted la semana próxima—si no lo ha hecho antes. Ha escrito la *Aida* en una noche, en el café de la estación de Milán, sobre una simple relación del *Cairo* de Filippi, y se representó diecisiete noches. Ha sacado á escena á *Jesuscristo, Julio César, Troppmann, Lohengrin, Adam, Uraja, Barbara Ubrik, Verzeni, Lincoln, Booth.* Ha cogido al vuelo todos los títulos de drama más estrepitosos que de quince años á esta parte han atravesado Europa, hasta el punto de que las más de las veces ha hecho los dramas para los títulos.

Y en algunos casos ha hecho más: ha inventado título y drama por una simple razón de consonancia con otro título. Por ejemplo, hizo *El fraile de Segovia,* sin argumento preconcebido, y sólo para que formara *pendant* con su *Monja de Cracovia,* que había obtenido éxito. Por el título escribió también *Ferreol II*, *La princesa visible, El espectro blanco del castillo rojo,* y pensaba escribir, si no estoy trastornado, *La mujer que llora,* acabada de traducir la novela de Víctor Hugo *El hombre que ríe.* Imaginaos los títulos más raros del mundo: ó se ha servido ya ó ha pensado servirse de ellos. No hay quien pueda sugerirle uno nuevo.

Un día le dijo un amigo suyo en un café, creyendo darle una idea:

—Barbieri, deberías hacer un drama titulado *La muerte de Dios.*

—Ya lo he matado—respondió Barbieri.—Había escrito *El Ateo* y pensaba titularle *La morte di Dio.* Pero lo extravagante de los títulos es poco, si se compara con sus atrevimientos escénicos. En *Los dramas del desierto,* representado en la Commenda de Milán, sacó á escena dos leones vivos de la colección de Bidel; escribió el drama expresamente por sacar dos fieras que salían á escena encerradas en una jaula escondida en un bosque de bambús, y todas las noches devoraban á dos condenados á

muerte, representados por dos ancas de caballo, bajo la dirección de Barbieri, á quien un rugido inesperado de una de las dos insólitas actrices, procuró la última noche una frenética aclamación.

Otra vez quiso hacer un drama en quien uno de los principales personajes debía ser un muerto embalsamado, y en el *Troppmann,* no pareciéndole bastante horror el hecho en sí, dió al protagonista un cómplice que muere envenenado y ébrio. Lo más curioso son los incidentes y pequeños episodios cómicos que se refieren á muchos dramas suyos. Siempre recuerdo, entre otros, el drama titulado *El asesinato de Abraham Lincoln* por una sabrosísima nota que leí hace años debajo de este título, escrita de mano de Barbieri en un catálogo (aproximado) de sus obras teatrales, la cual decía: «Hice este drama en colaboración con Codebó. Estuvimos á punto de pegarnos por lo horrible que á cada uno de nosotros le parecía lo que el otro había hecho; pero Leopoldo Marenco arregló el pleito y seis representaciones acabaron por reconciliarnos.»

Recuerdo también que en el *Marcos el Guía* había una nota relativa á cierto guisado de hígado hecho con la corona de laurel que en el teatro de Lodi habían dado al autor la noche de la representación. Y á propósito de otro dra-

ma escribía: «Pedí al empresario toda la cantidad... dándome ocho días de plazo para escribirla; pero no quiso darme mas que la cuarta parte, y le llevé la obra escrita á los dos días.»

***

¡Singular sistema de compensación!... No hay que creer, sin embargo, que haciendo el drama en ocho días hubiera dedicado mayor número de horas, porque todo lo hace de un tirón, de una vez, y le cuesta trabajo seguir con la pluma la rapidez de su trabajo intelectual. No corrige; no lee. La *Aida* la envió al empresario sin haberla leído. No tiene paciencia bastante para aguardar un segundo pensamiento. El tiempo que otros dedican á enmendar, lo emplea él en nuevos trabajos. Si se pusiera á corregir, haría, sin pensar, una obra de nueva planta sobre el primer trabajo, como le pasaba á Alejandro Dumas, que viendo representar una comedia imaginaba otra sobre el mismo asunto, y que en nada se parecía á la primera. La imaginación es su cualidad predominante. Asuntos, ideas, no le faltan jamás; se le desarrollan en la mente, unos de otros, unos entre otros, con tal abundancia y tal rapidez que se

confunde; lo que le falta más bien es la medida, el arte de dominarse á sí mismo, el sentido de la conveniencia, los matices, los pequeños medios que, acumulándose, producen los grandes efectos.

O lo siente ó no lo siente.

Citemos un ejemplo:

El mundo aristocrático, el mundo financiero, que trata á menudo y con agrado, no los conoce por experiencia: se los imagina. Caracteres, sucesos, lenguaje, todo es suyo; su estilo tiene recuerdos eufónicos, un estilo movible, variado, no exhausto á veces de fuerza y de color, cuajado de exclamaciones y puntos suspensivos, lleno de caprichos y fórmulas vagas que recuerdan, de lejos, las páginas más misteriosas de Alejandro Dumas. Pero estos son detalles en que no hay tiempo en que ocuparse en el ardor de las grandes composiciones, y, por otra parte, el público no se los toma en cuenta.

Las galerías son siempre benévolas con él; conoce á medio mundo, y medio mundo le quiere bien. Aun á aquellos mismos que no le tratan personalmente les inspira cierta simpática curiosidad su audacia, sus exageraciones juveniles, la ingenuidad de sus tiradas contra la sociedad que no conoce, y el ver con qué arte especioso lucha con argumentos superiores á sus fuerzas y con qué desesperados esfuerzos se

mantiene en equilibrio, á veces sobre un hilo de seda, y cómo cae de golpe y de una vez cuando cae; y de qué extraños colores se tiñen ciertos sentimientos y ciertas ideas pasando á través de su extraña fantasía. Esta disposición amistosa del público no tuvo escasa parte en muchos de sus buenos éxitos, entre los cuales hubo algunos verdaderamente colosales, como el de la revista *A zig-zag*, representada en el Dal Verme, con grandioso aparato, durante treinta noches consecutivas. Porque no sólo trató el drama y la comedia en prosa y en verso, sino también el proverbio y la revista y el melodrama y la parodia y la extravagancia y el boceto y la composición dramática irrepresentable; si hay algo más todavía... ¡también eso!

*
* *

Todo esto en el terreno teatral.

Porque además tiene novelas para formar una pequeña biblioteca. Aparecen en todas las formas posibles, en periódicos, tomos, entregas; ilustradas, editadas por vendedores de libros ambulantes, casi todas de una urdimbre vasta é intrincada, cuajada de personajes de todas clases, de episodios, llenas de fantásticas des-

cripciones y escenas dramáticas, algunas de las cuales tienen por teatro media tierra y están iluminadas aquí y allí por vivos relámpagos de ingenio, y revelan una facultad artística no educada, pero fuerte.

Y casi todas llevan en el título el sello del autor, como *El palacio del diablo*, *Los subterráneos farnesianos*, *Nina de Trastíber*, *Los incendiarios de la Commune*, *La isla de los ladrones*, *La quinta del campo de las flores*, *La corte de la reina de España*, *Los misterios de un convento*, *Lucifer*, *Treinta homicidios por una hora de amor*, *Los ladrones griegos*, y otras cuya lista completa no podría dar, sin pensarlo mucho, el mismo Barbieri. Y no hablo de los varios tomos de poesías líricas hechas á ratos perdidos, casi todas en metros raros, pero no exhaustas de ideas originales como, por ejemplo, la que hizo á orillas del mar de Catania, en la cual, irritado por la infidelidad de una amante suya, quiere abofetear á la luna. Y dejo aparte las *Novelas*, los *Estudios* y *Los regalos* (la casa Ripamonti de Milán tiene cuatro), y los pequeños opúsculos de actualidad sobre los grandes procesos, y los infinitos periodiquillos nacidos y muertos en sus brazos, entre los cuales se recordará siempre el *Mesías*, que salió seis veces en Florencia y las seis fué recogido. ¡Pobre iluso el *Mesías!*... que se proponía desen-

mascarar á los pillos de guante blanco con la ingeniosa pluma de Ulises.

Ahora preguntará el lector cómo Barbieri, que es joven todavía, ha tenido tiempo para dar á luz tanto bueno. Esto se explica fácilmente: piensa y escribe como respira. Escribir no es para él un trabajo, es su modo de ser. La infinidad de pensamientos que otros consagran á cuidados de la vida, aplícalos él al arte. Fuera de la esfera literaria, con seguridad no gasta ni una migaja de su actividad mental. El día no se divide para él en horas, sino en capítulos de novelas ó en escenas de comedias. Supongamos que se levanta á las nueve. Hasta las diez escribe un *zig-zag* para la *Nueva Turín;* mientras almuerza planea una parodia dramática; luego va al teatro y asiste á un ensayo, y andando compone, ó más bien... pierde una lírica!...

Después vuelve á escribir un acto de un drama histórico; escrito, va á un café solitario de las afueras á emborronar ocho páginas de folletín que debe dar al periódico á las cuatro; luego á comer, y termina la parodia de la mañana; más tarde á un restaurant de mala fama á hacer estudios sobre el lenguaje truhanesco con un viejo empleado en la policía; luego otra vez al teatro á ver un estreno, cuya crítica hará para el periódico de doce á dos de la madruga-

da. Y mientras le ensayan un drama en Turín, le imprimen una novela en Como y le publican una leyenda en folletín en Nápoles. Entre prensa, ensayos y trabajos no le queda ni una hora para vivir en la realidad. Va siempre rodeado de un cortejo fantasmagórico de verdugos, príncipes, asesinos, brujas y leones, y no se acuerda de vivir en este mundo sino cuando se despierta de pronto con el eco de los aplausos ó las silbas.

No le citéis para las doce; es fácil que no se acuerde de la cita hasta las cuatro. No sabe nunca el día de la semana en que vive, y no tengo seguridad si, preguntado de pronto, podría decir en qué año estamos. Hoy está en Turín; dentro de seis días es probable que se haya trasladado á Palermo con sus manuscritos y su mochuelo; y así recorre el mundo desde los quince años: sembrando dramas y novelas, siempre joven, siempre alegre, siempre lleno de grandes designios y grandes esperanzas, siempre sanguinario y siempre buen muchacho, y lo mismo será dentro de treinta años... excepto alguna cana más en la cabeza y algunos cientos de dramas en la conciencia, y salvo también (se lo aseguro con el corazón) una hermosa quinta sobre el lago de Como; tardío pero dulce fruto de sus mil volúmenes, y sobre cuya puerta podrá escribir:

«Aquí... descansa de su peregrinación de cincuenta años...»; y debajo, en lugar de su nombre, un verso acomodado del Dante:

¡Aquel que de sangre tiñó el mundo!...





XI

EL CAPITÁN BOVE

EXPLORADOR DE ÁFRICA

JAIME Bove contrajo en Africa la enfermedad que debía conducirlo al sepulcro; una enfermedad complicada, extraña, implacable, oscura hasta para el habilísimo médico que lo asistió en la casa de baños de Andorno: como si con el aire del *continente misterioso* hubiérasele entrado en los poros misterioso veneno. Experimentaba atroces dolores de cabeza, una repugnancia extraordinaria á toda clase de alimentación y un profundo abatimiento así físico como moral; de repente, á estos síntomas sucedía una vuelta impetuosa de la salud y de la antigua poderosa vitalidad, y entonces buscaba el trato de las gentes, alegraba la mesa con una locuacidad llena de ingenio y de cortesía, entablaba contienda con el *masseur* alemán de la

casa, y comía con insaciable avidez, lo cual causaba verdadero estupor á quien desconocía su estado, y un sentimiento de lástima á quien no lo ignoraba. Así transcurrían algunos días, al cabo de los cuales, hastiado el estómago, repugnaba los alimentos, y con la dieta forzosa volvían á empezar los dolores, la aversión al movimiento, la tendencia á la soledad y, sobre todo, un invencible y tormentoso insomnio.

¡Pobre Bove! Destroza el corazón oir al médico describir los martirios que sufría durante aquellas noches interminables. Un anhelo sin nombre, una continua labor febril de la mente, agitada de todas maneras por pensamientos dolorosos y por fantasías monstruosamente lúgubres, que no le dejaban pegar los ojos un minuto, que lo tenían horas enteras sentado en la cama, con las manos en la frente, con el infierno en el cráneo y la desesperación en el corazón, esperando el alba libertadora, que no despuntaba nunca; y el médico lo encontraba á menudo en aquella actitud, oprimido por una tristeza infinita y llorando como un niño. Luego seguía un nuevo período de alivio, y luego de nuevo la misma agonía.

La cura hidroterápica, aunque vigorosa y asidua, no lo mejoraba, ni tenía fe en ella. Y á las veces hablaba del suicidio, razonablemente y con gran tranquilidad de ánimo, como de

un medio lógico y lícito de salir de ciertas condiciones á las cuales puede la enfermedad reducir á un hombre; y cuando el médico, receloso porque sospechaba algo, le contradecía, contestaba con nuevos argumentos, siempre apaciblemente, como si discutiese la cuestión sin pensar en sí mismo; y así al menos, repito, parecía á los demás, pero no al facultativo, á quien produjo dolor, mas no sorpresa, la noticia del suicidio.

—«Nadie, dijo, se admirara si todos hubiesen visto cuánto sufría.»

Pero la enfermedad fué una causa secundaria tal vez; para explicarla conviene recorrer desde el principio al fin la vida pública de nuestro malogrado amigo.

Conocí á Bove antes de la expedición del *Vega*, cuando estaba en Turín preparándose para el gran viaje, estudiando inglés y recogiendo enseñanzas y consejos de Cristóbal Negri. Era un joven simpático, algo tímido, lleno de buena voluntad y de hermosas esperanzas. Pero sus esperanzas, en cuanto se relacionaban con la expedición del *Vega*, de la cual comprendía todas las grandes dificultades y peligros, limitábanse á regresar sano y salvo, enriquecido de conocimientos útiles y con un buen nombre que le hubiese favorecido para su carrera en la Marina Real.

Recuerdo perfectamente la mañana aquella en que le dí mi último adiós en el descanso de la escalera de mi casa, viendo ya con la imaginación detrás de su cabeza juvenil el inmenso horizonte blanco de las soledades polares, que lo esperaban acaso para no devolvérnoslo nunca. Estaba tranquilo y sonriente como todo joven valeroso que va á desafiar la fortuna, y parecía que en sus hermosos ojos azules brillaba ya el deseado espectáculo del regreso: sus padres con los brazos abiertos, los amigos festejándole, el acorazado italiano á bordo del cual había navegado, orgulloso de su heroico viaje.

Ese era su ideal, y lo decía con aquella sonrisa suya, llena de afabilidad y de modestia; y seguro estoy de que durante los tres años que el viaje duró, no acarició jamás una esperanza más ambiciosa; no soñó jamás con otra cosa que con un regreso honroso.

En vez de esto, la vuelta fué un triunfo ruidosísimo. En aquel conciudadano, el más joven de todos cuantos habían formado parte de aquella expedición milagrosamente afortunada, el entusiasmo nacional vió casi resumida y encarnada la gloria de la expedición entera y algo así como la promesa de otros viajes maravillosos y de grandes descubrimientos, todos nuestros; vió casi renovada la tradición de nuestro glorioso pasado marítimo, el acontecimiento

inaugural de una segunda epopeya de la navegación italiana. El joven oficial, oscuro al partir, volvía célebre. Su viaje desde Nápoles á su tierra natal y á Turín fué una fiesta continua.

En los supremos momentos que precedieron á su desdichadísimo fin, el pobre Bove debe haber recordado aquellos días, debe haber tenido una rápida visión luminosa, tal vez dolorosísima, de aquellas estaciones de ferrocarril atestadas de estudiantes que aclamaban su nombre, de aquellos anchurosos teatros donde miles de oyentes pendían conmovidos de sus labios, de aquellos animados banquetes en los cuales cientos de copas buscaban la suya, y donde por cima de las voces de todos resonaba la del buen viejo Negri, temblorosa de alegría al ver otra vez vivo, aclamado y feliz, á su discípulo predilecto.

Pero Bove distinguía claramente en aquellas fiestas lo que le tocaba á él y lo que correspondía al acontecimiento, aquello que era justo y razonable y lo que rebasaba los límites de la justicia. No era posible que su índole fuerte y sana y su buen juicio se dejaran dominar por el orgullo y cayeran en una ilusión vulgar. Hasta en las ocasiones en las cuales hubiera sido disculpable un momento de debilidad, se mantuvo siempre virilmente dueño de sí mismo. Muchos recordarán todavía la amable sencillez

y la claridad asombrosa con que, en los instantes más calurosos de los festejos, contestaba á las mil variadas preguntas con las cuales lo volvían loco curiosos y hombres de ciencia, apiñados en torno suyo, para todos los cuales tenía una sonrisa y una palabra afectuosa.

Pero era exaltado. Los relatos que traía á sus sabios, las glorias de su país, eran un licor al cual no resistía. La embriaguez, sin embargo, obraba en él noblemente; le daba fuerza y audacia para dibujar grandes cosas, sin engañarlo sobre la importancia de aquello que había hecho. La suya era una exaltación lúcida. Parecía que aquella inesperada gloria duplicaba todas sus facultades. Su corazón palpitaba de ambición, su mente trabajaba con prodigiosa actividad. Comprendía que para mantenerse á la altura á la cual le había elevado la fortuna, hubiera debido abrirse nuevo camino, conquistar la gloria por segunda vez, por propio impulso, con alguna empresa extraordinaria, pero suya sola. ¿Cómo había de volver á su modesta posición de teniente de Marina después de aquella especie de triunfo nacional? Presentía que había de hallarse incómodo, y cualquiera comprende por cuáles razones y de qué modo.

Entonces concibió la grandiosa empresa de un viaje de exploración á los mares antárticos, que terminase, ó perdiéndolo todo, ó con un

descubrimiento de altísima importancia para la ciencia y para el mundo entero. Aferróse á aquella idea con todas sus fuerzas, la defendió con ardiente entusiasmo, buscóse elementos con infatigable constancia, sin soñar, sin vivir para otra cosa durante muchos meses, hablando de ella continuamente con la elocuencia apasionada de un inspirado á cuya vista aparecíase ya un nuevo mundo allá en las regiones de los hielos eternos, bautizado con su nombre.

Pero cesaron las demostraciones festivas; la grande empresa no encontró elementos en Italia, y los dos viajes de exploración que hizo á la Tierra del Fuego, ni añadieron ni podían añadir nada al renombre que le diera su primera expedición.

Transcurrieron los años, y el astro de las sublimes esperanzas, si no extinguióse, se oscuresció. Loúltimos entusiasmos de Bove fueron para la *colonización* del territorio de las Misiones; pero no encontraron eco, y hasta estos últimos entusiasmos murieron con un desengaño positivo.

El efecto de todo esto fué una larga y lenta caída en su ánimo de aquellas estupendas alturas, á las cuales, ya lo he dicho, nunca creyó haber subido ya, pero á las que noblemente ambicionaba llegar con el tiempo y con el trabajo después del regreso de los mares árticos.

Quien lo conoció en aquellos primeros años felices y volvió á verlo en estos últimos, observaría ciertamente en él, bajo la apariencia de una serenidad inalterable, un cambio. No estaba plenamente satisfecho de sí mismo; leía dentro de sí que faltaba algo á su vida, que en su alma había un vacío. No es que se considerase, como suele acontecer á los hombres mediocres, una víctima de la suerte ó de un genio desconocido —porque de nadie se quejaba ni en su corazón había penetrado la recriminación;—pero después de aquella primera embriaguez profunda, después de aquel poderoso impulso que diera á todas sus fuerzas la inesperada posesión de la gloria, no bastaba á su naturaleza, deseosa y capaz de grandes hechos, ni las pequeñas satisfacciones de la fama llena de simpatías que le quedaba, ni le bastaba tampoco el horizonte estrecho y pálidamente iluminado que le presentaba el porvenir.

La posición lucrativa y honrosa de director de una sociedad de navegación no correspondía á su audaz y poética ambición de descubrir y colonizar tierras nuevas. Y el viaje al Congo, emprendido por encargo del gobierno, lo realizó con la concienzuda diligencia que empleaba para todo; pero —sus cartas lo demuestran— sin entusiasmo alguno, porque no era empresa que le hiciese avanzar ni un solo paso en la senda

por él soñada. Además, los cuidados de su último empleo, las largas interrupciones impuestas á sus estudios por los viajes y por los negocios, y su misma naturaleza gastada por el trabajo, eran otros tantos impedimentos para que buscase y encontrara en la ciencia la satisfacción de una parte al menos de sus altas aspiraciones. No era indudablemente un olvidado, como suele decirse, por la sociedad y por su país, los cuales le habían dado siempre el respeto y el honor que le eran debidos; era, creo yo, un caído dentro de sí mismo, al cual faltaba la armonía entre las esperanzas y los recuerdos; era un alma sometida á dieta, un enfermo, un descontento — sin ira — del reino de la gloria. Esto, en mi juicio, contribuyó á abreviar en él el período de la lucha y de la resistencia contra su enfermedad. Y esto me hace dudar de si para los que han nacido para combatir por los grandes fines, es mejor recibir en los primeros pasos una gran caricia ó una sacudida brutal de la fortuna.

¡Qué lástima! ¡Había hecho tanto la naturaleza por él, y él había hecho tanto para ayudarla!

Sobre el sólido fundamento de los primeros estudios, fáciles para su inteligencia abierta á todas las ciencias positivas, había ido acumulando una gran cantidad de conocimientos va-

riados y útiles, recogidos con aguda y tranquila meditación sobre los libros, entre los hombres y en la larga experiencia de la vida. Su ingenio, vivo y atrevido, como dijo Cristóbal Negri, estaba sostenido por un raro buen sentido, admirablemente reflejado en las innumerables cartas escritas desde todas las partes del mundo á su venerado maestro, en ninguna de las cuales se ve que el entusiasmo ó la presunción juveniles echen el más ligero velo sobre la sagacidad de las observaciones y la prudencia del consejo. En toda clase de estudios se perfeccionaba continuamente con una labor jamás interrumpida, y siempre ordenada por la voluntad. Falto en su primera juventud de cultura literaria, había conseguido, á fuerza de leer mucho y bien, escribir páginas llenas de corrección y belleza; y de un hombre que hablaba con dificultad y premiosamente, convirtióse en orador de facundia para el genéro de conferencias, quizás demasiado inclinado á una elocuencia un tanto brusca y de saltos, aunque algunas veces de eficacísimos resultados.

Y cuando estaba de humor alegre, y sus oyentes lo estimulaban, ¡con cuán viva y delicada gracia narraba las anécdotas de sus viajes, presentando el lado cómico de los hombres y de las cosas! ¿Quién hubiera dicho oyéndolo chancearse con la graciosa ligereza propia de un hom-

bre de mundo, habituado al trato distinguido y jovial, que era aquel rudo marino acostumbrado á resistir las más ásperas fatigas, experto en todo género de aventuras peligrosas, intrépido ante la tempestad y ante la muerte? Al aspecto evidente de estas gallardas virtudes, se unía por modo admirable en su rostro correcto y fino, bronceado por los vientos del Océano, la nota de una gran bondad y de una cortesía exquisita. Tenía las líneas del semblante y los ojos italianos, y algo de septentrional en el color y en la expresión de la fisonomía; su pronunciación era entre ligura y piamontesa; su voz extraña, su paso reposado, su gesto llamativo, su mirada límpida. No se podía conocerlo sin amarlo.

¡Y... se ha matado!

¡Ah, qué cosa tan horrible! ¡Y no haber estado allí, en Verona, en aquel malhadado día; no haber podido seguirlo, no haberlo visto cuando salió de su casa con el revólver escondido, y cogerle el brazo con un brazo y con el otro rodearle el cuello en el momento fatal! No haber podido decirle:—¡No, Bove; por lo más sagrado que hay en el mundo, nó te mates! La bala con la cual quieres destrozarte la frente, destrozaría el corazón de los tuyos. Lucha, sufre todavía; confía aún en tu valor y en tu fuerza; no manches el purísimo ejemplo de vida honro-

sa y útil que podremos presentar á nuestros hijos; no añadas por tu propia mano otra víctima á las víctimas italianas en África. ¡Curarás, tornarás á tus trabajos, volverás á ver el Océano, servirás aún á tu país! ¡No mueras!

Cien veces repito para mis adentros estas palabras, y cien veces, como muda y terrible respuesta, se me presenta la imagen de aquel pobre cuerpo inmóvil, abandonado en medio del campo, con las sienes ensangrentadas, los brazos inertes, los ojos apagados, junto el arma maldita que mató una esperanza de Italia.





XII

UN POETA PROVINCIAL



Se me ha dado el honroso y grato encargo de escribir un prólogo para el libro de un malogrado amigo, y he decidido hablar más del autor que de sus versos, ya porque éstos hablan bastante por sí mismos, y porque yo, para la mayoría de los lectores, sólo puedo hacer un comentario superficial, ya porque es racional suponer que todos los que admiraron desde fuera al poeta deseen saber sobre todo lo que sólo puede decir uno de sus amigos: qué tal era el hombre.

Intento, pues, dar al público más bien un retrato que un estudio literario; el cual, por otra parte, no podría hacer con frío juicio, dado el vivísimo cariño que tuve al amigo y que conservo á su memoria, y el demasiado poco tiempo que ha transcurrido desde el inolvidable día

en que resonaron en mi corazón estas cuatro terribles é inesperadas palabras: —Nuestro Arnulfi ha muerto.

*
* *

El que ha muerto fué, por la índole de su alma y la especialidad de su ingenio, uno de los más notables y amables jóvenes que he conocido desde hace veinte años, tanto, que, aunque no hubiese escrito una página ni un verso, hubiera sido querido y popular en Turín, donde vivió sus mejores años, por las condiciones que demostraba en el trato con amigos y conocidos.

Sólo me ocurre apuntar dos noticias biográficas suyas: una, porque es original y triste; la otra, porque se refiere á un hecho que contribuyó á despertar su ingenio: el haber nacido en el cuartel de carabineros de la plaza de Carlos Manuel II el infausto año de 1849, más infausto aún para su familia con la muerte de su madre, y el haber recorrido en sus primeros años varias ciudades de Italia adonde iba destinado su padre, natural de Niza, que había llegado desde soldado sencillo á general de carabineros y diputado á Cortes. Su verdadera vida, como hombre y como artista, no empieza hasta que,

muy joven aún, estando empleado en la Sociedad Real de Seguros, estableció su residencia en Turín y comenzó á captarse la atención y la simpatía de todos con las primeras manifestaciones de su gran sentido cómico y de su naturaleza originalísima.

*
* *

El sentido cómico lo aplicaba especialmente á los ridículos aspectos de la vida de provincia, siendo en esto verdaderamente agudo y original, porque para hacerlo valer no se le ocurría imitar las voces ni los gestos de las personas, pues le faltaba esta habilidad. Más bien que refiriendo, ó pintando fielmente las cosas graciosas, obtenía el efecto presentándolas en cierto escorzo particular que él sólo sabía escoger y colocar; ó, al referirlas ó pintarlas, las cambiaba con una gracia especial suya, inventando también, pero con admirable verosimilitud; y, á veces, sus historietas y sus chanzas habían sido preparadas previamente con largas meditaciones peripatéticas, porque era á la vez vivo de fantasía y reflexivo. Pero siempre lo decía en pocas palabras, siendo parco también en su mímica, pues casi no hacía gestos, refiriéndolo

todo con una voz velada y como cansada, que alzaba hacia la mitad de la relación, y que no se compaginaba bien con su risa sonora de jovencillo.

Muchas veces se le oía en el círculo de los amigos una improvisación seguida y animada. Su vena no saltaba en grandes oleadas, sino en surtidores instantáneos, como un tonel que se vertiera y volviera á tapar en el acto. El distraía oportunamente á la reunión con una palabra, con un chiste dicho á tiempo, con una anécdota lanzada por entre las espirales de la conversación, sutil, aérea, aguda, picante, que quedaba luego en la memoria de todos.

Parecía que la sacaba de un tonel sin fondo; tantas eran las que él inventaba y las que tenía aprendidas. Cada vez que lo divisábamos á lo lejos, en lo último de una calle, con aquel andar suyo desmadejado y aquella cabeza, un poco inclinada sobre un hombro, como para favorecer el esfuerzo de un pensamiento ingenioso, nos alegrábamos todos pensando que, al encontrarlo, oiríamos de él algo nuevo, ya inventado, ya aprendido en las veinticuatro horas. Porque el chiste de un labriego, cogido al vuelo en la plaza, la frase bufa de un periódico serio, cuatro palabras cambiadas con un fosforero, algo que había visto, una escena medio apercibida en el café ó en la calle, en suma, todos los

chismecillos de la crónica pública ó de los varios círculos de amigos y de las diversas clases sociales con las que le ponía en contacto su vida de escritor, de empleado ó de joven del gran mundo, todo era para él objeto de pasatiempo y materia de observaciones sutiles y curiosísimas.

Pero, sobre todo, los amigos, de los cuales no se le escapaba ningún lado flaco, ninguna muletilla de la conversación ni ningún gesto especial que proporcionase el más mínimo motivo para el ridículo, y tenía una terrible habilidad para revelarlo y darle colorido, para alegrar la reunión y para hacer comprender al amigo que lo había observado. ¡Ah! verdaderamente, el vanidoso, el embustero, el susceptible, el fatuo, el pedante, tenían que estar en guardia con él.

Aun queriéndolo bien, nos producía á veces alguna inquietud, síntoma hasta de enemistad, cuando hablando con calor en medio de un círculo, encontrábamos fijos sobre nosotros sus negros y brillantes ojos, con cierta ligera sonrisa que parecía el anuncio exterior de la primera inspiración de un soneto.

*
* *

Y ¡qué característica era su figura! ¡Qué profundamente impresa se quedaba en el áni-

mo, aunque no se la hubiera visto sino una sola vez! Le daban extraño aspecto de indio ó de árabe sus cabellos abundantes y negrísimos, enmarañados en rizos largos y crespos, que le llegaban hasta la frente, y el color aceitunado de su larga cara, hundida por las mejillas y adornada por pequeños ojos oscuros de una mirada intensa é inteligente, que mitigaba la expresión sensual de su boca rojiza, sus ásperos bigotes y su larga barba; y este aspecto de virilidad, un poco salvaje, de la cabeza, formaba contraste con su cuerpo alto y esbelto, delgado, un tanto agachado, como rendido por el trabajo, y vestido con elegancia sencilla; y más extraño parecía aún el grande y repentino cambio de expresión que se producía en su semblante, triste y serio de ordinario, cuando se escapaba de sus labios, con algún chiste, aquella risa juvenil y burlona, que casi era la revelación de otro hombre.

A causa de su delgadez, de la palidez de su rostro y de su espíritu cáustico, se le solía dar, entre los amigos, el nombre de Mefistófeles; el cual, en realidad, no le convenía mas que por ciertas apariencias, porque no se puede llamar Mefistófeles al hombre que sabe, como él, ganarse y conservar muchas amistades, fieles hasta la muerte; ni al poeta que, entre tantos versos satíricos, pulsó, sin embargo, con mano de-

licadísima la cuerda de los más nobles afectos.

La verdad es que entre el Arnulfi, tal como se presentaba á los amigos, y el Arnulfi que se revelaba en sus poesías, había un notable desacuerdo, que redundaba todo en honor suyo; porque mientras parece que la naturaleza de su espíritu, su modo de vida y la sociedad que le rodeaba, tolerantísima con los escándalos en el arte, hubieran debido impulsarle á una poesía irreflexivamente atrevida é inoportuna; él, por el contrario, demostró tener otro concepto del arte; tanto, que jamás, ó muy rara vez, traspasó los límites de lo decoroso y lo razonable en la pintura y castigo del vicio. Mientras en la conversación podía aparecer escéptico alguna vez é inclinado á reirse hasta de las ideas y sentimientos más respetables, cuando cogía la pluma, solo, delante de su conciencia, prevalecía en él un recto y honrado sentido de la vida, una sincera compasión de las miserias y dolores humanos, una indignación viva contra las injusticias sociales, la opulencia ignorante y ociosa, el vicio enmascarado y la charlatanería. Y aunque claramente se nota que en toda composición suya le aparecía más pronto y más fuertemente le atraía la belleza artística que el concepto y la intención moral, ésta, sin embargo, se descubre también en la mayor parte de sus sonetos, como si hubiera sido su primera

inspiración, porque se le imponía irresistiblemente desde el fondo de su alma. Si hay algo en él de artificioso y estudiado, me parece que es más bien en el Arnulfi de la vida real, al cual la reputación de joven agudo, agradable y satírico, y la distracción que todos esperaban de él en este campo, le obligaban casi á ridiculizar y á chancearse sobre cualquier asunto.

El verdadero Arnulfi no le conocía mas que el que había tenido ocasión de tener con él largas é íntimas conversaciones serias, en las que para nada le ocurría decir un chiste; y aun este lado serio y bueno no lo manifestaba mas que casi involuntariamente y en pocas palabras; porque acostumbrado á observar en los demás las ficciones y las exageraciones del cariño, de las que tanto se burlaba, estaba siempre alerta sobre sí mismo, cuidando de que su lenguaje no desdijera del carácter con el que era más generalmente conocido.

***

Era poeta por naturaleza, por la viveza de las impresiones que recibía en su trato con los demás hombres y en su vida toda, y por la facultad de manifestar estas impresiones con tal

relieve y colorido que parecía reproducirse en ellas mismas. Sirvió de gran auxiliar á estas dotes un precoz y vario conocimiento del mundo, que adquirió principalmente de la misma simpatía que inspiraban sus argucias y su persona toda en su trato con todos, cualquiera que fuese la clase y la cultura de los mismos.

Su espíritu crítico, más que apasionado, lo impulsó menos al estudio de las clases populares que al de la nobleza y la clase media; ofreciendo aquélla demasiada materia de compasión y de lástima, en la edad presente, á un poeta en quien predominaban ciertas ideas y temperamentos, mientras que éstas tenían bastante virtud y desgracias que hacían parecer poco delicado aplicar castigos á sus defectos: además de que las segundas estaban á su alcance y á las primeras no lo acercaban su profesión ni las costumbres de su vida.

Era lógico también que conviniese más bien el dialecto que la lengua como medio de expresión á un ingenio que se había despertado y desenvuelto, más que en otra cosa, en la observación directa de la vida y, en ésta, de caracteres, hechos, rarezas, ridiculeces casi siempre provinciales y, por lo tanto, imposibles de manifestarse en otro lenguaje que en aquel en que naturalmente se producen y expresan.

Le indujo también á ello un singular afecto

á la importancia del propio dialecto; importancia de la que muchos no se dan cuenta, como si del dialecto, por el hecho mismo de recibirlo con el jugo materno, fuesen todos conocedores y maestros en su uso; siendo así que, por el contrario, son tan grandes las diferencias en la medida de poseerlo y en el arte de servirse de él, como lo son entre las personas las gradaciones del gusto, del oído, de la memoria y de la forma de expresión.

Ahora bien; cuán vivo é intenso era el afecto de Arnulfi á su dialecto, pueden atestiguarlo sus amigos, los cuales recuerdan la complacencia amorosa y la alegría de artista con que refería, paladeaba y hacía paladear á los demás los vocablos, las construcciones y los proverbios piamonteses, recogidos día por día, y que nosotros ignorábamos ó habíamos oído cien veces sin advertir el sabor particular y, por decirlo con una palabra suya felicísima, *raspante* que él le encontraba.

No es menos evidente que las razones que le hicieron escoger el dialecto fueron también las que le indujeron á preferir el soneto, más á propósito que ninguna otra forma métrica á su modo de observación fragmentaria, por decirlo así, á su vida mixta de empleado y de hombre de mundo, á la índole de su ingenio, ágil y pronto, poco apto para las largas expli-

caciones y aptísimo para aquella casi simultaneidad de esfuerzos intelectuales, con los cuales en una composición breve y cerrada se echa el principio y se dibuja el fin, afrontando y venciendo, con una sucesión rapidísima de sustituciones y de recursos, muchas dificultades ocultas é inquietantes que nacen las unas de las otras, delante de las cuales tiene que detenerse el que no va muy listo, y, deteniéndose, pierde su fuerza y el cariño á la idea que iba á desenvolver.

***

A la seguridad con que poseía el dialecto, á sus naturales facultades poéticas y á su rico caudal de observaciones, que continuamente estaba aumentando, se unía en Arnulfi una fuerza nueva que no era posible en un poeta de treinta años que fuera sólo piamontés: el soplo de la varia vida intelectual de la nueva Italia, influída de un nuevo género de humorismo importado de Francia, que prevaleció en los últimos años en una parte de nuestra prensa periódica, y cierta elasticidad y flexibilidad de ingenio adquiridas en su larga residencia en otras provincias italianas, y en muchas lecturas diversas, pero escogi-

das con gusto, y hechas con la curiosidad viva y escrutadora de un artista libre de prejuicios y de pasiones de escuela. Era piamontés de nacimiento y de corazón; pero nunca se traslucía en él nada de lo que justifica el significado crítico puesto en aquella palabra de quien nos juzga con más sutileza que benevolencia. Era un piamontés del último molde, muy hábil para comprender y saborear todas las manifestaciones del mérito propio de cada provincia y habilísimo para que los varios caracteres, las costumbres regionales de Italia, de los provincialismos, que, poco ó mucho conocía, le sirvieran de materia y forma para anédoctas y frases felices.

Para salir con éxito de la literatura provincial no tenía otro obstáculo que el no haber estudiado la lengua patria en sus primeros años, como se hace ahora, con la imaginación fresca y sin otras miras; cuyo defecto es difícil de corregir, más tarde, cuando las ideas han ocupado ya el lugar de las palabras, y mucho más cuando la lengua de que se trata es aquella viva, rica, variadísima y flexible que se requiere para las necesidades de un ingenio cómico y caprichoso.

Por esto nos parecen tan inferiores á las demás las pocas composiciones que escribió en italiano, en las cuales se nota que le faltaban los pulimentos más menudos y precisos del arte, y no se advierte ya la segura facilidad de su

mano, entorpecida, como si tuviese un guante nuevo, puesto con trabajo.

Es posible que, si hubiera vivido, hubiera adquirido, con el uso y con una larga residencia en Roma, mucha parte de lo que le faltaba, y hubiera dado un gran paso hacia adelante en el arte italiano; pero nunca, á mi juicio, hubiera tenido la espontaneidad y el vigor que desplegó en su propio dialecto.

*
* *

La primera manifestación notable de su ingenio fueron veinte sonetos titulados *Sangre azul*, una sátira contra la parte flaca de la aristocracia de Turín. Recordaba siempre con placer, y ahora recuerdo con tristeza, *El café de Monviso*, donde le ví por vez primera, y en el que entraba á oir el juicio de sus amigos, entre los cuales se contaba el valiente Pietraqua.

Si sus sonetos pudieran clasificarse en grupos y elegir, el mejor sería aquel que, abrazando un campo más reducido y concreto que los otros, por lo que reflejaría mejor el pensamiento del poeta, presentase el asunto bajo todos sus aspectos, y ofreciera en la variedad de las composiciones, independientes entre sí,

pero relacionadas y explicadas unas por otras, el carácter de una obra de arte completa y hecha de una sola inspiración, como un poemita satírico en el que estuviera encerrado todo un pequeño mundo.

Y hay que decir en honor de Arnulfi, que si bien en su modo de empezar el soneto, de interrumpir y reanudar el diálogo, de medir el verso y de poner la cesura, parece que imita á Renato Fucini, es lo cierto que él no conocía cuando escribía *Sangre azul* los famosos cien sonetos del poeta de Pisa, de quien fué luego entusiasta admirador. Intentó después de la sátira del mundo aristocrático la de la burguesía, con otros veinte sonetos, los cuales, aunque no son inferiores, individualmente comparados á los primeros, no tienen todos juntos igual mérito, pareciendo que en el vasto y vano campo de la clase social á que se refieren, más bien espigaba que recogía abundantemente las observaciones á que su asunto se prestaban.

Después se sucedieron otras composiciones, de las que pocas pertenecían al primer grupo, correspondiendo en su mayoría al segundo; siendo poquísimas las inspiradas por el pueblo, de cuyo asunto lo desviaban, además de las razones ya dichas, la amplitud del campo, mayor aún que en la clase media, y la dificultad de tratarlo á conciencia sin herir cuerdas muy sensibles.

Pero cualquiera que sea el asunto de estos últimos versos, en todos hay la misma *difícil facilidad,* y la misma audaz soltura de poeta de nacimiento que se notaba en los primeros.

***

La prueba de la verdad y de la vida de toda esta poesía es que, después de leído el libro, los personajes y las escenas se nos quedan impresos en la memoria, evocándose los unos á los otros como si los hubiéramos visto pasar por un escenario, ligados entre sí por el argumento de una comedia.

Aquel pequeño mundo aristocrático, con sus desdenes olímpicos y natural ignorancia, con su extraña jerga afrancesada y afectada, con la frivolidad de sus cumplidos y conversaciones y la malignidad corrosiva de su chismografía, está vivo en aquellos doscientos ochenta versos, que nos dan de él más clara y completa idea que toda una novela naturalista.

Se podrían citar casi todos los sonetos; pero sobre todo el de las tres condesas: una que, en el teatro Real, después de haberse escandalizado de que cierta marquesa se exhibiera en palco bajo con el vestido alto, se escandaliza

todavía más de que reclame el silencio en su localidad para oir la música, y exclama con aire compasivo y de lástima: — *Ya se ve que tiene tipo de provinciana;* — otra que, en el campo, excusándose de que ha tenido que recibir, por no aburrirse, á un poeta plebeyo y mal vestido, asegura á su amiga Nelly que, cuando vuelva á Turín, no le saludará en la calle; y otra, en fin, que en la alcoba de su amante se niega á tomar una taza de café, por que es Viernes Santo, son tres retratos admirablemente dibujados é iluminados, que no se pueden leer sin reirse.

En la burguesía están pintadas fidelísimamente la señora que primero reprocha, y perdona después sus sisas á la cocinera, porque no descubra al amo que ella misma, para comprarse trapos y moños, escribe doble suma en el libro de los gastos: la familia que tiene una sola criada y el día que recibe la pone el catre en la cocina; y la madre que deja que su casa esté hecha una inmundicia para estar en adoración delante de su hija, poetisa, en cuyos versos está tan oculto el sentido, que nadie puede alcanzarlo. El crítico que no sabe gramática, el empleado que no hace nada, el periodista sin conciencia, el padre imbécil que toma por rasgos de ingenio las impertinencias del niño mal educado, el falso demócrata que tacha de

altaneros á los nobles y no devuelve el saludo á un pobre diablo, la desvergüenza del burgués que se envanece de las atenciones que tiene á su mujer un conde encaprichado por ella, y el orgullo del plebeyo enriquecido, más tonto y más odioso que la soberbia del aristócrata, son ridiculizados, escarnecidos y fustigados de tal manera, que encuentra uno como un alivio al propio despecho y una expresión estereotipada para el desprecio propio cuando se encuentra con alguno de esos tipos ó en alguna de aquellas miserias.

Entre los sonetos sobre la clase media, me parece uno de los más originales y chistosos por el asunto, y de los hechos con más maestría, el de la burguesa estúpida que, después de haber dicho que ha dudado mucho entre los baños de mar y el campo, decidiéndose, al fin, por aquéllos, se reduce, como tantas otras, á pasar el verano en una casucha miserable que ha alquilado cerca de Turín, en medio de una árida llanura, abrasada por el sol; donde el poeta cazador, llegado allí por casualidad, la sorprende en la era, con los brazos remangados buscando pasto para las gallinas.

Esta es una de las anécdotas típicas de Arnulfi, una de las que mejor lo dan á conocer y de las que nos hacen recordar aquel metal de voz, aquella sonrisa, aquel arte sobrio y

brillante con que refería el cuento al círculo de sus amigos.

*
* *

Notable es también un grupo de composiciones de puro carácter jocoso, pero sin sátira; en el que se observa una fina delicadeza y un raudal abundantísimo de gracia, como la poesía á las bodas de su amigo Berta, en la cual el doble sentido de las palabras hace que algunas le sirvan de estribillo, con felicísima agudeza, en cinco estrofas, cuya vis cómica va aumentando sucesivamente; la crítica de *Monsú Ravet* en la aldea y en el castillo de la Edad Media, donde me parece ingeniosísima aquella descripción despreciativa, toda encaminada á hacer ver la semejanza que el castillo tiene con una ratonera para coger tontos y dinero.

En estos versos se manifiesta Arnulfi tal cual era en sus momentos más serenos, entre sus mejores amigos, cuando su espíritu punzante cedía el lugar á una jovialidad inocente, y es quizá este el género de poesía al cual hubiera dado preferencia con el transcurso de los años, conforme se fuera en él amortiguando aquella energía de sentimiento que le movía á comba-

tir el vicio, y que nacía en parte de la juvenil ilusión de no hacer obras inútiles. En este género, uno de sus mejores sonetos es aquel dedicado á Casimiro Teja cuando se celebró con un banquete el trigésimo aniversario de la fundación del *Pasquino*, en cuya ocasión, cuando se esperaba una apología ó una manifestación de afecto, sorprendió agradablemente á todos con una salida completamente imprevista, diciendo:

—Ya llegó la hora de atracarse, con el único fin de llenar la panza, y tomar una turca por ofrecer un banquete á Teja, á este gran pintor de colas de ratón: bien se sabe qué casta de pájaro es, pequeño y triste, un señor que se entretiene en burlarse de todo el mundo, sin perdonar á nadie, ni aun á Dios mismo. Es esto bueno, ¿no es verdad? ¿qué os parece? Pues, sin embargo, tiene muchos amigos. Verdad es que en este mundo basta ser una mala cabeza para hacerse querer bien.

***

Las composiciones inspiradas en la compasión ó en el cariño, aunque poquísimas, bastan, sin embargo, para hacer comprender cuán vi-

vos eran en él estos sentimientos, y en qué delicada forma sabía expresarlos.

Serían suficientes para demostrarlo aquellos pocos versos dedicados á la pérdida de su padre; y á su pobre hermana, muerta al ser madre; aquel saludo tan sencillo como dulce, mandado desde Roma al Canavese natal: y el concepto, más que los versos, de aquel monólogo de un labriego, loco por la muerte de su hija, que creía se había casado con un rey; y mientras sueña que él mismo es rey, agitado por una visión confusa de la realidad y por un vago recuerdo del pasado, defiende á la muerta de todas las calumnias, dando á entender que se trata de una traidora seducción; y, después, calla de pronto, para saludar á los soberanos que vienen á rendirle homenaje. Entre estas composiciones está el soneto *Consecuencias,* en el que admiran la belleza, la tristeza, el dulce ritmo de aquellos dos cuartetos, en los cuales describe las angustias y la caída de una infeliz, sacrificada por la ambición del padre, comerciante, á un noble altivo y disoluto, separada del marido, después de haber perdido á su madre y á su hija, y oprimida por una inmensa melancolía, que le acarreará la muerte. Dígase si no son dignos estos versos de ponerse en parangón con cuanto de más patético y más armonioso haya producido la poesía en los más

patéticos y armoniosos dialectos de Italia. Merece también citarse un soneto en el cual está tan bien dibujada en pocos versos (una facultad especial que tenía Arnulfi de delinear, con cuatro toques, una figura de mujer) aquella pobre muchacha, alegre, hermosa y honrada, que no va mas que de su casa á la de la modista y de casa de la modista á la suya; y por la calle la persiguen las asechanzas del vicio, esperándole en el taller catorce horas de trabajo, y en casa el hambre y las palizas...

***

No todos los sonetos son, ciertamente, de tanto valor. Algunos en verdad, no se han dado á la imprenta en este libro porque no había seguridad de que el autor los hubiera excluído de una colección completa. A varios les falta el concepto y la vibración vital del soneto, y parecen más bien simples diálogos encerrados en catorce versos, en el último de los cuales apenas se ve la relación que pueda tener con los trece anteriores.

En otros, como sucedía también en algunos de Sucine, que se podrían llamar sonetos dramaticos, la acción está excesivamente concen-

trada y casi oprimida; de modo que la conclusión viene demasiado pronto, quitándoles así su efecto, como si fuera una sentencia no demostrada suficientemente. En mas de uno el asunto es muy viejo, aunque tenga novedad la forma. También creo que en algunos versos hay trasposiciones violentas por la índole del dialecto, y esto les da un color algo literario con italianismos.

Pero hay, en compensación, entre muchos buenos, una docena de sonetos que dan aquella satisfacción viva, compleja, llena y duradera que únicamente proporcionan las obras maestras, gozándonos en repasar con el pensamiento todos los versos, sin encontrar en ellos un vacío ni un ripio, ni en las palabras ni en las ideas; y que dejamos, volvemos á tomar, y hay necesidad de hacer que otros conozcan y quedan entre las cosas que se desea tener á mano para recrearnos en ellas cada vez que nos vienen al pensamiento. Tal que es imposible que les dé su valor quien no esté en condiciones de apreciar la maestría con que Arnulfi hacía destacar, lucir, brillar y conmover con su dialecto.

*
* *

No tienen menos mérito algunas composiciones suyas que faltan en esta colección: sonetos

no dados á la imprenta; epigramas, epístolas á los amigos; chistes improvisados de sobremesa; y todo aquello con lo que animaba la conversación diaria, amena y chispeante, por lo cual era su compañía tan grata y deseada, tan deseada que no se invitaba nunca un amigo á una reunión sin que preguntase:—¿Irá Arnulfi?— Ninguna tertulia parecía completa si no se veía en ella su negra cabellera, que todos ya conocían en Turín, casi como los grises bigotes de Teja, ó la afeitada cara de Bottero.

Después de un estreno en el teatro, de cualquier espectáculo nuevo, de alguna conferencia, del recibimiento hecho á algún personaje, ó de la publicación de una obra nueva, se buscaba el comentario de Alberto Arnulfi, siempre cómico y original, como una copa de champagne después de la comida, que ayuda á la digestión y alegra el alma, y sucedía, en ocasiones, estando entre amigos, que su agudeza, siempre punzante y á veces insistente, se dirigiese á alguno demasiado quisquilloso; pero aun así, y siendo muy inclinado á burlarse con habilidad de otros, tenía un no sé qué de correcto en su persona y era tan comedido en sus maneras, que no daba jamás motivo para represalias.

Ocurría casi siempre que cuando el burlado estaba á punto de incomodarse, salía Arnulfi con una ocurrencia tan inesperada y tan gra-

ciosa, que le obligaba, al que iba á enojarse, á reirse con los demás y á quedarse tranquilo. Burlón era y punzante; pero como hábil y buen diablo, sabía llevar bien las bromas que los demás le daban. Le ayudaba también en esto su naturaleza de espectador tranquilo y sonriente del mundo, pues hacía sonetos, no tanto para que hablaran de él, como para no silbar ó burlarse en el teatro, entre uno y otro cigarrillo, en el tiempo que le dejaba libre *La Sociedad de Seguros*. Si tenía ambición ú orgullo literario, debía estar allá en el fondo, muy escondido y revuelto con la costumbre y la gana de reirse de las flaquezas humanas; y no creo que ninguno haya podido llegar á ofenderle; ó, al menos, adivinar bajo su sonrisa de benévolo Mefistófeles el efecto de la ofensa. Siempre recordaré con qué cara tan placentera presentó un día á un amigo una poesía suya que había sido censurada por otro, preguntándole:—*¿Es esto una barbaridad?* Y no me acuerdo haberlo visto jamás incomodado, ni siquiera *picado*.

*
* *

En 1884, la Real Sociedad de Seguros le mandó á Roma con un destino independiente y lucrativo.

Dejó á Turín con pena suya y de todos; y aunque le halagase la idea de admirar la *ciudad eterna* y de aprovecharse de los mil elementos con que brindaría á su cultura una gran capital, sin embargo, por mucho tiempo, se le vió allí entontecido, triste; tanto que quizá no hubiera llegado á quedarse á no encontrar un amigo fidelísimo y digno de él: Eraldo Baretti. Y no reconocía por causa esta tristeza el encontrarse desconocido en Roma, después de haber adquirido fama y simpatías universales en Turín; pues, por el contrario, pasados los primeros meses, se manifestaba muy complacido de aquella libre y oportuna soledad que la oscuridad le concedía; y, después, con muchos, nuevos é ilustres amigos mostró siempre cierta repugnancia á revelar el ingenio y los escritos por los cuales tan conocido era en su provincia; pero vivía triste, más que nada porque le faltaban el aire, la sociedad, todas las antiguas fuentes de su poesía y de la alegría suya y como los lares y el espejo de su ingenio.

Como escritor se encontraba allí como en un destierro; parecía que estaban adormecidas sus facultades creadoras; su corazón de poeta se hallaba aún en Turín.

Bien se dejaba ver esto cuando, haciendo una escapada, volvía allí, donde los amigos y

conocidos le agasajaban siempre como si la ausencia hubiera sido larguísima.

Quería en pocas horas volver á ver todo y á todos, contento, animado, como si las paredes mismas lo reconocieran, como si Turín entero le sonriese repitiendo sus versos en todas las esquinas, y le siguiese una turba cariñosa por todas partes por donde pasaba. Y le seguían en efecto; eran los recuerdos de sus primeras satisfacciones de artista, los fantasmas de sus lectores primeros, los personajes de sus sonetos, las esperanzas de su juventud, de las cuales se despedía siempre con un suspiro, como si fuese por la vez postrera.

*
* *

¿Era un presentimiento? El aire de Roma parecía que le sentaba bien al principio; pero quizá llevaba ya en sí el germen de la enfermedad que había de matarlo, ó al menos era antigua en él la debilidad orgánica que no le permitiría resistirlo. Se metió en cama un día de Febrero, con calentura, persuadido de que conocía su dolencia mejor que los médicos, de los que cambió muchas veces, disintiendo de todos, menos del último, el cual llegó cuando el tifus

no podía ser ya vencido por los recursos de la ciencia. El presentía su fin, y aun cuando no dejase de bromear con sus amigos, tenía momentos de tristeza y de cólera, en los que le parecía que no era bastante querido y que no estaba asistido con esmero, lamentándose de ello: breves momentos, ciertamente, que eran seguidos de períodos de descanso, casi de un amodorramiento lúcido, durante los cuales hablaba con su amigo Baretti, que lo cuidaba como un hermano, de los sonetos que tenía en su mente, de las comedias que escribiría con él cuando estuviese bueno; porque, apenas se sentía con algunas fuerzas, volvía á tener esperanzas, y la vida le parecía muy hermosa por los amigos y por el arte.

***

El día antes de morir habló aún vivamente, con excitación febril, é hizo reir con sus chistes á la vieja mujer que le servía. Pero en la noche del 27 al 28 de Marzo se presentó la terrible hemorragia que había presagiado el doctor Pagliani como el anuncio de su muerte. Se mandó llamar á Baretti y acudió en seguida; lo encontró muy pálido, débil y con una mira-

da que quitaba toda esperanza. En cuanto lo vió, el pobre Arnulfi le echó manó al cuello y le dijo con inmensa tristeza: — Me muero.— Pero, sintiendo sobre su cara las lágrimas del amigo, aun tuvo fuerzas para rogarle que no llorase, que tuviera ánimo, porque le dolía muchísimo verle tan desconsolado.

Entretanto seguía escapándosele la vida en aquel chorro de sangre. Hacia las diez no pronunciaba ya mas que palabras entrecortadas y confusas. Después se calló, y, consumiéndose y enfriándose rápidamente entre los brazos de su hermana y de su amigo, un poco antes de las doce del día, sin exhalar un quejido, espiró. Su cara, que se había contraído en la agonía, se recompuso, quedando en actitud tranquila y sonriente, como si hubiera muerto resignado y sin sufrir. Y así lo vieron los muchos amigos que al día siguiente se sucedieron junto á su lecho de muerte, el cual parecía que apenas había cambiado de los días en que, creyendo aun que se curaría, alegraba á la reunión con sus epigramas. Y esto, al menos, le confortó en los últimos momentos, porque de todos los semblantes que se veían en la cámara mortuoria el menos triste era el suyo.

*
* *

Su muerte, casi ignorada en Roma, produjo en Turín un día de duelo universal, porque quitaba á la vida de todos una sonrisa, y afligió á sus amigos como una de aquellas desgracias de familia que dejan en la existencia un vacío que nada podrá nunca llenar, que no se compensará con nada. Un vacío grande, aunque no estuviese ya entre ellos, porque esperaban que hubiera vuelto á su lado para siempre, ó, por lo menos, contaban con sus frecuentes visitas. Ahora... ya no queda de él mas que un recuerdo. Se han ido con él veinte años de útiles trabajos, un tesoro de amenas distracciones, el ejemplo consolador y benéfico de la fustigación y castigo de la vanidad, la hipocresía y la perfidia. Todo se lo ha llevado consigo allá, al cementerio de Valperga, donde sus padres, pobrecillos, no esperarían que se les uniese tan pronto.

Y tan mal nos hemos resignado con su pérdida, tan grata nos era la costumbre de verlo, que hoy todavía, como en los primeros meses después de su marcha á Roma, nos dan ganas de buscarlo con la mirada por aquellas calles, á las horas á que acostumbrábamos verlo, esperando casi que él aparezca con un nuevo soneto en los labios, y, cuando se nos invita para una reunión de amigos, por poco si preguntamos como antes:—¿Irá Arnulfi?

Ciertamente que él no esperaría al morirse que su recuerdo quedara tan estrechamente unido á nuestro corazón como ha quedado. Como la familia cariñosa que conserva al ausente su puesto en la mesa, nosotros se lo conservamos á él: de continuo le nombramos en nuestras conversaciones, repetimos sus versos y reímos aún sus gracias como cuando estaba vivo y con nosotros. Y algunas veces nos parece que aún está presente, con aquellos ojos negros y aquella sonrisa, sin que nos parezca que le ha sucedido nada, sino que no habla ya; he aquí todo.

***

Ahora nosotros presentamos al público, y le recomendamos el libro de poesías, doblemente precioso, porque es la primera colección completa de los versos de Alberto Arnulfi, y porque es como una fúnebre corona hecha con las perlas de su ingenio, que los parientes y los amigos colocan sobre su sepulcro. En estas páginas está su fantasía, su corazón, su juventud, su vida toda. No presentamos sólo un libro, sino también un hombre. La dificultad del dialecto en que escribió no nos permite esperar que su poesía

pueda divulgarse tanto como creemos que merece. Pero hay en cada provincia personas estudiosas que se dedican con solicitud al movimiento de la original literatura de los dialectos; siendo además parte viva y característica de la producción intelectual de Italia, ayuda al perfecto conocimiento de la índole y de la vida nacional. Es, por otra parte, útil, y en cierto modo agradable, el estudio de un ingenio original en un lenguaje poco conocido, que vagamente lo vela y casi engrandece sus contornos.

Confiamos, pues, en que el libro será buscado con afán por estos italianos, que comprenderán al poeta, y si no por el pronto, con el tiempo, harán que sea apreciado en su justo valor. En lo que no tenemos duda alguna es en la acogida que pueda alcanzar en el Piamonte, el cual siente por sus poetas provinciales un afecto que le honra. Y aunque por la índole de su poesía y por razón del tiempo no esté destinado á la popularidad que ha alcanzado el más excelente de ellos, es digno de contarse entre los que inmediatamente le siguen. Alberto Arnulfi aparecerá, pues, como una flor hermosa y de vivos colores del ingenio piamontés, criada en la tierra natal, pero avivada por el aliento de la patria y coloreada por el sol espléndido de Italia. En medio de la honrosa pléyade sobre la

cual se destaca la colosal silueta de Angel Brofferio, veremos siempre la hermosa figura de Arnulfi, con aquella última expresión sonriente y resignada con la que nos parece oirle decir:

—Muero joven, pero seré sentido y recordado.





XIII

LOS DEFENSORES DE LOS ALPES

Al fin logré ingerirme en el último gran palco de la derecha en el momento que entraba también en él el Sr. Rogelli, llevando delante á su interminable prima inglesa la señora Penrith, que precisamente había venido de Turín con este objeto, y no encontramos ya mas que tres palmos de banco junto á la entrada, donde me esperaba hacía lo menos una hora el bueno del agrónomo que me había acompañado á Cavour. Rogelli estaba radiante. La idea del ministro de la Guerra de reunir en su ciudad natal, con ocasión de las grandes maniobras de verano, á los veinte batallones alpinos para celebrar el décimo aniversario de su creación con un solemne desfile ante el rey de Italia, era para él una idea *sublime;* en quince días no

había hecho otra cosa mas que pregonar este adjetivo por todos los cafés de Pinerolo, ofreciendo copas á cuantos le hacían coro, y vomitando metralla contra los periódicos que consideraron esto como un despilfarro del dinero público. Hay cabezas originales, ciudadanos pacíficos y maduros que se enamoran de un cuerpo de ejército, lo mismo que algunos artistas *dilettanti* de una determinada escuela de pintura, no se familiarizan mas que con sus oficiales, toman una tintura de los estudios que hacen éstos, repiten sus discursos, y al verlos y oirles, quien no les conozca, los toma por antiguos oficiales del cuerpo que adoran; lo cual es para ellos la más dulce de las satisfacciones.

El Sr. Rogelli era uno de éstos; su pasión eran los alpinos; pasión que le costaba los cuartos, pero que le llenaba la vida. Era íntimo amigo de los comandantes y capitanes, seguía á las compañías en sus excursiones por las montañas, convidaba á beber á los soldados, conocía á fondo el servicio, y tenía en la palma de la mano la topografía de las distintas zonas, y en la punta de los dedos la lista de reclutamiento.

No veía en el ejército mas que los batallones alpinos, y parecíale que sobre ellos descansaban todas las esperanzas de Italia. No era una locura de un instante, era su preocupación, su

manía; su amor á la patria tenía los vivos verdes, y se engalanaba con la pluma de cuervo. Era, por lo demás, una pasión franca y noble en el fondo, nacida del amor á la montaña, donde había crecido; de la simpatía por el ejército, en donde tenía un hermano, y de varios otros gustos y sentimientos de cazador, de acuarelista, de gran comilón y de buen hijo, confundido todo y avivado por una secreta llama de estro poético, que una vez al año daba señales de su existencia en algún mal soneto.

Por esto, aquella mañana estaba radiante de gozo, y apenas me vió me lanzó un sonoro:—¡Ea, ya estamos!—señalándome la larga fila de palcos adornados con banderas que el municipio había hecho levantar en la gran plaza á derecha é izquierda de la tribuna real. El municipio había dispuesto bien las cosas. El Sr. Rogelli se restregó las manos, quitó del brazo de la señora el canastillo de flores para devolvérselo en el momento oportuno, y tomó sitio en pie, apoyado contra el asta de la tienda, en actitud de general victorioso.

*
* *

El desfile debía comenzar á las diez. Los palcos se veían negrear con los trajes de los hom-

bres, y esmaltados de varios colores con los de las señoras, resplandecientes con los galones, y en continuo hormigueo, como si fueran enormes enjambres, y un mar de gente, en donde desembocan muchos torrentes, fluctuaba levantando gran rumor en el espacio que va desde la puerta de Turín á la puerta de Francia.

En las casas grandes de la plaza parecía que todos los habitantes de Pinerolo se habían amontonado, y como si quisieran deslizarse fuera de las ventanas, á la manera de gotas de un líquido comprimido por las paredes del recipiente, las terrazas semejaban enormes jardineras, rebosando toda clase de flores de montaña; y en las tribunas y por la plaza innumerables hojas volantes, en las cuales estaban impresos los nombres de los veinte batallones y los pueblos de donde se sacan, se agitaban por los aires y corrían de mano en mano, manchando con mil colores la multitud como si fueran grandes mariposas prisioneras. Desde el día de la entrada de Manuel Filiberto, Pinerolo no había vuelto á ver seguramente hervir tanta sangre ni palpitar tanta alegría dentro de sus muros. Con grande esfuerzo se había mantenido libre un estrecho espacio para el paso de los batallones entre los palcos y los pórticos; y aun este pequeño surco abierto á viva fuerza se cerraba continuamente, como si fue-

ra herida abierta que hiciese sufrir á la multitud. Los alpinos debían desfilar en pelotones, bajando del valle del Chisone: hacía dos días que estaban acampados allí; desde la abadía hasta Perosa todo el valle hormigueaba como si hubiese bajado un ejército del Delfinado. La cabeza de la columna estaba ya en las primeras casas de Pinerolo. Todo había marchado y marchaba bien, aun allá arriba, donde desde el alba se habían disipado, gracias sin duda á las severas miradas de Rogelli, las últimas nubecillas de un breve temporal de la noche pasada.

Al sonar las diez, anunciadas por cien toques de cornetas, que fueron acogidos con un aplauso que parecía el fuego de fusilería de una división, apareció el rey.

En el mismo momento se vieron asomar por el fondo de la plaza la pluma blanca del comandante del primer regimiento y las plumas negras del primer batallón.

Un ayudante de campo llevó la orden de dar principio al desfile, tocaron las charangas, la inmensa multitud se conmovió como sobrecogida por una corriente eléctrica, y luego todo fué profundo silencio durante algunos segundos.

El coronel del primer regimiento avanza. El batallón del *Alto Tanaro* se mueve.

Al aparecer los pompones blancos de la pri-

mera compañía estalló un aplauso y un viva que hizo retemblar la plaza, cayendo de tribunas y ventanas una nube de flores. Todos aquellos soldados, altos, fuertes, rubios en su mayoría, con sombreros calabreses y la pluma tiesa, con los vivos verdes, de aspecto vigoroso y ligero juntamente, y con aire como de otra raza, pero italianos sin embargo en los ojos, despertaron un primer sentimiento vivísimo de maravilla y de simpatía. Y fué más caluroso el aplauso porque era un batallón singular, compuesto de piamonteses y ligures, sacados de aquel triángulo de las antiguas provincias que se apoya en Oneglia y en Savona y toca su tercer vértice en Mondovi; hijos de la montaña y jóvenes de la marina, con caras blancas y morenas, ojòs rasgados y cabellos muy diversos. La multitud aclamó en tropel á todos los pueblos de ambas partes de los Alpes: —¡Viva Garessio! ¡Viva Albenga, Bagnasco, Finalborgo, Pamparato, Diano!

Y á todos se apareció en la mente, como visto por una rotura de la cadena de los montes, un declive gris de olivos, y el pueblo blanco circundado de huertos y bosquetes de naranjos que se destacan sobre el azulado mar moteado de velas. Desfilaban de una manera admirable; y al volverse todos hacia la izquierda de vez en cuando para corregir la alineación, mostraban

sus cabezas bien formadas, sus cuellos taurinos, las mejillas vivamente coloradas. La señora Penrith, llena de protectora benevolencia por Italia, prorrumpía en exclamaciones admirativas, diciendo que no habrían hecho mala figura al lado de la guardia de la Reina Vitoria. Rogelli ni siquiera tocaba con los pies en el suelo; parecía que á todos los hubiese formado y modelado él mismo. Exclamaba:—¡Qué fortaleza tienen esas cajas torácicas! ¡Qué armazón la de esos cuerpos!—Ponía por las nubes el sistema de reclutamiento; esto es, el ejército del porvenir. No eran batallones mixtos de gente de todas las provincias, eran pedazos animados de Italia misma, los que pasaban con sus nombres y con sus tradiciones, cada cual con su propio orgullo de familia, compenetrado con el amplio sentimiento del amor de la patria y del honor nacional.—¡Miren qué presencia de caballeros!—montañeses de cerebro recto, con los conceptos de lo mío y de lo tuyo perfectamente distinguidos; lógicos como cuatro y cuatro son ocho, de quienes se puede obtener todo, razonando, persuadiéndoles de que las faltas son «malos cálculos»; cariñosos para con sus oficiales, con los cuales adquieren familiaridad, sin abusar de ella, en la vida común de la montaña; nada disputadores, ni siquiera cuando beben; sanos y francos como el aire de sus valles.

—¡Viva Savona! ¡Viva Mondovi! ¡Viva Oneglia!—gritó la multitud. Y todo el primer batallón pasó entre aquellas rumorosas aclamaciones de la patria, que oía por vez primera tranquilamente, como si no fueran dirigidas á él; y enviando al rey de Italia el primer saludo de los Alpes y del mar.

***

Y avanzaron los pompones rojos de *Val Tanaro*, dos veces saludados por diez mil gritos. Me pareció que pasaba el primer batallón. No se veían ya las caras morenas de la marina. Le formaban los hijos de todos aquellos pueblos señalados por la historia, cuyos nombres son para nosotros como truenos y fulgores de rayo que iluminan el pálido semblante de Bonaparte: los hijos de Cairo, de Montenotte, de Dego, de Millesimo; de aquellos montes memorables donde los piamonteses disputaron el paso á Francia durante cuatro años, de precipicio en precipicio, de garganta en garganta. Eran soldados de las tierras donde el Genovesado y el Piamonte se tocan, confundiendo sus lenguas y sus costumbres; nacidos entre los altos bosques de castaños y de hayas, atormentados

por los vientos marinos que extienden por la soledad un lamento medroso y solemne, dignos verdaderamente de llamarse ligures entre sus vecinos de la marina, y piamonteses entre sus hermanos de Monferrato; firmes para el trabajo, dóciles á la disciplina, valerosos como muchos de sus padres que honraron la sangre italiana en la legión inmortal de Montevideo. Entre ellos venían los puros piamonteses de Murazzano, de Donesiglio, de Dogliani, los hijos de la altiva Ceva, dura en otro tiempo para ser dominada por Napoleón, y aquellos á quienes sus madres llevaron en mantillas á besar la virgen de Vico.

¡Viva Ormea!—gritó la multitud.—¡Viva Bossolasco! ¡Viva Sassello!

El agrónomo hubiese querido gritar:—¡Viva el vino Dolcetto!—pero confió su pensamiento á mí solo. Rogelli, conocedor de estos pueblos, recordaba las buenas cacerías de perdices y las grandes cestadas de criadillas de tierra. Y volvió á repetir sus elogios al reclutamiento alpino, gracias al cual una buena parte de los jóvenes de los batallones son antiguos conocidos. Se encuentran juntos el amo de la casa y su inquilino; y muchas veces, el propietario de una tierra, simple soldado, y su arrendatario, cabo; ó los hijos de dos concejales enemigos que se reconcilian en el fuego del vivac; ó también los dos

pretendientes á una misma muchacha, para quienes el servicio en el ejército es como un período de paz armada, después del cual renacerá con más ardor la lucha.

Es preciso oir sus conversaciones, ¡qué *sabor local!* Y ¡cómo comentan el *Pueblo* del sábado que trae la crónica del pueblecillo! —¡Miren aquellos zapadores! — exclamó rebosando alegría toda su alma al oir los aplausos que saludaban á los zapadores de la última compañía; ocho colosos que parecían haberlos elegido entre un millar, y que avanzaban majestuosamente con paso de comendadores de piedra, con el cuchillo en la cintura; armados con pala, pico, azadón y hacha; sonrientes y desenvueltos bajo aquella carga como si la llevasen por puro adorno. Y estalla un estrepitoso grito: —¡Viva *Val Tanaro!* — al cual contestó la multitud haciendo coro; y luego, volviéndose hacia otro lado, repitió: —¡Viva *Val Pesio!* — y la multitud á su vez: —¡Viva *Val Pesio!* —dirigiendo miradas al nuevo batallón que en el fondo de la plaza mostraba ya sus pompones verdes.

*
* *

El batallón *Val Pesio* se aproximó en medio del palmoteo y de los gritos de entusiasmo.

Eran otra vez piamonteses y ligures confundidos, paisanos del estadista Botero y del novelista Ruffini, del presidente Biancheri y del autor de *Monsú Travet;* hijos de Taggia llena de violetas, de Bordighera coronada de palmas, de San Remo festoneada de quintas; de todos los pueblos más encantadores de la ribera del poniente, y junto con ellos los soldados de Carrú, de Trinitá di Villanova de la Chiusa, gentes de voz ruda, de áspero dialecto y de fiera fisonomía.—¡Jóvenes de nervio y de cabeza!—exclamó Rogelli,—á las cinco semanas de servicio, son soldados!—¡Vinos fuertes y secos!—dijo el agronómo;—al cabo de cinco años de embotellados son una esencia de príncipes.—Son buena gente—observó la señora.—Son alpinos—respondió modestamente el primo. ¡Y cómo lo aprecian! Había usted de ver en el reconocimiento, cuando á un aspirante alpino se le dice:—Eres demasiado débil;—se enciende de rabia y de vergüenza.—¡Pero si soy capaz de llevar un par de mochilas!—responden, porque á toda costa quieren entrar en los batallones alpinos también; y se comprende, por no alejarse de casa; pero mucho más por amor propio ante las muchachas del pueblo á quienes quieren galantear con la pluma de águila en el sombrero. La señora hubiera querido retratar el batallón en una

fotografía instántanea. — Pero ¡ca! — exclamó Rogelli. — ¡Estos no son alpinos! — Era preciso sorprenderles en marcha, al presentarse ante un pueblo donde piensan bailar por la noche, cuando todos se reaniman y se aplican al sombrero las *estrellas de montaña*, que no hay manera de hacérselas quitar á estos Don Juanes ambiciosos y alpestres. Era preciso verles de lo alto, cuando forman una cinta negra y serpeante por las laderas nevadas de los montes, larga hasta perderse de vista, que se fracciona, se une y brilla, haciendo retumbar el valle desierto con risas y cantos repetidos por el eco de cien gargantas. Es preciso verlos desfilar como fantasmas por las altísimas cimas, velados y agigantados por las nieblas, ó hacer la cadena en los pasos peligrosos con la nieve hasta las rodillas, apretados por las manos unos contra otros, ó atados con las cuerdas por la cintura, ó también caminar contoneándose en medio de la tormenta, con el sombrero calado hasta los ojos, con el pañuelo atado alrededor de la cabeza, con el bastón empuñado, y los especiales zuecos en los pies, envueltos y cegados por la nieve, ó correr de noche por la montaña como un bando de locos, en medio de truenos y relámpagos, en busca de sus tiendas arrebatadas por el huracán. Es preciso verlos cuando algún compañero suyo se precipita no se sabe

dónde, cómo si se necesitan cuatro para salvarle, veinte arrojan instantáneamente su sombrero y su daga y están prontos á arriesgar su vida, oyéndose la voz de los oficiales que gritan:—¡Prudencia!... ¡Allá se ven los alpinos!— Y como si se hubieran oído aquellas palabras, la multitud saludó con un estallido de ruidosos vivas, que parecía el hurra de un asalto, al último pelotón de *Val di Pesio*.



Otra pluma de coronel blanquea ya en el fondo de la plaza, avanzando las pompones blancos del batallón *Col di Tenda*, los jóvenes nacidos entre las florestas sombrías y temerosos precipicios de los dos altos valles por donde saltan las aguas del Gesso y la Vermenagna; los gruesos Limontini con caras color de leche cuajada y de sangre, los hermanos de las Tendesas robustas que llevan como diadema alrededor de la cabeza rubia un lazo de terciopelo negro, y los pastores de la vasta meseta de Vallasco, plagado de flores azules y blancas, y de las montañas de Valdieri; muchos de los cuales, jovencillos, encontraron mil veces por sus empinadas veredas á Víctor Manuel solitario, vestido

de alpinista, saludándoles con el *ciau* familiar. Soldados duros, nacidos en pueblos de nombres duros, estridentes como mandatos militares: Entraque, Roccavione, Robilante, Roaschia; orgullosos como aquel municipio suyo que negó al rey por muchos años el privilegio de cazar en sus tierras. Y avanzaban á grandes pasos, calcando el pie como para probar la firmeza del terreno y mirando hacia adelante sin cuidarse de los aplausos ni de los vivas.—Estos sí que son sólidos—exclamó Rogelli.—Pedazos de roca; armazones de zapadores; treinta y tres kilogramos encima y listos como cabras; cuatro horas á cuatro pies buscando por la nieve los senderos cubiertos; tres días seguidos en medio de la furia de los temporales. Caídas para deshacerse la cabeza; arriba, y con un frote de nieve á las orejas, como si no hubiese pasado nada, y á veces con un compañero herido á las espaldas; y helados por el viento que corta la cara; y asaeteados por el sol que inflama las rocas; siempre firmes; y cuando llegan al sitio del descanso son capaces de echar á rodar la mochila por un precipicio para poder hacer la apuesta de volverla á recuperar, ó por el placer de deslizarse tres millas por la pendiente de un monte, sirviéndoles de trineo la chaqueta y agarrados á las mangas como á dos bridas. Y con todo esto, ¡en *ochenta y siete*

días seguidos, ni un solo enfermo en la compañía! Apetitos á lo Gargantúa y todos locos por el vino. Saben de memoria, como los días de la semana, los nombres y apellidos de los alcaldes y boticarios que tienen la buena costumbre de ofrecer un vaso á los valientes alpinos y las hospederías mejor provistas en que se sirve todo en un cuarto de hora; y á una pregunta de la señora:—¿y de cuartos?—respondió:—son los Nabab de los soldados, los alpinos; los padres, los hermanos que hacen fortuna fuera de Italia, piensan en ellos y llueven las letras.—¡Viva el batallón *Col di Tenda!*—Y, resonando este grito en un momento de silencio, despertó el eco de otros mil gritos, é hizo caer una nube de flores delante de los soldados del último pelotón, que las miraban maravillados, como diciendo:—¿Flores?... ¡botellas debían de ser!—Y el pelotón pasó chocando con el ala izquierda, lanzada por un movimiento ondulante del centro contra la empalizada de un palco, que rechinó como si hubiera sufrido un disparo de catapulta, provocando nuevo estallido de alegres gritos y de aplausos.

*
* *

Y he aquí que se oyen las rabiosas cornetas y

aparece la larga pluma de águila del comandante del batallón *Val di Stura*. Yo vi á lo lejos el severo pueblo de Vinadio, agrupado en la pendiente de la montaña como un puñado de gentes armadas para la defensa, y el fuerte amenazador en lo alto, y el camino estrecho en el fondo del valle, serpenteando sobre los movibles puentes y bajo las bóvedas, junto al torrente roto por las rocas; y más allá la siniestra garganta de las Barricadas, encharcada con sangre francesa, y la colina de la Argentera, resplandeciente por las legiones de Pompeyo. El agronómo vió, por su parte, el pueblecillo de Castelmagno en Val di Grana, célebre por su queso azulado, y las bellas colinas de Caraglio, cuyo vino conocía, *grueso, pero bueno*. El batallón atravesaba la plaza desenvuelto y ordenado, mostrando sus quinientas caras sonrosadas y viriles, sobre las cuales se pintaba un solo pensamiento. Mistress Penrith creyó descubrir en ellos una expresión general de tristeza, y preguntó si era aquella la índole de los habitantes de ambos valles.

—¡Usted se burla de mí!—respondió Rogelli riendo;—en este momento son unos impostores.—Era de ver, como él lo había visto, con qué loco furor, después de diez horas de marcha «efectiva», cazaban los cuervos por la ambición de aquellas dichosas plumas, ó luchaban

en hacer rodar peñascos por aquellos precipicios para ahuyentar de sus escondrijos á las cabras salvajes, con la esperanza de probar un bocado sabroso. Y describía las amenísimas escenas de los pastos: los alpinos allá arriba en la cima saludando alegremente la presencia de los mulos cargados en el fondo del valle, llamándoles uno á uno por su nombre, como si fueran hermanos; el toque de rancho acogido con cien gritos de alegría; apresúranse todos á buscar leña, y merodeando en media milla á la redonda, vuelven á los pocos minutos cargados de haces enormes y aun de troncos enteros de árboles; brillan los fuegos, hierven las escudillas de madera, los entendidos en culinaria sacan las hierbas recogidas por el camino, la calabacilla ó el tomate que de siete millas traen en el bolsillo, quizá el puerco espín cazado por la mañana; y quién grita, quién patea, quién sopla: aderezan salsas maravillosas y fritos increíbles; se atracan de fresas, se embadurnan la cara con el jugo de las moras y chupan la cantimplora hasta la última gota, y arriba, que ha resonado la corneta: treinta minutos había durado el festín entre prepararse y hacer el primer quilo de la digestión y hételos en fila otra vez, reanudando la subida, cortando rebanadas y triturando pan plácidamente para limpiar el canal alimenticio que al cabo de una hora volverá á gritar

socorro.—¡Brochi! ¡Brochi! ¡Oh, Brochi!—gritó de improviso Rogelli dando una gran risotada. —¿Quién es? ¿Qué ocurre?—preguntaron en derredor. Había visto en el último pelotón á un soldado conocido suyo, famoso comedor, privilegiado con ración doble y siempre atiborrado por sus compañeros, y siempre hambriento sin embargo. Pero su grito fué á perderse en el clamoreo general de la multitud, que daba su último saludo á *Val di Stura*.

***

—¡Señores, los hijos del Monviso!—gritó un estudiante. Era el batallón *Val Maira* que avanzaba; un batallón reclutado en el valle de aquel nombre y en los dos valles de Saluzzo; los nacidos y crecidos á lo largo de las humildes orillas del riachuelo que llevara al Adriático el tributo de diez ríos y de mil torrentes. Jóvenes de elevada estatura, de cara pacata y benévola, con aquel andar *fluctuante* de la gente habituada á subir, acostumbrados á emigrar en buen número durante el invierno á Francia, ó de descender al llano en la época de recoger las mieses y por la vendimia.

La multitud gritó: —¡Viva Val Varaita! ¡Viva Saluzzo! –La primera compañía recibió una cestada de myosotis de un grupo de señoras saluzesas asomadas á una terraza. Muchos soldados tenían entre la gente sus familias, que habían descendido de los montes para saludarlos. Los había nacidos en Crissolo, que de muchachos se habían arriesgado temblorosos en medio de las tinieblas de la gran caverna del río Martino, llena de misteriosos fragores; y de Paesanesi, habituados á indicar al forastero la legendaria casa donde espiró Desiderio; los montañeses de Casteldelfino, prácticos en la estupenda floresta de pinos, á los que debe el Monviso el bello adjetivo de Virgilio. Pueblos, barrios, donde todavía duran raras costumbres antiquísimas.

Varios de aquellos soldados, por ejemplo, los de Sampeyre, los habían llevado sus padrinos al bautismo con las espaldas envueltas en un pañuelo blanco, que simboliza su función mujeril Estos mismos, en la comida de los esponsales, habrían pasado de pie sobre la mesa para ir á dar un beso á la esposa, bajo la cofia cargada de encajes hechos en casa. Otros recibirán de ella, el primer día de matrimonio, el regalo consagrado del jergón, y su cortejo nupcial irá precedido á la romana por un jovencillo, llevando una rueca con lana. Y para mu-

chos el lecho nupcial será el primero en que hayan tenido el consuelo de estirarse, porque en sus pueblos, por tradición, el celibato no da derecho mas que á dormir en el pajar.

—¡Son esposas de buena pasta!—dijo Rogelli;—lo garantizo yo.—Y todos se echaron á reir menos él. Sí, seguramente; él los había visto trabajar sin mochila. Con la mochila hacían maravillas; sin mochila, prodigios. Suben por las más empinadas laderas, derechos como estatuas, con la respiración inalterable; caminan por entre montones de piedras movibles, haciendo equilibrio al borde de los precipicios; trepan por las nieves heladas, por paredes de piedra casi verticales, agarrándose á hendiduras y salientes pequeñísimas, á los relieves de piedra lisa apenas perceptibles, y bajo sus pies está la muerte y sobre su cabeza una cruz; ¡qué importa! Donde echan su mano es como una garra; donde plantan el pie queda como clavado, ¡y mientras los espectadores tiemblan, ellos sonríen!—¡Viva, viva, viva!—gritó con toda la fuerza de su garganta. Y viendo que la multitud no necesitaba excitaciones al aplauso, el buen entusiasta de los Alpes permaneció un minuto inmóvil, con la vista como perdida tras de la prepotente fantasía que lo transportaba quizá á los valles silenciosos y profundos, y á las grandes florestas de abetos de

donde habían descendido sus «hijos». Las «desgarradoras» cornetas de *Val Chisone* le conmovieron.

*
* *

Presenciamos entonces una fiesta de familia bellísima, un batallón que entraba triunfalmente en casa propia, soldados que habían nacido á un paso de Pinerolo, hijos del fuerte de Fenestrelle, de la sonriente Perosa, de la bella Giaveno, recibidos en su pequeña capital, donde les esperaban los padres, los amigos, las muchachas, que habían conquistado los primeros puestos entre la multitud á fuerza de codazos, y que llevaban esperando varias horas aquel ansiado momento: no había más gente extraña que los de Cesana y los de la ciudad de Rivoli, el Auteuil de Turín. Entre la multitud se veían muchas mujeres del valle alto de Fenestrelle, con aquellas extrañas cofias blancas, que parecen grandes yelmos de papel; muchas de aquellas pizpiretas montañesas de Pragellato, que en sus tradicionales bailes, á una nota convenida del violinista, se paran y dan y toman de la boca del bailarín un prolongado beso; y cientos de

muchachas de los talleres, con los ojos de fuego' y viejas caras de abuelos que quizá por última vez habían bajado de sus pueblos.

No esperaron á que pasase la primera compañía: estallaron al aparecer los zapadores. No parecía sino que habían pasado años sin verlos. Gritaban y reían, agitaban los brazos, llamaban á los soldados por sus nombres, se metían por medio de los pelotones, querían romper las filas. A los demás espectadores la conmoción les impedía aplaudir. La señora inglesa humedeció los adornos de su abanico con sus lágrimas. Creía que aquella expansión afectuosa fuese efecto de una separación larga. Pero Rogelli la desengañó. Se veían muy á menudo, quizá demasiado. Era el lado débil de los alpinos el pasar demasiado frecuentemente cerca de casa.

Se podía decir que las únicas faltas suyas eran las escapatorias. Enamorados con su rincón, como todos los montañeses, cuando ven á lo lejos el campanario de su lugar les fascina: saben bien lo que les espera después de la escapada, pero no importa; se escabullen y corren que les lleva el diablo, y luego vuelven cabizbajos y con la cara larga, resignados al castigo previsto, que cumplen sin resollar, rumiando los agradables recuerdos; y si á veces les contiene alguna cosa, no es el temor del castigo, sino el terror de ser descubiertos en la casa por la

benemérita, y tener que cruzar su propio valle y que la gente del pueblo les vea conducidos entre la pareja del tricornio.— ¡Pobres pájaros de montaña! — exclamó Rogelli. — Es preciso verlos luego, el invierno, en las grandes ciudades, donde jamás han puesto el pie, cómo resultan otra clase de gentes que parece como llovida del cielo. Vuelven del teatro aturdidos, se pierden por las calles en pleno día, corren como locos al oir la retreta, volviendo esquinas al azar, poseídos de verdadero furor, y ¡desgraciadas las costillas de los que sufran sus encontrones! Suspirando siempre por el verano, que los devolvera á sus montañas y á sus familias, les escriben larguísimas y fatigosas cartas en pliegos comprados uno á uno y siempre con el soldado alpino en el margen.

Ya había pasado entretanto el batallón *Val Chisone*, y los soldados de los últimos pelotones se sacudían presurosamente del sombrero y de los hombros los rododendros y las margaritas que caían sobre ellos, juntos con los recuerdos de la familia y del amante, en presencia del rey.

*
* *

Otra endiablada música de cornetas, otro ba-

tallón de atletas sonrosados, y otra vez mil exclamaciones unidas en un solo grito:—¡Ahí están los Valsusini!—El batallón *Val Dora* avanzaba, el mejor de los hijos del famoso valle, del canal de los ejércitos, al cual da nombre la vieja Susa, *llave de Italia y puerta de la guerra* que vigila los caminos del Monginevra y del Moncenisio, y guarda los Alpes Graie y Cozie. Eran jóvenes de todas partes del largo valle, del abanico de vallecillos que se abre alrededor de la fría Bardonecchia, hasta los bellos lagos de jardín que dan gracia y fama á Avigliana.—¡Qué buenas columnas!—exclamó Rogelli enorgullecido;—¡verdaderas pilastras de catedral!—Y así eran en efecto. Allí se encontraban en medio los intrépidos pastores que habían pasado su adolescencia guiando ovejas entre los aquilones que flagelan las cimas del Rocciamelone y de la Ciamarella; los trabajadores tenaces de las minas de Bussoleno; los membrudos campesinos de Oulx, nacidos y petrificados en el fondo de un cruel sepulcro de montañas. El agrónomo dejó escapar una exclamación solitaria, que era como el fragmento vocal de un soliloquio mudo:—El vino de Chiomonte... ¡Ah, lo creo!—¡Usanza agradable! —dijo como para sí Rogelli.

Allí estaban los soldados de Gravere, que cuando se presenten en casa de la esposa para

llevarla á la iglesia, hallarán en la puerta una vieja contrahecha y harapienta, que pretenderá ocupar el lugar de la muchacha, entablando un diálogo de comedia, hasta que la vieja arroja á la cara del joven un pastel de arroz, escapando á correr á celebrarlo con sus compañeros. Los de Mompantero, por el contrario, tienen la facilidad de poder calcular la dote de las muchachas por el número de listas rojas que llevan en el fondo de la falda negra en los días de fiesta. Otros verán escapar de la iglesia á la esposa después de haber pronunciado el *sí*, y tendrán que ir á buscarla durante muchas horas hasta encontrarla en algún escondrijo... que de antemano conocían. También había en el batallón jóvenes de San Giorio, los cuales, el día del santo patrón de la caballería, acompañan la procesión vestidos con todo género de disfraces carnavalescos, blandiendo monstruosos espadones y golpeándose por la calle, haciendo cabriolas y dando brincos hasta que, rebelándose contra su jefe, lo matan y lo cubren de hierba, eligiendo otro que es llevado en triunfo. ¡Quién había de decir que aquellas fisonomías serias y aquellos ojos fijos habían de inventar semejantes fantochadas!

Gente original á quien las montañas enormes, los extraños juegos de la luz y las espantosas oscuridades de los sitios donde viven, les arras-

tran á las supersticiones. Y creen y cuentan historias milagrosas en que se abisman los montes y ocurren terribles apariciones, y consultan con las brujas y hablan con los muertos por la noche.—Sí, señores, con esas caras que ustedes ven—gritó Rogelli, mirándoles con su paternal sonrisa.—Y llevarán en las marchas los bolsillos llenos de minerales para su teniente, ó una marmota viva, ó un miriagramo de hierba para hacer su cama; pero un cráneo que encuentren entre las rocas, para el museo alpino del comandante, jamás... ¡Ah, simplones de mi alma! ¡Viva vuestro semblante! ¡Viva Val Dora!—Y la multitud repitió con entusiasmo:—¡Viva Val Dora! ¡Viva Susa! ¡Viva Avigliana! —hasta que fué atronada por las trompetas infernales de *Val Moncenisio*.

*
* *

Era el batallón gemelo del de Val Dora, reclutado en la misma Comba de Susa y en los tres valles hermanos por donde descienden rumorosos los tres ramales de la Stura di Lanzo, y sobre las colinas amenas de Corio, de Rivara, de Fiano, de Ceres, sembrados de pueblos floridos y de quintas. ¡Oh memorias hermosas de gi-

ras domingueras, de cenas bajo los emparrados y de bailes en los iluminados jardines! ¡Bellos valles cubiertos de frescos bosques, y santuarios altísimos resplandecientes como perlas blancas sobre el inmenso manto verde de la montaña! Al ver las caras de color de granada de aquellos soldados, venía al pensamiento las florecientes amas de cria de Viú, cubiertas de joyas como vírgenes; y esparciendo en derredor olor á leche y á salud, las graciosas montañesas de Lemie, con su sombrero de fieltro negro caído con valentía sobre una oreja.

Me pareció reconocer á muchos de ellos, haberlos visto cuando muchachos, con las abarcas en los pies, descender por las sendas cubiertas de nieve que conducen á aquellas pobres escuelas del valle por cuyas ventanas no se ve el cielo. Seguramente había entre ellos frecuentadores de la salvaje Comba, donde iban á cazar osos los príncipes de Saboya; alguno de los que viven bajo la amenaza perpetua de la Roccapendente, y otros nacidos en aquella triste aldea de Bonzo, la cual no ve el sol durante sesenta y nueve días del año. ¡Cuántas peripecias no les habrían pasado ya á los veinte de edad! ¡qué pruebas tan duras no habría sufrido aquel temple tan gallardo! Los hijos de la última Balme más que todos; muchos de ellos podrían contar horrendas historias de padres aplastados por

los desplomes, y de tristísimos meses de prisión, transcurridos en las casas sepultadas bajo la nieve, entre provisiones acumuladas como para un asedio, que podía acabar en la muerte. —Ahí están los huérfanos, de los aludes, de las grandes avalanchas—dijo Rogelli irguiendo la cabeza.

La señora Penrith les arrojó un puñado de siemprevivas.—¡Viva Lanzo!—gritó de repente la multitud.—¡Viva Viù!—¡Viva Groscavallo!—¡También los hijos de Groscavallo pasaban; los descendientes de los audaces minadores que los duques de Saboya llevaban consigo en las guerras, los hijos de Chialamberto, del llano de Usseglio, de Ala de Stura, que descienden en el invierno á partir leña ó se van fuera de Italia á ganarse la vida en los oficios más duros, con la única suprema ambición de lograr poner cuatro piedras de sus montes unas sobre otras, para morir cobijados por ellas diciendo:—Muero en mi valle y en mi casa.

El amor apasionado por sus montes era también el que hacía arraigar en todas aquellas cabezas un solo propósito, que se hacía ostensible en los ojos fijos y en las frentes arrugadas: el empeño de mantener las filas derechas y paralelas como tiradas á cordel, para que se dijese: —¡Qué bien han desfilado los de los tres valles de Stura!—Y los quinientos montañeses pasa-

ron alineados como veteranos, contestando apenas con una ligerísima sonrisa, que no turbaba la inmovilidad de sus ojos, á las aclamaciones de la multitud, la cual les siguió con la mirada y con los vivas, hasta aparecer por la otra parte de la plaza una nueva pluma blanca de coronel que anunciaba los hijos de otros valles y de otras montañas.

*
* *

Por el movimiento que se echaba de ver en la muchedumbre era de presumir que el primer batallón que se presentaba fuese de conocidos y vecinos. Era el del *Val Pellice*, en efecto, formado de jóvenes de Torre, de Bobbio, de Rorá, de Angrogna, de la flor de los montañeses excomulgados. Habiendo olvidado ya, sin embargo, el pasado, y viniendo al mundo diez años más tarde de la redención civil de sus padres, y mezclados con los hijos de la Rocca di Cavour, á los paisanos de Pellico, de Denina y de Brignone, y á los soldados de Cumiana y de Villafranca.

Apenas se presentó el primer pelotón, alguien lanzó el grito de:—¡Los Valdesi!—Y es-

te grito, la idea de ver confundidos con los demás á aquellos soldados, y en un batallón que llevaba el nombre de su valle, destinado á combatir en sus mismas montañas en defensa de la patria de todos, fué como una chispa que inflamó el espíritu prorrumpiendo en altísimos gritos y sentimientos generosos.

Centenares de cofias valdenses blancas se agitaron en medio de la multitud; de una ventana arrojaron una corona con el emblema de la antorcha de la fe; y mistress Penrith, puesta en pie, con gran esfuerzo pudo contener un grito de entusiamo protestante. Cinco barbudos ministros de los valles que estaban en un ángulo del palco se levantaron descubriendo sus cabezas.

Por la mente de Rogelli cruzó, sin embargo, un pensamiento bien triste.—¡Quién sabe cuántos de éstos tienen ya metida en la cabeza á América!—Al agrónomo le había entrado en la cabeza en cambio el vino de Bricherasio, como si el hálito de aquellos soldados hubiera trasportado hasta su nariz el aroma.—¡Qué tranquilidad, qué placidez muestran—observó la señora—en medio de tantas demostraciones!—¡Qué quiere!—replicó Rogelli;—son alpinos. Todos son iguales. Lo ven y lo oyen todo, sin embargo, no lo dude, como cuando están en la montaña. Suben silbando y como distraídos; nada

se escapa, á pesar de esto, á su oído y á su mirada: ni el pedrusco que faltaba al lado del camino el año antes, ni un atajo que pueda ahorrar cinco pasos, ni un foso que en el otro lado del valle será preciso saltar al cabo de una hora, ni el sonido de una voz tán lejana que para nosotros pasaría inadvertida aun animorando en una milla la distancia. ¡Ah! ¡Los sentidos de los alpinos, señores, son prodigiosos! Donde nosotros no llegamos á distinguir una casa de una peña, distinguen ellos una mujer de un hombre; olfatean las hierbas para la ensalada á diez metros de distancia; oliendo descubren el agua oculta y la niebla que principia á levantarse; adivinan la vereda invisible, preven la sima lejana; comprenden por el rumor del torrente si se puede vadear ó no; os señalan la lluvia y la nieve donde seríais incapaces de ver una granizada de quesos de Holanda, y son capaces de reconocer las huellas de un saltamonte. Y todo esto lo son esos, precisamente esos lobos de montaña—exclamó señalando á los soldados. En el mismo momento los lobos de la primera compañía desfilaban ante el palco regio y los de la última, por delante del nuestro, irguiendo su amplio busto y su frente valerosa, á la amorosa caricia de la patria.

*
* *

¡Adelante el batallón *Val d'Orco!* ¡Adelante el bello Canavese verde, madre de los vinos generosos y de los gallardos trabajadores de franco espíritu y de sangre ardiente, impetuosos en la ira y en la alegría como las riadas del *Agua d'Oro!* ¡Adelante los infatigables caldereros de la sonora Cuorgné, los fabricantes de cucharas de abeto de la solitaria Ceresole, y los trabajadores de las viñas que, con sus alegres canciones, rompen el silencio de los castillos de Aglié y de Valperga! En medio de éstos iban los montañeses de la industriosa Val Soana, los gitanos del Piamonte, dispuestos para todas las artes y oficios, y hablando entre sí una jerga truhanesca; y los de Valchiusella, joviales y corteses y de hermoso aspecto; los trabajadores más tenaces de los tres valles, los cuales, en compensación de no poder pronunciar la *ese*, poseen las muchachas más apetitosas de la región; carillas provocativas de santitas pecadoras; las de Rueglio, vestidas con una falda ceñida por delante y recogida detrás en mil menudos pliegues, y un justillo bordado sobre el que se apoyan y tiemblan los más sólidos tesoros del Canavese.

La muchedumbre saludó con gritos de alegría:—¡Viva Ivrea! ¡Viva Castellamonte! ¡Viva Locana!—cuando una estentórea voz del palco inmediato gritó:—¡Viva Pietro Micca!—

¡Voto á Dios! que tenía razón: estaban en el batallón los hijos de la Manchester de Italia, los paisanos de Quintín Sella; estaban los jóvenes de Val D' Andorno. Mil exclamaciones brotaron á una:—¡Viva Micca! ¡Viva Andorno!

Y todos los ojos escudriñaron en medio de las filas á los habitantes de aquel fresco paraíso de Val del Cervo, arreglado y limpio como un parque real, donde todos saben leer y nadie pide limosna; buscaron á aquellos albañiles de nacimiento, á aquellos mineros de instinto, á aquellos canteros engendrados y paridos de propósito que van á formar su hucha y á honrar la fibra italiana en todas direcciones: otros tantos toscos Quintines por su valor, pertinacia y buen sentido; y á todos se les vino á la mente la imagen de sus grandes muchachas, capaces de subir sobre sus espaldas á su amante hasta la cima del Mologna, con un color blanco sonrosado que parecen pintadas por Rubens, con ojos de color de zafiro y el pañuelo de colores atado alrededor de su blanca frente, y aquellas mangas de camisa, abiertas en el codo, que dejan ver los brazos de luchadores.—¡Ah, qué hermosura de batallón!—exclamó Rogelli.— —¡Ah, el buen vino de Valdengo!—suspiró el agrónomo, y la señora echó al aire una rosa, diciendo:—A Prietro Micca.—Y la multitud dejó escapar un largo grito, en el cual palpita-

ba el afecto por el salvador de Turín. Y todos aquellos jóvenes pasaron sonriendo de gratitud, como para decir que en los países remotos donde habrían ido á ganar su pan para la vejez, no habrían olvidado el grito aquél.

*
* *

En este momento se alzan ante nosotros los cuatro prodigios de los Alpes: fué como una rapidísima deslumbradora visión del monte Rosa y del monte Blanco, del Cervino y del Gran Paradiso, de diez valles de cien lagos, de mil picos y de formidables abismos, y de castillos almenados, y de torres y de arcos romanos, y de vastos bosques de abetos, y de pinos blanqueados por la luna y arrancados de cuajo por el huracán de los ventisqueros. Bien venidos sean los graníticos hijos del gran valle. A todos les pareció ver deslizarse por entre las filas las sayas rosadas de las muchachas de Gressoney, y alzarse los amplios sombreros redondos y los caprichosos gorros negros de las montañesas de Challant y de Cogne. Y todos oyeron pregonar el nombre de sus pueblos, los guías de Valsa-

varanche y los pastores de Valpellina y vendimiadores de Valtournanche y los limpia-chimeneas de Rhêmes, los tejedores de Valgrisanche y los hijos de Aosta, todos, italianos de corazón por diferente que sea el lenguaje que en sus labios suena, y valientes todos en la pelea, como sus padres de la antigua brigada, á quienes el Piamonte venera todavía.—*¡Viva Aosta la vieja!*—gritó la multitud,—¡Viva Crodo! ¡Viva Domodossola! ¡Viva Val Sesia! Porque también estaban en el batallón los hijos de aquel noble valle, sobre el cual se exhala como un aura gentil, la gloria de Gaudenzio Ferrari, que suscita y mantiene vivo en las almas más incultas un sentimiento amoroso del arte; de aquellos abismos profundos y tranquilos desde donde se ve como al alcance de la mano sonreir y enrojecerse el monte Rosa al primer beso del sol; de todos aquellos pueblos hermosos de lengua y de aspecto alemán, que cada uno presenta como una flor propia un traje de mujer gracioso, lleno de colores y de originalidad.

Pasaban los cazadores de águilas y de marmotas, estuquistas y canteros: jóvenes altísimos, con sus cabezas rubias como el trigo: los naturales de Fobello, que goza fama de producir las muchachas más hermosas de los Alpes, graciosamente coronadas con cintas verdes y bermejas que cuelgan por las espaldas; los her-

manos, los novios quizá de aquellas fuertes Margaritas del valle alto de Sesia, que visten justillos escarlata y negros, recamados de oro y plata, resplandecientes al sol como corazas de princesas guerreras. Y la multitud gritaba:—¡Viva Ivrea! ¡Viva Vercelli! ¡Viva Novara!—Era el último batallón piamontés que pasaba, los últimos hijos del gran arco de los Alpes que va desde el Monte Rosa al Colle di Cadibona; los pechos latieron con más fuerza; las flores caían con mayor densidad; los saludos tomaron la entonación de un adiós, y se prolongaron... Cuando á un toque de las nuevas trompetas, que vino del fondo de la plaza, toda la multitud se volvió hacia aquel punto impetuosamente, alzándose hasta el cielo un único clamoreo:—¡La Lombardía!

*
* *

Fué una aparición espléndida y querida, una oleada de poesía *manzoniana* que inundó nuestra alma: el batallón Valtellina, los hijos del Resegone, ¿quién no los conocía? los compañeros de Lucía, de Enredapleitos y de D. Abundio; cuyas hermanas y sus amantes llevaban to-

davía en las trenzas la corona de largos alfileres y el pecho de brochado con flores y la falda de hilo de seda deshilachada. ¡Ah! estas habrían hecho una merecida acogida á los del conde Rambaldo! Buena y valiente Valtellina, que se vanagloría de no haber dejado de combatir en una sola batalla nacional, desde 1848 hasta el 76, sin hacer correr un arroyo de su nobilísima sangre. *Devota morti pectora liberae,* todavía, como contra las legiones de Claudio Marcello y de Publio Silo. Avanzaban y nos parecía atraerlas con la fuerza de la simpatía profunda que nos inspiraban. La multitud saludó al batallón con un grito de alegría. Eran buenos soldados, de aspecto montañés; extraordinariamente serenos y casi de alegres semblantes, hacían pensar en quinientos Lorenzos (de *Los Novios,* de Manzoni) vestidos de día de fiesta, yendo á preguntar por *el día* suspirado al cura.

El agrónomo, por su parte, pensó en el buen moscatel blanco y gris de sus pueblos, lamentándose de la criptogama que había arruinado aquellos preciosos viñedos para diez años.—¡Ah, si estuviese vivo Donizetti!—exclamó Rogelli; —Donizetti, que *sentía* la montaña, ¡qué marchas hubiera compuesto para su batallón alpino!—Allí venían paisanos de Tomás Grossi, jóvenes crecidos en los jardines deliciosos de Bellagio, hijos de las tres parroquias de la orilla

occidental, y de la *llanura infame,* y de la desventurada garganta de vía Mala, confundidos los pescadores de Riva con los trabajadores de la bella y selvática Valassina, cerrada por el abrazo amoroso del lago, y con los pastores de los montes bergamascos, habituados al fragor de la cascada del Brembo, ó descendidos de los pueblos que primero sintieron el rumor y el eco del juramento de Pontida.—¡Buena y brava gente!—dijo Rogelli;—pechos de acero y corazones de oro, tan hermosos al verles ofrecer su mano al huésped, como cuando la levantan sobre la cabeza del enemigo.

Muchos de aquellos soldados tenían padres y hermanos en la Nueva Zelanda ó en la Australia, donde trabajan en la corta de bosques y en las minas, y recibían fondos de allí; y no pocos de entre ellos hubieran ido quizá, pero para volver seguramente, porque para la patria ellos invierten el proverbio «lejos de los ojos, cerca del corazón». ¡Una rosa á la Valtellina, mistress Penrith!—¡Vivan los valtellineses!—gritó la multitud.—¡Viva Lecco! ¡Viva Bergamo! ¡Viva Chiavenna!—Y nos parecían más hermosos y más triunfantes aquellos soldados italianos, porque veíamos con la fantasía, más allá de ellos, como un fondo oscuro en cuadro alegre, la miserable Lombardía de otros siglos; y llovían flores de todas las ventanas y de todos

los palcos; y brillaba en los ojos de todos una sonrisa, una expresión de inusitada alegría, como si viesen en el horizonte la orilla maravillosa del lago de Como, que huye sobre las aguas y bajo el cielo rosado.

*
* *

Otro batallón y otra visión. A la derecha se levantan los montes escoceses altísimos que ciñen por el Septentrión á Val Brembana y á Val Camonica y las cimas blancas de la garganta del Tonale, más allá de la cual está el Tirol alemán; se alza á la izquierda la muralla inmensa de los Alpes, una fuga de conos y de agujas que hienden las nubes, un conjunto prodigioso de glaciares más allá de los cuales se encuentra el cantón de los Grisones; y entre estas dos formidables paredes salta el Adda, joven y desenfrenado, disputando el fondo del valle al gran camino que sube de la llanura lombarda á las cimas del Stelvio, trasponiendo la cadena entera.—¡Viva la alta Valtellina!—se oye gritar por todas partes y de un extremo á otro de la plaza.—¡Viva *la madre de los valles!*—gritó Rogelli.—Ahí estan los hijos de aquellos temerarios tiradores, los famosos que condujeron por

el paso de Reit la columna Zambelli para sorprender á la compañía austriaca en el sitio fortísimo de los Baños Viejos. Hay jóvenes de la garganta del *Puente del Diablo*, que de niños han visto huir á los austriacos bajo los tiros de fusilería de los guardias nacionales de Guicciardi.—¿Y no os entusiasmáis?—pregunté al agrónomo. Este respondió que no conocía los vinos del valle. Pero admiraba el aspecto guerrero de los soldados: carnación más sanguínea, ojos y cabellos más claros que los del batallón del valle bajo, caras huesudas y graves, en las que parecía verse impresa la austeridad salvaje de sus lugares nativos.

Eran vigorosos montañeses de la hermosa cuenca de Sondrio y de los solitarios valles del Livrio y de Venina, jóvenes nacidos en la espantable belleza de Val Malenco y á las faldas del monte de las Desgracias; hijos de Bormio, llena de torres y triste hoy por su decaída gloria; crecidos en aquel laberinto de valles, de laderas, de gargantas, de abismos, alegría y desesperación de los alpinistas, que se extienden y se levantan en torno de Bormio hasta el grupo de los gigantes, con la cabeza eternamente blanca, entre los cuales impera el titán Ortler.—*¡Ludri!*—gritaba Rogelli lleno de entusiasmo;—muchachos con las piernas de acero y con el hígado de bronce, que arriesgan su vida por

llegar á arrancar las últimas briznas de hierba sobre las últimas rocas que penden encima de sus pueblos; hércules que después de una marcha capaz de reventar á los mulos, piden un permiso de doce horas para ir á pasar una y media en su casa, y saliendo á pie á la media noche, vuelven al campo á medio día, á restituir la pluma de águila que un compañero les ha prestado para impresionar á la novia.

Este detalle hizo echar al aire el pañuelo á la señora Penrith, que se atrajo una mirada de reconocimiento de un cabo de la tercera compañía. Muchas personas se pusieron en pie; las aclamaciones redoblaron. Algunos gritaban al acaso nombres desconocidos de los pueblecillos metidos entre las breñas, nidos de fabricantes invernales de sillas y de cunas, en los cuales el maestro es médico, posadero y escribano; algún soldado, al oir aquellos nombres, volvía la cabeza con una vaga expresión de curiosidad y de complacencia; y entonces muchas voces y muchas manos lo saludaban. Y así pasó la última compañía, ensordecida por los vivas, empujando á derecha é izquierda, con sus inflexibles pelotones, las irruptoras olas de la muchedumbre.

*
* *

Se siguieron algunos momentos de silencio, y luego estalló una tempestad de voces humanas, cuyo eco lleva uno en el alma por toda la vida. Eran los hijos de la *leona de Italia;* era el batallón de la valerosa Val Camonica, que se acercaba, bello, apretado, soberbio, con variedad de singularísimos tipos; —desde jóvenes atléticos, de cara ancha y derecha, de nariz encorvada y de ojos negros, que revelan la inmigración umbra y etrusca en Val dell' Oglio,—hasta las prolongadas figuras rubias, de semblante redondeado y ojos celestes, que acusan las trasfusiones de sangre eslava, longobarda y alemana; un batallón en verdad admirable, un torrente de sangre caliente y generosa, de juventud poderosa y audaz, orgullosa del nombre bresciano, pronta á dejarse arrebatar, tanto de la ira como de las inspiraciones de los más nobles sentimientos, y cuyo lenguaje, cortado y vibrante, trasluce la bondad resuelta y sincera. En el altísimo grito —¡Viva Brescia!—que levantó la multitud, iba un saludo á los héroes de la gran defensa de 1849; —los soldados lo comprendieron, y todos aquellos ojos brillaron como carbones encendidos. Eran habitantes de los ásperos montes horadados como madréporas por las entrañas de hierro; hijos del solitario Bagolino, descendientes de los *bellicosissimi hominum* respetados por Bruto, y arries-

gados cazadores de osos de Monte Vaccio y robustos pastores de Mú y de Saviore: eran trabajadores en metales, de Val Gobbia, trabajadores en mármoles, de Rezzato, canteros de Cortenèdolo, y caborneros de Pezzo, crecidos bajo la sagrada selva de los abetos colosales y otros árboles gigantescos, de los cuales desciende al valle de noche, el cura fabuloso que crece de estatura á cada paso. Y se nos ofrecía á la fantasía el romántico lago de Iseo, mientras pasaban, y el Idro alto y triste, y la cara tétrica del Lago Negro y los argentados reflejos del Lago Blanco, y la pequeña Saló, madre graciosa de fuertes hijos; y todas aquellas colinas y todos aquellos valles, enrojecidos en otro tiempo de enseñas y sangre garibaldina, cuyos nombres hicieron latir tan fuertemente nuestro corazón en 1866; y con los toques de las cornetas oíamos silbar el viento por entre las espesas selvas de aquel pequeño Edén alpestre de Val de Scalve, y rugir, precipitándose, el furioso Ario, coronado de millares de arcos iris.

¡Quién sabe si quizá entre ellos había algún soldado del inolvidable pueblecillo Cimbergo, colgado de altísimas rocas como un nido de águilas, ó el oficial que bautizó con el nombre de *paso de la décima tercera* al pie del Monte Adamello! Rogelli los conocía á todos; llamaba á los sargentos por su nombre; saludó con efu-

sión al comandante de la afortunada compañía que goza del verano á la sombra de los colosales castaños de Edolo, en el lugar antiguo por donde pasaban los peregrinos que se dirigían á Roma y á Tierra Santa; y no oía la insistente voz del agrónomo que le pedía noticias del vino de Volpino, mientras la multitud gritaba frenética, agitando pañuelos y sombreros:—¡Viva Val Camonica! ¡Viva Brescia! ¡Vivan los héroes de 1849!—y los dos últimos pelotones pasaban con el alma y los ojos vueltos hacia el rey, dejando una tempestuosa agitación en toda aquella sangre italiana.

***

Otras trompetas resuenan; se oye un nombre, y mil imágenes nuevas, como si fuera un golpe de infinitas chispas de colores, brillaron en nuestra mente: verdes colinas, antiguas torres, un gran río, Julieta, el Anfiteatro, las tumbas, Dante desterrado, Catulo, y los grandes cuadros del Veronés. ¡Cuánta Italia! Las compañías de los *Montes Lessini* avanzaban; jóvenes altos, de formas robustas, esbeltos y de ojos vivos; nacidos en su mayor parte sobre aquellas benditas colinas que oyeron retumbar el cañón

de la esperanza el año 1848, el 59 y el 66, y otras tres veces vieron desvanecerse las esperanzas mismas en el horizonte con el humo de los últimos cañonazos.

La muchedumbre les acoge con una estrepitosa salva de aplausos y de vivas, dominada por el hermoso nombre de Verona.—Son caras simpáticas—dijo la señora;—se ve ya el tipo veneciano.—Los hay que han nacido en Valpolicella—respondió el agrónomo sacudiendo la cabeza como para decir:—¡Afortunados mortales!—Rogelli entonó himnos á las bellezas de los montes Lessini, vestidos de verde esmeralda, cuajados de centenares de casas de labor, donde se bebe una leche digna de ser bebida por un príncipe, de la cual los alpinos se dan sendas panzadas. El había estado el año anterior con una compañía alpina en el valle de Bertoldo, donde nació este hombre ilustre, y había ido á asomarse á la gran sima del espacioso valle de Campegno, á aquel espantoso pozo donde se conserva eternamente el hielo, y había arrastrado hacia atrás por los cabellos á uno de los endiablados chiquillos que hacían títeres sobre el mismo borde.

Había frecuentado las cuatro compañías, compuestas de mozos de todos los sitios del Veronesado, de las últimas alturas del reino, que nacieron á las suspiradas puertas del Trentino; cultivadores de los campos de batalla de Pas-

trengo y de Rivoli, crecidos en las alturas azotadas por el viento desde donde todavía amenazan la campiña los arruinados castillos de los Scaligeros.—¡Qué país tan bello!—exclamó.—¡Oh Caprino! ¡Oh Bardolino! ¡Oh Pietro Incariano!—¡Ah! ciertamente se podía hacerle eco. ¡Oh monte hermoso de la Roca di Garda, con los derrumbaderos vestidos de olivos y de mirtos que se retratan en las aguas! ¡Oh delicioso jardín de Italia, monte Baldo glorioso de inconmensurables raíces, que por una parte ves á tus pies el majestuoso descenso del Adigio, cuyo abrazo espera ansiosa su amada metrópoli, y por otra aquella belleza infinita de islas y de penínsulas, de castillos y de puertos, y de inaccesibles breñas y de hoscas selvas y de barcos que se deslizan sobre los límpidos cristales del Benaco, y las crestas furibundas que levantan hasta tu cabeza el mugido de la tempestad! ¡Hermosa y amada tierra, amada con un amor sagrado y triste de quien te vió por vez primera desde las ensangretadas alturas de Monte Groce!—*¡Bellos y queridos hijos llenos de corazón y de buen humor!*—exclamó Rogelli. ¡Estarían en marcha todo el día para poder bailar toda la noche! Y contó que mientras él llegaba muerto á la cumbre, ellos hacían salir á las montañesas no se sabe de dónde y bailaban al son de la corneta y á la luz de la luna durante

tres largas horas, y luego todavía iban á suplicar al capitán que les concediera una polka final, con el aire de quien solicita que le perdonen la vida.—¡Vivan los alpinos! ¡Vivan los Montes Lessini! ¡Viva Verona!—Y una multitud de flores descendió sobre los talones de las filas últimas, que desaparecieron en la polvareda de la plaza juntamente con la visión del Lago de Garda.



El batallón *Val di Schio* se aproximaba. A su presencia nos pareció sentir el estrépito difuso de los talleres y ver surgir en las faldas de los hermosos montes de Vicenza centenares de casas de operarios flanqueadas de huertos: una pequeña ciudad americana llena de escuelas y de institutos benéficos, donde hormiguean los trabajadores de la lana, con el periódico extendido entre sus manos; y delante de todas las alturas la forma graciosa de Monte Summano, coloreado de flores. El gentío se puso delante de ambas partes, ansioso de verlos y gritando ¡viva Vicenza, viva Schio, viva Thiene! Eran soldados vivarachos, caras expresivas, fisonomías de

montañeses sagaces y razonadores. Rogelli se vanagloriaba en distinguir un valle de otro, en reconocer los valdagueses, de origen septentrional, bajados de los escarpados montes de Recoaro, de los del valle angosto del Astico, nacidos á la sombra del *Capel del Dose*. Pero era pura vanagloria. El batallón, por lo demás, presentaba una notable variedad de caras, y todos los matices imaginables del rubio en los cabellos y del rojo en las carnes.

Eran jóvenes resistentes como robles, dignos brotes de aquellos invencibles campesinos del Canal de Brenta, que hace tres siglos trabajan en convertir en campos fecundos las desnudas rocas; hijos de la antigua liga de los Siete Comunes, gloriosa con sus quinientos años de gobierno autónomo y de su fidelidad caballeresca á San Marcos; robustecidos con las auras, "preñadas de vida", de los bosques y de los pastos de la fértil meseta que se levanta entre la provincia de Vicenza y Valsugana. ¡Quién sabe! Quizá había varios entre ellos nacidos en aquellos pueblos á desmano, donde todavía se habla el dialecto cimbro; ciertamente habría alguno de aquellos huesudos y ágiles montañeses que arrastran los trineos desde el bonito pueblo de Enego hasta el fondo del valle; y no pocos, sin duda, que habrían ya fabricado muchos miles de aquellos millones de cajas y de herradas que

transportan más allá del Océano el modesto nombre de su pueblo.

Pueblos graciosos, grupos encantadores de casas, con los tejados agudos, donde suena el canto melancólico de las rubias tejedoras de paja; soledades predilectas de las hadas blancas que regalan las madejas milagrosas, ó infestadas de enanos rojos, que escarmenan los cabellos á las muchachas; valles escondidos de heroicas leyendas y de tradiciones misteriosas, llenos de poesía y de belleza, demasiado ignorados por nosotros, vagabundos investigadores de inspiraciones extrañas. Y tú, ¡oh bella madre de pintores, vieja Bassano de verdes colinas, donde «desciende al mar el Brenta, sombrío y silencioso», también tenías en aquellas filas tu sangre; y tú, industriosa Marostica, que extiendes al cielo, como un brazo titánico, el negro torreón de Can Grande; y tú, ¡oh Campese, tumba famosa del insuperable cantor macarrónico; y tú, risueña Asiago, que esparces por montes y por valles los armoniosos acordes de tus campanas, que vibran aún en el alma de tus hijos ausentes, como la dulce voz de los padres!...—¡Viva Bassano!—gritó la multitud.—¡Viva Recoaro! ¡Viva Valdagno!—Rogelli gritó:—¡Vivan los Siete Comunes!—Pero la señora le interrumpió para preguntarle si conocía palabras cimbras. Y él dijo rapidamente:—

Kersa, pluma, langez, sbalbala, taupa, veuer, stearn, sela, engel, Got.—Y como el entusiasmo le ponía en vena de ser galante, tradujo con un *crescendo* apasionado:—cereza, flor, primavera, golondrina, paloma, fuego, estrella, alma, sol, ángel, Dios.—Y loco, ¿cómo se dice?—preguntó mistress Penrith.—*¡Narre!*—respondió, exaltándose—Pues bien; sí, hoy estoy loco, y digo que un viejo italiano que no llega á ser un poco loco al ver pasar todos juntos, por vez primera, los hijos armados de los Alpes, tiene menos seso que los que lo pierden. ¡Ah, pobres patriotas muertos, pobres de nuestros viejos sepultos, que no los podéis ver!—Y excitado como estaba, se habría dejado dominar por la conmoción, si los aplausos fragorosos que saludaban á Val di Schio no hubiesen sido interrumpidos de improviso por un grito desgarrador—¡Val Brenta!—que anunció un nuevo batallón.

*
* *

—*¡Val Brenta!*—gritó la muchedumbre volviéndose las diez mil cabezas hacia el batallón que se acercaba. Fué algo así como un soplo de aire de Venecia que nos azotó el rostro. El

agronómo hizo ademán de deglutir, cerrando á medias los ojos, y exclamó:—¡Ah, el excelente *Verdiso!*—He aquí los alpinos de «allá donde el Sile á Cáñan se acompaña.» Treviso era el que venía delante; la predilecta amiga de Venecia, la juvenil é ingeniosa Treviso, feliz con la divina riqueza del agua, del aire y del verde que le da salud y fragancia. Eran soldados de aspecto genial, de ojos chispeantes, de andar vivo y desenvuelto; fachas de montañeses, pero afinados hasta exteriormente por el espectáculo de una naturaleza hermosa ennoblecida por el arte; muchos semblantes que hacían suponer una vena de simpática extravagancia, estros de cabezas originales, fantasías vívidas y movibles como llamas agitadas.—¡Estos son de buen humor!—exclamó Rogelli.—No hay cuidado que dejen languidecer la conversación en el vivac ó dejen de cantar por el camino. ¡Tienen una destreza para manejar las tijeras!... Pero con ingenio y sin agujerear la piel. Tienen el diablo en el cuerpo. Es una diversión.—El gentío les aturdía con vivas, ellos sonreían. En todas partes se pronunciaban los nombres de sus pueblos, como si fueran nombres de amigos tan conocidos y simpáticos á todo el mundo; y la valerosa Conegliano pasó con sus torres y sus cipreses, bella como el sueño de un pintor, y aquel feliz án-

gulo de Valdobbiadene, separado casi del mundo, y las colinas de Montebelluna, matizadas de quintas, vestidas de pámpanos, cuajadas de frutales, y la adolescente Vittorio, cerrada entre los brazos de los Alpes.—¡Ah, señores, Asolo!—exclamó miss Penrith, apuntando con el dedo blanco sobre la tablilla de reclutamiento.—¡Y pensar que hay entre ellos soldados de Asolo! ¡Primo, indicadme cuáles son los soldados de Asolo!

Esta exigencia superaba la percepción y la presunción de Rogelli. La señora no insistió sin embargo; su imaginación le había transportado al Asolo de pasados siglos, ante la pomposa reina de Chipre, sentada á la sombra de los baldaquinos de brocado de oro, rodeada de literatos y de príncipes; y oía los gritos de las cazas y de los torneos, y como la música lejana de aquel breve reino gentil.—¡Viva Treviso!—gritó la muchedumbre.—¡Viva Conegliano! ¡Viva la *amorosa marca!*—gritó Rogelli.—Señores, hace veinte años, tal día como hoy, entraba en Treviso el primer pelotón del ejército italiano!—¡Estas para Asolo!—dijo la señora arrojando un puñado de violetas. Y todos, como obedeciendo á una señal, gritaron á una: —¡Viva Val Brenta!—Y los últimos soldados, poderosos y altivos como las encinas de su «magna selva Fetontea», pasaron dirigiendo sus

pupilas claras y penetrantes sobre los espectadores, como cuando en los días serenos se vuelven desde sus alturas á mirar á Venecia sobre el horizonte, que semeja á una islilla azul perdida en medio de los vapores del Adriático.

*
* *

Nuevos toques de corneta anuncian el avance de otro batallón, con aspecto distinto... Salve, antigua Belluno, ceñida por montes soberbios que penetran con sus blancas frentes en el cielo; salve, ¡oh pequeña Pieve inmortal, deslumbrante con la gloria de tu Ticiano; horrenda garganta del Cordévole, tajada á pico en los altos despeñaderos dolomíticos de formas monstruosas; salve, oh cuenca paradisiaca de Agordo, rodeada de espléndidas montañas semejantes á inacabables montañas de cándido mármol! ¡oh maravillosa muralla de monte Civita! ¡oh gigante Anteláo! ¡oh inexpugnable nudo de cimas y de bosques, Escocia de Italia, poblada de pueblos de madera, sobre los cuales brillan las níveas iglesillas y se levantan como lanzas los campanarios esbeltos y agudos: gloria á vosotros, poéticos valles de triste sonrisa, tan hermosos á la vista, pero tan duros para la

vida; y á vuestros hijos, á los hijos de los impávidos campeones de 1848, á los de Cador, de pecho vigoroso, prontos siempre á teñir con su sangre las rocas de su suelo antes que abandonarle á los invasores!

La multitud les saludó con ardiente entusiasmo, dirigiéndoles palabras que conmovían todas las fibras del corazón, y ellos pasaban correctamente con un cierto aire de curiosidad reflexiva, como si fuera gente venida de muy lejos.—¡Viva Auronzo!—decían todos.—¡Viva Pieve di Cador!—¡Viva Perarolo!—¡Viva Lorenzago!—Y al oir aquellos nombres alzaban sus cabezas, mirando á una y otra parte, como si hubieran de encontrarse con algo de su país; y sus caras revelaban una vida de sacrificios y de arrojo, caras de minadores que extraen el cobre de los montes de Agordo, de conductores de balsas del Piave, de guardabosques, habituados á hablarse por signos en medio del fragoroso estrépito de las cascadas de agua y de los vientos, y á jugarse la vida á cada paso por entre las breñas y los torrentes; caras de antiguos *scottos*, que desde niños habían transportado á los trabajadores del bosque la comida á costa de mortales peligros y de fatigas terribles; fisonomías con rasgos ásperos y graves, que, en su frescura juvenil, expresaban ya la historia de muchas emigracio-

nes más allá de los Alpes, de fatigas, de privaciones de muchos años acumuladas en pocos meses, para ahorrar y traer á su casa algunos escudos; caras con una belleza suya propia, que, irradiando del alma indómita, hacía acudir presurosa la mano á conceder un saludo reverente antes que á otorgar un festivo aplauso. Era el penúltimo batallón; gentes del Cadore; la multitud les obligó á detenerse por dos veces; una tempestad de flores cayó sobre sus anchas espaldas y sobre sus brazos de hierro; las aclamaciones cubrieron el sonido de las trompetas. La señora Penrith, sabedora de la simpatía que los ingleses tienen por el Cadore, se creyó obligada á mostrar una conmoción extraordinaria, recordando con palabras entrecortadas su expedición á Pieve, á la casa de Ticiano, convertida en carnicería. Rogelli lanzaba á los soldados frases del país: *Fra nos, nos bos, nos vacis, furon nos fatis;* pero se extinguían en el aire entre los aplausos. El comandante de la última compañía lo reconoció al pasar y le hizo señas.—¡Ah, capitán — gritó Rogelli exaltado por un recuerdo imprevisto,—nuestra excursión á Caprile con los alpinistas! ¡El abrazo á la vieja columna con el león de San Marcos! ¡El almuerzo ante las dos banderas de la Serenísima! ¡Ah, mi Cador adorado!—Sus palabras fueron ahogadas por el doble grito de la muchedum-

bre, que daba el último adiós á *Val Cadore* y el primer viva á *Val Tagliamento.*

*
* *

Ahí está el Friuli, finalmente; el Piamonte oriental de Italia, los últimos hijos de los Alpes cárnicos, los trabajadores invictos y pacientes, equilibrados y penetrantes, fuertes como toros y tranquilos, si el vino no los exalta, y buenos cuando el corazón les guía, como los cantos afectuosos y sentidos de sus montañas; y cuando dejan caer el puño, tremendos; altos y de honrado semblante; interesantes para nosotros por la poesía que rodea á los más alejados y por la fiereza reconcentrada que va unida á los que ocupan la vanguardia de la patria. Al estallar los vivas suscítase un murmullo prolongado y cariñoso como el del mar al besar las orillas; y en medio de aquella sorda armonía de los saludos, más elocuente y más íntima que los aplausos, avanzan con paso solemne, con las caras levantadas y serias, expresando el estupor que produce en las gentes que desconocen el mundo los bravos hijos de Cividale, de Gemona, de Tolmezzo; los que vieron la luz á los pies de los Alpes Julianos, frente á los

centinelas avanzados del Austria; los campesinos de las tierras de Venzone, que sostienen intactos de la acción de los siglos los despojos humanos; los pastores crecidos entre los rugidos salvajes del Tagliamento, y en el triste canal del Ferro, en los confines de las nieves perpetuas, mezclados con los rubios Eslavos de San Pedro en el Natisone y con los Eslavos solitarios de la meseta de Resia. ¡Salud! ¡Salud á vosotros, austeros y fieles hermanos! ¡Salud á vuestros padres, trabajadores emigrados al valle del Danubio! ¡Salud á vuestras fortísimas y dulces mujeres, á quienes domina el trabajo fatigoso y el amor levanta! ¡Salud, oh Friuli bello y honrado! Todo esto sentía y expresaba confusamente el gentío con sus gritos poderosos arrancados á lo más profundo de su alma cuando pasaron las últimas filas.

. . . .

Y entonces el entusiasmo se desbordó como un incendio al soplo del aquilón, y en medio de aquel universal delirio nadie advirtió que el bueno de Rogelli arrojó su sombrero á la plaza. No era aquello el pueblo de una provincia, era Italia entera que saludaba á sus nuevos batallones, que bautizaba al cuerpo, recientemente creado, de sus defensores, y consagraba el principio de su historia; era la patria grande que les confiaba solemnemente los pasos de su

sacrosanta frontera y les decía:—¡Confío en tí, y bendito seas!—Todas las cabezas se descubrieron; los espectadores de las tribunas se pusieron en pie; la innumerable asamblea levantó los brazos convulsos, lanzando un último formidable viva. Y luego, como por encanto, todo quedó en silencio. Todos permanecieron mudos y mirando aquella oleada de gente armada que se perdía centelleando en la polvareda de la carretera que conduce á Turín; todos, inmóviles y como sobrecogidos de estupor por un sueño prodigioso; parecía que después de aquellos veinte batallones hubiese girado rápidamente en torno suyo, desde la colina de Cadibona al Pico de los Tres Señores, pregonando las glorias de todos sus pueblos con las campanas de todos sus valles, la cordillera sublime que nos separa del mundo.





INDICE

Páginas.

ADVERTENCIA 5

IMPRESIONES DE AMÉRICA

I.—Cuadros de las Pampas 17
II.—A los niños del Río de la Plata 31
III.—Los italianos en la Argentina 43
IV.—¡Patria! (En la bahía de Río Janeiro)... 67

ACUARELAS DE NIÑOS Y JÓVENES

V.—Manicomio de enseñanza 77
VI.—Los cómicos y los chicos.............. 85
VII.—El librero de los niños................ 103
VIII.—La escuela de caballería.............. 125
IX.—Reválida de maestras.................. 143

RETRATOS DE HOMBRES

X.—Un dramaturgo patibulario (Barbieri).. 167
XI.—El capitán Bove, explorador de Africa.. 183
XII.—Un poeta provincial: Arnulfi 195
XIII.—Los defensores de los Alpes........... 227

El último sacrificio, drama en uno en verso (en colab.), 1.
En busca de protección, juguete original en verso (íd.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (íd.), 1.
Teresa Raquin, drama en cuatro actos y en prosa, 4.
Por ir al baile, comedia en dos actos y en prosa, 2.
Portugal.—Impresiones para servir de guía al viajero.—Año 1.º—1888.—(En colaboración con D. F. Giner.) 2,50 pesetas.

BIBLIOTECA ANDALUZA

OBELISCO, 8, MADRID

PRIMERA SERIE

1.—I. *Ni franceses ni prusianos*, por Un amigo de la neutralidad.
2.—II. *Gibraltar (Ecos de la patria),* por D. Antonio Fernández García.
3.—III. *El libro de las madres*, por D. Cándido Salas, médico.
4.—IV *Málaga contemporánea*, por D. Augusto Jerez Perchet, periodista.
5.—V. *Los temblores de tierra*, por D. Cesáreo Martínez, catedrático de Historia Natural.
6.—VI. *Poesías de Ríos Rosas*, coleccionadas y precedidas de una biografía del autor, por don H. Giner de los Ríos.
7.—VII. *La cueva del tesoro,* estudio prehistórico, ilustrado con grabados y cromos, por D. Eduardo J. Navarro.
8.—VIII. *La guerra.—Asociación y ahorro.*—Estudios sociales, por D. Santiago Casilari.
9.—IX. *Un hombre de corazón,* por D. A. Luis Carrión.
10.—X. *Un hombre de corazón* (t. II), por el mismo.

SEGUNDA SÉRIE

11.—I. *Sociedades cooperativas*, por el Excmo. señor Don Manuel Pedregal y Cañedo, ex ministro de Hacienda.
12.—II. *Leyendas*, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte, profesor de la Academia Militar.
13.—III. *Economía política para los principiantes*, por Mrs. Fawcett, con prólogo de D. Gumersindo de Azcárate.
14.—IV. Segundo tomo de la misma.
15.—V. (En prensa.) *Notas de un viaje á Filipinas.*
16.—VI. (Íd.) *Discursos académicos de Rios Rosas.*

PRECIO DE LOS ANTERIORES TOMOS:

Por suscripción, á *una peseta.*— Tomos sueltos, á *una peseta cincuenta centimos.*— Encuadernados, á *una peseta cincuenta céntimos* y *dos pesetas* respectivamente.

